
HARLEQUIN
Jazmín
Rebecca Winters
La mujer más adecuada

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

LA MUJER MÁS ADECUADA, N.º 2527 - octubre 2013
Título original: The Bride of Montefalco
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Este título fue publicado originalmente en español en 2007.

I.S.B.N.: 978-84-687-3851-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

–¿Teniente Davis?

El detective de la Policía de Portland alzó la mirada de su ordenador.

–Me alegro de que haya llegado tan pronto, señora Parker.

–En su mensaje decía que era urgente.

–Lo es –dijo en un tono solemne–. Pase y siéntese.

Ally tomó una silla frente a la mesa del teniente.

–Supongo que ha habido nuevos acontecimientos en el caso.

–Muy importantes –afirmó él–. La mujer que murió en el accidente de coche con su marido hace cuatro meses ha sido finalmente identificada por su dentadura y la prueba de ADN lo ha confirmado.

Aunque Ally había enterrado a su marido hacía dos meses, necesitaba que llegara ese día para poder dar carpetazo al asunto. Aunque, al mismo tiempo, lo temía, ya que significaba entrar en hechos dolorosos en lugar de dar vueltas a una conjetura.

–¿Quién era?

–Una mujer de treinta y cuatro años, italiana, llamada Donata Di Montefalco.

Finalmente la mujer tenía un nombre y un origen.

–Las autoridades italianas me han informado de que era la esposa del duque de Montefalco, un aristócrata muy rico de una ciudad del mismo nombre cercana a Roma. Según la policía que investiga el caso, el duque tenía sus propios hombres buscándola durante todos estos meses.

–Naturalmente –susurró Ally. ¿Estaría enamorado de su mujer o su matrimonio se habría deshecho como el suyo?

Aunque el detective nunca lo había dicho, Ally sabía que sospechaba que su marido había sido infiel. Ella también, y sabía que su matrimonio se había roto en pedazos pero nunca había querido creerlo. Jim había cambiado mucho y ella se había desenamorado poco a poco, aunque no era capaz de identificar el

momento exacto en el que había ocurrido.

Durante la última etapa de su matrimonio de dos años y medio, Ally había visto signos de que algo iba mal: las largas ausencias a causa del trabajo, la falta de pasión cuando hacían el amor, el desinterés por su vida cuando hacía breves llamadas a casa y su deseo de posponer tener hijos hasta que ganara más dinero.

Aunque no había una prueba definitiva de una relación sentimental, las nuevas noticias daban credibilidad a sus sospechas. Sintió una puñalada de dolor. Necesitaba salir de aquella oficina para llorar en privado.

Había tenido dos meses para asimilar el hecho de que él no había muerto solo, pero una parte de ella había esperado que la otra mujer hubiera sido de mediana edad, una mujer mayor a la que estuviera acercando a algún lugar por la tormenta. Pero aquella última información había terminado con esas esperanzas y le hacía preguntarse, una vez más, si no lo había amado lo suficiente.

–Gracias por atenderme, teniente –iba a perder el control en cualquier momento. Vivir en una mentira era lo peor que podía haber hecho. Su culpa aumentaba al reconocer que no había luchado por recuperar el amor que los había unido al principio–. Le agradezco lo que ha hecho para ayudarme.

Se levantó para marcharse y él la acompañó a la puerta de su despacho.

–Siento tener que haberla llamado y recordarle su pérdida otra vez, pero prometo avisarla cuando tenga más información. Espero que en los próximos meses pueda olvidar esto y seguir adelante.

«¿Seguir adelante? ¿Cómo se hace eso cuando tu marido ha muerto en el peor momento de tu matrimonio? ¿Qué haces cuando tus sueños de una vida feliz con él se han hecho añicos?».

–¿Quiere que la acompañe al coche?

–No, gracias. Estoy bien.

Ally se apresuró a abandonar el despacho y salió por la puerta principal de la comisaría.

¿Cómo era posible que terminaran así las cosas? Aún no había nada resuelto y ella tenía más preguntas. Sus pensamientos se concentraron en el marido de la mujer. Acabaría de saber que el cuerpo de su mujer había sido encontrado e identificado. Aparte de meses de sufrimiento desde su desaparición y su pérdida, tendría

que estar preguntándose sobre la importancia de Jim en la vida de Donata. Dondequiera que estuviera el duque Di Montefalco, Ally sabía que estaba pasando un infierno.

–Tío Gino, ¿por qué vamos una temporada a tu granja?

Rudolfo Giannino Fioretto Di Montefalco, al que solo su familia y sus escasos amigos íntimos llamaban Gino, miró a su sobrina de once años por el espejo retrovisor. La niña estaba sentada al lado de Marcello, el hermano mayor de Gino.

–Porque es verano. Pensé que tu padre y tú disfrutaríais más en la naturaleza, en lugar de estar encerrados en el *palazzo*.

–Pero ¿y si mamá regresa y no nos encuentra allí?

Gino se preparó; el temido momento había llegado. Detuvo el coche a un lado de la granja y se giró para asegurarse de que Sofia agarraba la mano de su padre. Desde que Marcello había sido diagnosticado de Alzheimer y no podía hablar, era una de las formas en las que ella podía expresarle su amor y sentirlo también.

–Tengo algo que decirte, cariño.

Pasó un minuto y en ese período de tiempo la cara de su sobrina se quedó sin color.

–¿Qué pasa? –preguntó con miedo en la voz. La tensión por haber estado meses sin saber nada sobre su madre le habían quitado a Sofia las ganas de vivir.

–Sofia, tengo malas noticias. Tu mamá ha tenido un accidente de coche y ha fallecido.

Había ocurrido cuatro meses atrás, aunque Gino había sido informado de su muerte la noche anterior. Aquel día había estado haciendo los preparativos para que Sofia y Marcello se mudaran al campo. Los detalles que rodeaban la tragedia eran algo que ni ella ni el servicio del *palazzo* o de la granja necesitaban saber.

Su mirada captó la expresión de dolor de Sofia. Cuando sus noticias fueron asimiladas, oyó los sollozos de una niña con el corazón roto que enterraba su cabeza morena en el hombro de su padre. Marcello la miró sin entender y sin ser capaz de consolar a su hija.

Gino oía los sollozos desde el asiento delantero y se le hizo un nudo en la garganta. Ya que el cuerpo de Donata había sido

encontrado e identificado, la pesadilla de su desaparición había terminado, pero comenzaba otra...

Su sobrina huérfana, ya de por sí introvertida, iba a necesitar más amor y comprensión que nunca. En cuanto a Gino, una vez que organizara con el cura un funeral fuera del alcance de miradas entrometidas para que Sofia pudiera despedirse de su madre en privado, necesitaría incrementar la seguridad para proteger a la familia de la prensa.

Carlo Santi, el inspector jefe de policía de la región y uno de los mejores amigos de su familia, estaba haciendo todo lo posible para que la información no se filtrara a la prensa. Pero esos rabiosos e insaciables buitres de los tabloides invadían su vida sin compasión para encontrar una historia suculenta sobre Gino y su familia. Era el precio que tenían que pagar por su título y riqueza. Si no hubiese sido por Carlo, la situación habría empeorado mucho antes.

Al principio de la repentina enfermedad de Marcello, hacía dos años, la vena egoísta de Donata había causado estragos en el matrimonio de su hermano y un daño irreparable a su hija. En opinión de Gino, Donata había sido una de las esposas y madres más insensibles y negligentes del mundo. Él había luchado para proteger a su hermano y a su sobrina del peor de sus defectos.

Como resultado, había sido forzado a guardar los secretos familiares, que Donata disfrutaba contando a todo el que quisiera escuchar. Sus indiscriminados desahogos habían llegado a la prensa, creando expectación sobre sus vidas, sobre todo la de Gino, a quien Donata había hecho parecer el celoso cuñado que la quería a ella y el título nobiliario para sí mismo.

Lo que Donata no había previsto era su propia muerte.

Cuando la prensa se enterara del accidente en el que había muerto, todo lo que Gino había hecho para mantener los asuntos de la familia en privado se convertiría en un escándalo. El hecho de que un americano de más o menos la edad de Donata condujera el coche cuando se mataron provocaría el frenesí de los paparazzi. Esa historia vendería millones de periódicos sin considerar las consecuencias que tendría para Sofia. A su sobrina la podían destrozar los hechos y aún más los maliciosos rumores que los rodeaban.

Aparte de llevar a las dos personas que había en el asiento

trasero a un lugar protegido, lejos de la invasión de los medios de comunicación, no parecía haber nada más que él pudiera hacer para evitar que los periodistas sin escrúpulos escarbaran en viejas mentiras sobre él y vendieran más periódicos. Se enfrentaba a la prensa desde su adolescencia y ahora parecía que le tocaba a Sofia, aunque no sería así si él podía evitarlo.

El director de la orquesta bajó la batuta.

–Tomaos un descanso de veinte minutos; después continuaremos con Brahms.

Agradecida por el respiro, Ally dejó el violín en la silla y bajó del escenario detrás de otros compañeros. Recorrió el pasillo hasta donde pudo estar sola y sacó su teléfono móvil del bolso. Esperaba que el médico le devolviera una llamada. Después del encuentro con el detective el día anterior, había desarrollado una migraña que todavía le dolía. Para su consternación, no había ningún mensaje del médico. Quizá lo hubiera dejado en el teléfono de su casa. Cuando escuchó los mensajes, descubrió que su enfermera había llamado para prescribirle algo contra el dolor. Si pudiera sentir un poco de alivio...

En aquellos momentos nada parecía real. El dolor por su matrimonio fracasado y por las circunstancias que rodeaban la muerte de Jim era demasiado profundo. Había más de un mensaje, pero esperaría a llegar a casa para escucharlos porque las palpitaciones en la base de su cráneo no desaparecían.

–¿Ally? ¿Estás bien? –preguntó Carol.

–Tengo una migraña. Hazme un favor y dile al maestro que me voy a casa, pero que estaré aquí por la mañana para el ensayo.

El concierto de finales de mayo de la Orquesta Filarmónica de Portland tendría lugar dos días después.

–Vale. No te preocupes por el violín, me lo llevaré a casa y te lo traeré mañana.

–Eres un encanto.

Después de beber un poco de agua en la fuente, Ally recobró fuerzas para salir del edificio y dirigirse al coche. Paró en la farmacia a comprar las pastillas que le había recomendado la enfermera, se tomó una, condujo hasta casa y se metió en la cama

con una bolsa de hielo en la frente. Una hora más tarde comenzó a encontrarse un poco mejor, pero no había ninguna pastilla que frenase las preguntas que no la dejaban en paz. Quería ver el lugar en el que Jim había muerto, aunque su madre creyera que era una mala idea porque visitar el lugar del accidente sería demasiado doloroso.

Pero Ally no podía sentir un dolor más intenso del que ya sentía. Necesitaba ver el puente en el que el coche de Jim había patinado por el hielo y había caído al río. Había ocurrido durante una ventisca a las afueras de St. Moritz, en Suiza.

También necesitaba ver la casa de la familia de Donata, incluso llamar al duque para darle el pésame cuando llegara a Montefalco. No sería humano si no tuviera preguntas. Quizá hablar los ayudaría a afrontar mejor la tragedia, así que tomó el móvil para llamar a la compañía aérea. Con tarjeta de crédito hizo una reserva para el día siguiente; volaría hasta Suiza y después hasta Italia.

A mediodía se sentía mejor y fue al banco a recoger los cheques de viaje. La decisión de hacer algo era, probablemente, más terapéutica que tomar pastillas, ya que tuvo la energía suficiente para hacer el equipaje y para hablar con el vecino para que le guardase el correo mientras estuviera ausente.

Después de ducharse se tomó otra pastilla y se acostó. Cuando despertó a la mañana siguiente, se sentía bastante mejor.

Con el coche aparcado en el garaje, solo le quedaba llamar un taxi y, mientras lo esperaba, escuchó el mensaje que tenía en el teléfono de su casa desde la mañana del día anterior.

–¡Hola, Jim! Soy Troy, del gimnasio Golden Arm. Como cambiamos de dirección, hemos estado limpiando las taquillas y hemos encontrado algo valioso que te pertenece. No tengo tu dirección ni tu teléfono, por lo que he estado llamando a todos los James o Jim Parker de la ciudad intentando localizarte. Si no eres tú, llámame para que te quite de la lista. Si eres ese Jim, pásate por aquí en veinticuatro horas o se llevarán lo tuyo.

Ally había enterrado a su marido hacía dos meses y escuchar que alguien quería hablar con él hizo que se estremeciera. Aquella llamada era como un fantasma del pasado. Como Jim no iba a ningún gimnasio, llamó para decir que no era.

–Gimnasio Golden Arm.

–¿Está Troy?

–Soy yo.

–Llamaste ayer a mi casa, soy la mujer de James Parker, pero me temo que no del Jim Parker que buscas.

–Bien, el Jim que busco trabaja a menudo en Europa y no está casado. Gracias por llamarme.

Colgó, pero los dedos de Ally temblaron en el auricular. Quería ignorar sus palabras, pero no podía. A menudo, en su matrimonio, había ignorado pequeñas señales porque no quería creer que algo pudiera ir mal. Pero aquello había terminado, ya no era la chica inocente e idealista con la que Jim se había casado.

Cuando el taxi llegó, le dijo al conductor que parara en el gimnasio. Estaba en la otra punta de Portland, cerca de la autopista que iba al aeropuerto. No había tiempo que perder. El conductor esperó mientras ella entraba en el gimnasio. Ya había gente haciendo ejercicio y el entrenador que estaba junto al mostrador le lanzó una mirada de interés masculino.

–¡Hola!

–Hola, ¿es usted Troy?

–Sí.

–Soy la señora Parker, llamé esta mañana.

–Creí que me había dicho que no era la persona que buscaba.

–Algo que dijo me ha hecho reconsiderarlo. ¿Le dijo Jim qué clase de trabajo hacía en Europa?

–Sí, vende ropa para esquiar. Hicimos un trato: le cambié unas sesiones de ejercicio por equipamiento de esquí.

–Entonces era mi marido.

–¿Qué quiere decir con «era»?

–Jim murió hace cuatro meses.

–Está bromeando. Por eso no lo he visto por aquí. ¿Qué pasó?

–Tuvo un accidente de coche.

¿Habría habido otras mujeres antes que Donata y fue ella la que tuvo la mala suerte de caer desde aquel puente con él?

–Lo siento, señora Parker, quizá yo le entendí mal sobre lo de no estar casado.

–No, estoy segura de que no. ¿Cuándo se inscribió en el gimnasio?

–Hace algo menos de un año.

¿Un año? Luchando para mantener la compostura, sacó la cartera del bolso. Llevaba varias fotografías y le enseñó la de Jim. El hombre la miró y asintió.

–Espere un momento y le daré lo que dejó aquí.

Un poco después, salió de su despacho con un ordenador portátil plateado que Ally no le era familiar. Troy le tendió un papel.

–Firme aquí.

–Gracias por llamar, Troy. Quiero conservar cualquier cosa que haya pertenecido a mi marido.

–Claro. Me alegro de que viniera. Si no, lo habría vendido. Lo siento mucho por su marido.

–Yo también –murmuró Ally.

No había sabido nada sobre la compra de aquel ordenador. La empresa de Jim le había proporcionado uno que siempre había usado para su trabajo. Ese ordenador significaba que tenía algo que esconder. Tendría que llevárselo a Europa, ya que no tenía tiempo de volver a casa. Cuando regresara a Estados Unidos, vería lo que tenía dentro y quizá entonces estuviera más preparada para afrontar los dolorosos secretos que pudiera descubrir. Cuando llegó al taxi, metió el ordenador en su maleta, se sentó en la parte trasera y se estremeció al pensar que su marido llevaba ocho meses en un gimnasio sin que ella supiera nada de sus actividades.

Había que reconocer que los dos se habían alejado, pero otra cosa era que él tuviera una vida aparte. ¡Qué humillante había sido afrontar la verdad delante de Troy, un completo extraño para ella!

«¡Oh, Jim! ¿Qué fue del hombre con el que me casé? ¿Alguna vez te he conocido?».

Con ayuda de los empleados, Gino ayudó a la apenada Sofia y a su padre a entrar en la limusina que los esperaba fuera de la iglesia. Acababan de enterrar a Donata. Todo se había llevado en secreto aunque la noticia de su muerte había aparecido, finalmente, en la prensa. Algún día, cuando las aguas se calmasen, haría trasladar sus restos a Montefalco.

–Ahora te veo en la granja, cariño.

–No tardes mucho –la cara de Sofia estaba devastada por las lágrimas.

–Te lo prometo. Solo quiero despedirme de algunas personas y darle las gracias al cura.

Ella asintió antes de que el capataz de la granja pusiera el coche en marcha.

Aliviado porque aquella parte hubiera terminado, Gino se volvió hacia Carlo, a quien le había pedido que esperara para que pudieran hablar en privado.

–El ataque ha comenzado en serio, Carlo.

–¿Qué ha pasado?

–Uno de los guardas de seguridad del *palazzo* acaba de decirme que una mujer que dice ser la señora Parker intentó entrar para ver a Marcello hace unos minutos. Es otra estratagema de los paparazzi para arruinar a mi familia.

–Tengo que decir que me sorprende que hayan sido tan audaces como para hacerse pasar por la esposa del fallecido.

–A mí ya no me sorprende nada. Llegó en un taxi y como precaución el guarda anotó el número de la matrícula.

–¿Quieres que la localice y la investigue?

–Si la localizas, me gustaría ser yo mismo quien la interrogara.

–¿Qué plan tienes? –quiso saber Carlo.

–¿Cuánto tiempo puede estar retenida en el calabozo? –preguntó a su vez Gino.

–Solo doce horas. Si no puedes mantener los cargos tendremos que soltarla.

–No te preocupes por eso. Va a desear no haberse aventurado en mi territorio.

–Dame la matrícula. Le diré al sargento del calabozo que te ayude.

–Como de costumbre, estoy en deuda contigo.

–Nuestras familias son amigas desde hace años, Gino. No pienso verte a ti y a Sofia pasándolo mal.

Esas palabras significaron para Gino mucho más de lo que su amigo podía pensar.

Alguien llamó a la puerta de su habitación.

–¿Señora Parker?

Ally solo llevaba una hora acostada y no se lo podía creer. Su

largo viaje de Oregón a Suiza y después a Roma había sido suficiente. Pero lo peor había sido el horrible día que había pasado en un tren caluroso y abarrotado de gente para llegar a Montefalco. Además, todos los hoteles del pueblo estaban llenos por alguna fiesta. Si al taxista no le hubiera dado pena y no la hubiera llevado a dormir a casa de su hermana, tendría que haber regresado a Roma.

Los golpes sonaron con más fuerza.

–*Signora!*

–Un momento.

Se incorporó y pasó una mano por sus rizos rubios, que la hacían parecer más joven de los veintiocho años que tenía. Tomó la bata que había dejado a los pies de la cama, se la puso y se apresuró a abrir la puerta. La anciana señora parecía cansada y a Ally le pareció que estaba sin resuello.

–¡Rápido! Debe vestirse. Un coche del palazzo Di Montefalco ha venido por usted.

–Pero eso es imposible...

Antes, aquel mismo día, la habían echado del palacio guardias armados y nadie sabía adónde había ido cuando volvió a montarse en el taxi.

–Tiene que ser alguien muy importante para que el duque Di Montefalco la mande a buscar. No debe hacer esperar al conductor.

–No tardaré. Gracias.

A menos que uno de los guardias hubiera seguido el taxi hasta allí, Ally estaba extrañada de cómo podían haberla encontrado. Pero aquello no importaba en aquel momento. En unos minutos se encontraría, finalmente, con el hombre que quería ver. Después de sus inútiles intentos de localizarlo por teléfono desde Roma antes de subir al tren y después de lo que había ocurrido frente a las puertas del palacio, casi había perdido la esperanza de verlo.

Cerró la puerta y tomó su maleta. En unos minutos se puso unos vaqueros y una camisa verde. A la una y media de la madrugada no se sentía como para ponerse el traje de chaqueta que había llevado durante el día. Una vez que se puso las zapatillas de deporte, terminó de guardar sus cosas. Antes de dejar la habitación, dejó doscientos dólares en el tocador.

Una última mirada para asegurarse de que no se dejaba nada y

se reunió con la anciana, que la esperaba en el pasillo.

–Siento que la hayan despertado a estas horas por mí. Le he dejado dinero en el tocador para usted y para su hermano. Gracias por todo otra vez, incluida la deliciosa comida y la ducha. Dele las gracias también a su hermano. No sé qué habría hecho sin su ayuda.

–Se las daré, pero ahora debe irse –dijo la mujer, impaciente.

Abrió la puerta, que daba a un viejo y estrecho callejón, y Ally vio que había un flamante sedán negro aparcado a la puerta. La luz del vestíbulo iluminaba la insignia dorada del halcón de Montefalco que tenía en la capota. Cuando Ally llegó al umbral, un hombre vestido de negro, como los guardias del palacio, salió de entre las sombras y se acercó a ella.

Ally se percató enseguida de la enorme figura del hombre de pelo negro. Algo sobre su conducta impositiva y sus rasgos aguileños hicieron que el cuerpo de Ally se estremeciera en señal de alarma. Con muy pocos movimientos tomó el bolso y la maleta de Ally.

–¡Deme eso! –gritó ella, que trató de arrebatarle la maleta, pero sin conseguirlo. Él ya lo había metido todo en el maletero.

Notó que la miraba de forma burlona antes de abrirle la puerta trasera. Gracias a la luz del interior del coche, Ally vio que se trataba de un hombre ancho de espaldas y de indudable fuerza física. El sol había tostado su piel de color aceituna y era muy atractivo. Ally subió al coche y se preguntó si estaría loca por dejar que un desconocido se la llevara de su único refugio en un país extranjero, donde no conocía a nadie más que al taxista y a su hermana.

Además, había perdido su móvil en el trayecto en tren, así que no podía llamar para pedir ayuda. Seguramente alguien se lo había robado. La premonición de que iba a necesitar un teléfono creció cuando el hombre se sentó al volante y echó los seguros. Después de poner el coche en marcha salieron del callejón a la calle principal. Un poco después, Ally sintió que estaba en apuros.

En lugar de subir la colina del castillo, el conductor la llevó por las peores calles de la ciudad. Parecía que el destino no era el palacio ocre al borde del acantilado. En lugar de haber abandonado la protección de la mujer a aquellas horas intempestivas, Ally debería haber hecho caso a su instinto y haberse quedado en su

habitación hasta la mañana siguiente.

–Este no es el camino al palacio –dijo inclinada hacia delante–. Por favor, lléveme de vuelta a casa de esa mujer.

El enigmático guardia ignoró su petición y continuó conduciendo hasta que entraron en otro callejón, situado detrás de unos edificios públicos.

–¿Adónde me lleva?

–Todo a su tiempo, *signora* –dijo en un inglés impecable con solo un leve acento.

El conductor aparcó frente a una puerta de acero, solo iluminada por una tenue bombilla, y le abrió la puerta.

–Usted primero, *signora*.

–¿Dónde me ha traído? –preguntó negándose a salir del coche.

–A la comisaría de Montefalco.

–No lo entiendo.

–Por la tarde usted quiso hablar con el duque de Montefalco, ¿verdad?

–Sí. ¿Me está diciendo que eso es un delito?

–Digamos que él no concede entrevistas.

–Yo no quería una entrevista. He recorrido un largo camino para hablar con él en privado.

–Cualquiera que quiera verlo tiene que pasar antes por mí –dijo mostrándole los músculos.

Aquello explicaba por qué no había podido ponerse en contacto con él por teléfono y por qué no la habían dejado entrar los guardias. Ally no pudo impedir que su mirada recorriera sus rasgos masculinos. Tenía unos ojos profundos enmarcados por unas tupidas cejas negras.

–¿Es usted un policía que hace horas extra como su guardaespaldas o algo así?

–Esa es una forma de definirme –respondió él con una sonrisa peligrosa.

Capítulo 2

–¿Cómo supo dónde encontrarme?

–Los guardias anotaron la matrícula de su taxi, llamé al conductor y él me dijo todo lo que necesitaba saber.

–Les dije a los guardias del palacio quién era y ni siquiera intentaron ayudarme.

–Cualquier mujer puede decir que es la señora de James Parker.

–¡Pero soy yo! Mi pasaporte puede demostrarlo. ¿Por qué me trata así? –preguntó exasperada–. He venido a Italia expresamente para conocer al señor Montefalco por razones muy personales y usted me trata como si hubiera cometido un crimen.

–El allanamiento de morada es un crimen –dijo en una voz lo suficientemente alta como para aumentar su ansiedad.

–¡Eso es imposible! Le pido que llame a la embajada americana y me deje hablar con ellos.

–Allí no habrá nadie hasta la mañana.

–En América eres inocente hasta que se demuestra lo contrario –le dijo comenzando a desesperarse.

–Entonces debió haberse quedado allí, o donde realmente viva, *signora*.

Atrapada y agotada, Ally decidió no discutir con él. Todo aquello era un terrible error de los que, cuando pasaban, uno podía reírse.

Una vez que el hombre registró sus cosas y averiguó la verdad sobre su identidad, Ally no esperó una disculpa, pero tenía esperanzas de que la liberaran pronto y de poder hablar con el señor Montefalco. Salió del coche dignamente y esperó a que le abriera la puerta. Él dio a un botón que había en la pared del edificio y la puerta se abrió automáticamente.

Ally nunca había estado en una cárcel de ningún tipo. En la pequeña recepción había dos policías armados, uno de ellos sentado a una mesa de oficina. Los dos asintieron a su captor. Después de decirse algo en italiano que ella no pudo comprender, él la dejó a su

cargo y se marchó.

–¡Espere! –dijo Ally sin obtener respuesta.

La fotografiaron, le tomaron las huellas dactilares y la escoltaron por un pasillo hasta una diminuta habitación en la que había un camastro y una silla.

La puerta se cerró tras ella, dejándola a su suerte. La situación era totalmente surrealista y no sabía si estaba alucinando por la pastilla para el dolor de cabeza que se había tomado antes de acostarse para prevenir otra jaqueca.

De repente oyó el sonido del cerrojo electrónico y la puerta se abrió. Se giró a tiempo para ver entrar al conductor que la había secuestrado. La puerta se cerró tras él, encerrándola en esa diminuta celda con un hombre que podía reducirla en un momento. Le había llevado su bolso.

–Durante el interrogatorio puede elegir entre la silla o la cama, *signora*.

–Prefiero quedarme de pie.

–Como guste.

Abrió su bolso y, después de examinar sus pertenencias, incluida su cartera y su bote de pastillas, sacó el pasaporte. Ally vio cómo examinaba la foto que le habían hecho hacía tres años, antes de irse de luna de miel a esquiar a los Alpes franceses con Jim.

La mirada enigmática del extraño iba de su cara a su pelo. La escudriñó como si intentara encontrar a la mujer de la fotografía y no pudiera. Se metió el pasaporte en el bolsillo y volcó el contenido del bolso en el camastro, junto al patético bulto que se suponía era una almohada.

Entonces Ally se dio cuenta de que su maleta todavía estaba en el coche.

–Quiero mi equipaje. Necesito algunas cosas –explicó–, como ropa limpia.

–Lo primero es lo primero, *signora*. Hasta que me diga lo que quiero saber, estaremos aquí. Como parece un poco inestable ahí de pie, creo que por el miedo de haber sido pillada con las manos en la masa, le sugiero que se siente antes de caerse.

–¿Con las manos en la masa de qué? –preguntó Ally conmocionada por la asunción que él hacía de que había hecho algo malo.

–Los dos sabemos que usted es una de las paparazzi sin escrúpulos capaz de hacer cualquier cosa por una exclusiva. Pero se lo advierto, se enfrenta a una condena de cárcel si no habla.

–Yo soy la señora de James Parker.

–Dígame el nombre de la publicación que la envía.

–¡Está loco! Me llamo Allyson Cummings Parker y soy ciudadana americana, de Portland, Oregón. Llegué a Roma, procedente de Suiza esta tarde, o ayer por la tarde, estoy confusa con la hora, pero soy la viuda de James Parker. Él era un comercial de ropa de esquí que trabajaba para la empresa Slippery Slopes de Portland. Murió en un accidente de coche a las afueras de St. Moritz, Suiza, con la esposa del señor Montefalco hace cuatro meses.

–Sí, claro –dijo de forma sarcástica.

–Ya que me ha localizado por medio del taxista, él le habrá dicho que me recogió en la estación de tren y que tuvo que hacer de traductor cuando buscaba alojamiento porque yo no hablo italiano.

–Admitió que lo engañó muy bien. Bueno... hasta que usted se delató pidiéndole que la llevara al *palazzo*. Ese fue su error.

–¿Cómo si no iba a hablar con el señor Di Montefalco? Su número no está en la guía. Cuando llegué a Roma estuve hablando media hora con un operador tratando de conseguir su número.

–Él no habla con extraños. Si usted fuera una inocente turista que no tenía un lugar donde dormir, se habría preocupado más por eso que por intentar entrar en el palacio, que siempre ha estado abierto al público.

–¡Pero yo no lo sabía!

–Miente bien, pero ha sido una estupidez por su parte, no importa lo avariciosa que sea. Es la credencial que los sórdidos periodistas llevan cada vez que entran sin autorización en un lugar para buscar una historia. No tienen decencia ni conciencia –cruzó los brazos y la miró como amenazándola–. Como va a averiguar, yo tampoco las tengo, así que puede comenzar a hablar o quedarse aquí arrestada indefinidamente.

–Va a arrepentirse de tratarme de este modo. Cuando el señor Di Montefalco sepa que estoy aquí deseosa de hablar con él, tendrá suerte si solo pierde su empleo.

–¿Quién la ha enviado a hacer el trabajo sucio? Dígamelo ahora y usaré mi amistad con el juez para que le caiga una sentencia

suave.

–Mire, ha habido un malentendido. Si cree que mi pasaporte y mi carné de conducir son falsos, mire otra vez mis billetes de avión, demuestran que he volado de Portland hasta aquí con una escala en Suiza para ver el lugar en el que tuvo el accidente mi marido.

–¿Llama a eso una prueba cuando su periódico ha podido pagarle el billete a Oregón para que comenzara allí su suplantación de personalidad? Me está haciendo perder el tiempo.

Apretó un botón que había encima de la puerta, sin duda para avisar de que estaba listo para marcharse. ¡Qué pesadilla!

–No, no se vaya todavía –suplicó Ally mientras se abría la puerta.

Él se quedó contra el marco, casi llenándolo con su alto y fuerte cuerpo.

–Por favor, hay alguien a quien puede llamar y que puede responder por mí. Se llama...

Se calló porque, de repente, se dio cuenta de que no quería que ese hombre hablara con el teniente Davis. Se sentiría muy avergonzada si el detective supiera que había ido hasta allí para saciar su curiosidad sobre Donata. Era algo privado que prefería que no supiera nadie. Hasta que hablara con el señor Montefalco, era crucial que sus actividades y su paradero fueran un secreto incluso para su madre, quien pensaba que estaba pasando el fin de semana con unos amigos de la orquesta. Si hubiera sabido la verdad, habría habido una batalla que Ally no estaba segura de haber podido mantener.

–¿Sí? ¿Qué estaba diciendo?

Estaba rígido como el tronco de un árbol. Ally ya estaba fuera de sí y le pitaban los oídos. Se dejó caer al borde de la cama y bajó la cabeza para no desmayarse.

–¿Quiere confesar algo antes de que se apaguen las luces, *signora*?

Su voz sonaba lejos y Ally tuvo que esperar a que lo peor de su desfallecimiento pasara antes de poder hablar pero, para entonces, él ya se había ido...

Algo perturbado por la insistencia de la mujer en que realmente

era la esposa del amante de Donata, Gino aceleró por las oscuras calles que conducían a la casa familiar, situada sobre el monte. Quería estar totalmente a solas antes de registrar la maleta de la mujer. De camino llamó a Carlo.

–Gracias por ayudarme con mi plan. La sospechosa está en su celda, pero creo que no vamos a poder retenerla mucho tiempo. Le pedí al sargento de la recepción que escaneara su pasaporte para comprobar que es auténtico y que luego te informara. Hazme el favor de comunicarme lo que encuentre. Cuando sepamos que la documentación es falsa, la desenmascararé a mi manera, de forma que no vuelva a encontrar otro trabajo. Estoy harto de la prensa.

Cuando colgaron, Gino utilizó su mando a distancia para que las puertas de su propiedad se abrieran. Después de entrar en el *palazzo* con el equipaje de su prisionera, entró en el despacho de Marcello y lo dejó sobre un sofá. Al abrirlo le sorprendió las pocas cosas con las que viajaba. El interior de la maleta olía a su perfume de flores. Había solo algunas mudas de ropa interior, modestas y de marcas americanas. Con el ceño fruncido porque no encontraba ninguna cámara ni nada alarmante, buscó más abajo.

–¿Qué es esto?

Tocó algo sólido envuelto en una toalla.

–Lo sabía –dijo al sacar el portátil plateado.

No era extraño que no quisiera soltar su equipaje. Lo llevó al escritorio y lo enchufó con un adaptador.

–Usted y su periódico están a punto de ser descubiertos. Créame, *signora*, lo va a pagar...

Lo encendió y se sentó en la silla de cuero para ver qué aparecía en la pantalla. Estaba preparado para no dejar escapar nada que la relacionara con la prensa. Al encenderse el ordenador, pinchó el icono de sus fotos favoritas. Entonces, se encontró con fotos de Donata.

Gino contó treinta fotos de su cuñada vestida y desnuda. Las fotografías en exteriores habían sido tomadas en Praga, reconocía los edificios. ¿Cómo era posible que la impostora de ojos verdes se hubiera hecho con ello?

Gino apretó los dientes. Si aquellas fotos llegaban a la calle... Si Sofia las viera...

Solo había una razón para que la rubia de curvas voluptuosas

que estaba encerrada en la celda no las hubiera publicado todavía. Quizá hubiera decidido acercarse primero a Marcello para pedirle más dinero de lo que un periódico podía pagar por ellas. Asqueado porque sabía que aquellas fotografías eran solo la punta del iceberg, apagó el portátil, cerró la maleta y los llevó a la furgoneta que tenía en su propiedad. Saliendo por un camino escondido que llevaba a una calle lateral, se dirigió hacia el calabozo.

Más tarde, en la granja, cuando tuviera tiempo, miraría los e-mails y otros secretos del disco duro del ordenador. Quería saber el nombre de la publicación para la que trabajaba, cuántas fotografías más había y cuánto tiempo había estado siguiendo a Donata para obtener aquellas imágenes.

Ally oyó que la puerta se abría. Cuando vio una silueta alta y oscura acercarse hacia ella antes de que la puerta se cerrara, dejó escapar un grito y se tapó la cabeza con la sábana.

–¿Pesadillas, *signora*? –dijo la endemoniada voz de su captor–. Con las cosas que tiene en su conciencia, no puedo decir que me sorprenda.

–¡Fuera! La única persona con la que voy a hablar es un diplomático de la embajada americana.

–Me temo que va a tener que esperar mucho.

Ally oyó que algo raspaba el suelo de cemento y se estremeció al darse cuenta de que él había acercado la silla a la cama y se había sentado.

–Lo que está haciendo es ilegal.

Él soltó una sonora carcajada.

–A alguien en su situación –comenzó a decir con voz intimidante–, le aconsejo que deje de fantasear y me cuente todo antes de que el fiscal de la región llegue y se la lleve ante el juez.

Ella se incorporó en el camastro y se arrimó todo lo que pudo a la pared.

–Lo crea o no soy la señora de James Parker. Hasta ahora, lo único que me ha dicho es que he entrado sin permiso, pero no sé cómo lo hice cuando los guardias no me dejaron acercarme a la puerta.

–Si está diciendo la verdad y realmente es la desdichada viuda

que fue la última en saber en lo que estaba metido su marido, explíqueme qué hacen esas fotografías en su portátil.

¿Fotografías? Ally se cubrió los rojos ojos con las manos. Estaba extenuada; quizá estuviera soñando esa terrorífica historia.

–Le he hecho una pregunta, *signora* –insistió el hombre.

No, no estaba soñando. Él estaba sentado a su lado, intimidándola con su sola presencia.

–Es el portátil de mi marido. Yo no sé nada de fotos.

–¿Así que carga con su ordenador todo el camino hasta Montefalco, sin ninguna razón?

–Yo no he dicho eso –protestó–. Le he dicho antes que he venido para hablar en privado con el señor Montefalco y con nadie más.

–Para mostrarle las fotografías y sacarle miles de dólares.

¿Miles de dólares? ¿Qué fotografías podían costar tanto dinero? Ally respiró hondo, atemorizada por lo que podía encontrar.

–Si hay fotografías, yo no las he visto.

En su hotel en St. Moritz, Ally había estado a punto de ver lo que había en el portátil, pero no llevaba un adaptador de corriente y pensó que tendría que esperar hasta que regresara a Portland. Una parte de ella sabía que aquello era una excusa. No quería saber lo que había.

–Quiero contarle al duque cosas que solo le incumben a él.

–Puede contármelo, yo soy de su confianza.

–Demuéstrelo. Lo único que sé es que usted es un policía que se hace pasar por uno de los guardaespaldas del señor Montefalco.

De repente se levantó. Ally pudo sentir su rabia al empujar la silla y se tapó la cara con la sábana, aunque el cuarto estaba oscuro.

–Ahora ya sabe qué se siente cuando le dicen que es un mentiroso y un sórdido artista de la estafa que saca dinero de tragedias particulares. Repito, no voy a decir nada más hasta que pueda hablar con alguien de la embajada.

Mientras esperaba su respuesta, la puerta se abrió para cerrarse, después, de golpe. La luz de la celda se encendió. Ally miró el reloj al que había cambiado la hora en el tren. Eran las 7:30 de la mañana.

¿Cuánto tiempo iban a dejarla allí antes de permitirle asearse? Desesperada, arrastró la silla hasta la puerta para poder pulsar el botón que él había apretado antes. De repente, la puerta se abrió y

ella casi se cayó. Un guardia a quien no reconocía le ordenó que lo siguiera.

Agarró su bolso y lo siguió por el pasillo hasta un aseo. No había señal de su captor y deseó no tener que volver a verlo o hablar con él otra vez.

Después de cepillarse el pelo y pintarse los labios, se sintió mejor. Minutos después, cuando salió, el guardia la escoltó de nuevo a su celda, donde la esperaba una bandeja con comida sobre la silla. Al mirar la silla, recordó cómo su interrogador la había empujado al otro lado de la habitación en un arrebato de furia.

A pesar de la precariedad de su situación, el hecho de haber sido capaz de enfadarlo la hizo sonreír. El guardia lo notó antes de salir.

Encerrada una vez más, su mirada se fijó en el desayuno. Panecillos y café. Pero no iba a protestar. Pasaría mucho tiempo hasta que le dieran de comer otra vez, así que se lo comió todo.

Continuaba pensando en las fotografías que aquel hombre le había mencionado. Evidentemente, Jim las había guardado en una de las carpetas. Quizá fueran fotos de todas sus amantes europeas. Su marido había tenido, realmente, una doble vida.

Que estúpida había sido al no enfrentarse a él cuando sospechó por primera vez que había otra mujer… Las palabras de su raptor le dolieron más que nunca.

«Si está diciendo la verdad y realmente es la desdichada viuda que fue la última en saber en lo que estaba metido su marido, explíqueme qué hacen esas fotografías en su portátil».

Ally no había sido desdichada. El caso era que no había querido admitir que algo iba mal y que su madre había tenido razón al decir: «Te lo advertí, un hombre guapo y culto no puede estar satisfecho con una sola mujer».

Ally no creía eso. Conocía a muchos hombres atractivos felizmente casados. Su matrimonio había sido feliz al principio, pero cuando vio que había cambios, tendría que haber hablado con él claramente y haber salvado su matrimonio, pero ya era demasiado tarde.

Miró alrededor de su claustrofóbica celda. Lo que necesitaba era salir de ahí. Su secuestrador esperaba que cooperara, así que, si inventaba una mentira, quizá la creyera y la dejara marchar. Sin dudarlo, llevó la silla hasta la puerta y se subió a ella para apretar

el botón. Mientras esperaba una respuesta, volvió a colocar la silla junto a la pared. Un minuto después la puerta se abrió y allí estaba el guardia que le había llevado el desayuno.

–*Signora?*

–Odio estar aquí y estoy preparada para hablar.

Él recogió la bandeja de su cama y salió.

–¿Me ha oído? –gritó–. Estoy preparada para confesar.

Él la miró por el rabillo del ojo antes de que se cerrara la puerta.

–¿Qué tipo de manicomio es este? –gritó Ally.

Cuando se dio cuenta de que solo se estaba haciendo daño a sí misma, se levantó y se puso a caminar por la celda, intentando quitarse el dolor de las manos por haber aporreado la puerta con los puños.

Cinco minutos más tarde, tuvo un *déjà vu* al oír que la puerta se abría y ver entrar a su secuestrador.

–¿Va a confesar, *signora*?

–Sí, pero no aquí. No puedo soportar los sitios cerrados.

Él se encogió de hombros elegantemente, recordándole el extraordinario físico que tenía.

–Es aquí o en ningún otro lugar.

–Vale. Es verdad que me hice pasar por la señora Parker para que el duque me prestara atención. Trabajo para una revista de Portland por cuenta propia y uno de mis amigos es policía, así que, de vez en cuando, me cuenta algo interesante. Hace un par de meses me contó que su jefe trabajaba en una desaparición de un hombre de Portland casado y de otra mujer que había muerto con él en Europa. Hace unos días me contó que finalmente habían identificado a la mujer y que tenía fotografías suyas. Le pregunté si me las dejaría ver y lo hizo, así que las escaneé en mi portátil.

»Lo único que quería hacer era hablar con el marido de la mujer y preguntarle si me daba la exclusiva. En caso de que no creyera que yo era seria, planeaba enseñarle las fotos, pero no habría permitido que las publicasen o que lo sobornaran. Solo quería escribir sobre esta desgarradora historia. A los americanos nos gustan las historias de ricos y nobles con problemas, hacen que nos sintamos mejor con nuestras menos gloriosas vidas. Ahora que ya sabe la verdad, por favor, déjeme ir. Lo único que quiero es que me devuelva el pasaporte y la maleta. Si llama a un taxi, el conductor

me llevará a la estación. ¿Qué le parece? Usted me deja salir de aquí y yo me voy directamente a mi casa en Portland.

–Está mintiendo, *signora*, pero admiro su iniciativa. Nunca le dije la naturaleza de esas fotos. Si hubiera sabido lo que contenían, nunca habría puesto a su fuente en peligro. Lo único que ha hecho ha sido convencerme de que es una mentirosa.

Se estaba echando un farol...

–Qué típico –se burló ella–. Si fuese un hombre, habría dicho «buen intento», pero como soy una mujer, no se me puede creer.

–Hasta ahora usted me ha contado dos mentiras totalmente opuestas y ninguna se sostiene. Mientras estoy aquí, ¿quiere intentar con una tercera? No tengo nada más importante que hacer.

–Vale. Haré un trato con usted. Le daré mil dólares si me deja ir. Nadie tendrá por qué saberlo.

–No lo haría ni por cien mil dólares.

–Mire, lo único que quería era hablar con el señor Montefalco. Esto es algo entre nosotros dos y nadie más.

–¿Y eso por qué, *signora*?

–Porque es muy triste y muy personal.

–Yo soy su confidente, puede contarme cualquier cosa. Si la hace sentirse mejor, me lo puede decir al oído, le prometo que será un secreto.

Algo en su tono de voz hizo que medio lo creyera, pero daba igual.

–¿Cómo sé que no lleva un micrófono?

–No lo sabe, va a tener que creerme.

Ella se inclinó hacia él.

–Lo siento, pero tengo que hablar con el señor Di Montefalco en privado.

La proximidad de su boca en forma de corazón y el aroma a flores que su cuerpo desprendía lo impresionaron tanto como las palabras que salieron de sus labios.

No podía ser la señora de James Parker. Ningún hombre que estuviera casado con ella sentiría la necesidad de serle infiel con Donata o con cualquier otra mujer.

–Si no me deja salir de aquí –continuó ella en voz baja–,

tráigame al señor Montefalco. Quiero hablar con él y creo que a él le gustaría también hablar conmigo. Creo que nos reconfortaremos mutuamente.

Con el cuerpo todavía reaccionando al calor de su aliento en la oreja, Gino se sintió reacio a distanciarse de ella. Pero tenía que hacerlo sin que le importara su mirada implorante y el atractivo hechizo de su voz, que lo persuadía para que finalmente creyera que estaba diciendo la verdad.

Se echó a un lado frotándose la nuca en un gesto inconsciente de frustración cuando, de repente, la puerta se abrió. Un guardia le dijo que el inspector Santi lo llamaba por teléfono. Así que, sin decirle una palabra a ella, fue hasta el despacho, pensando en sus palabras de protesta. En realidad, era reticente a creer que era una bella enemiga.

Tomó el teléfono y le dio la espalda al escritorio del sargento. Sabiendo que el teléfono de la comisaría estaba pinchado, dijo:

–¿Inspector? Lo vuelvo a llamar desde mi teléfono –después de colgar sacó su móvil y llamó al número privado de Carlo–. ¿Carlo? ¿Qué has averiguado?

–Gino, es la señora Parker.

Mientras los pensamientos de Gino se dirigían en direcciones distintas, Carlo continuó hablando.

–Supongo que a mí no me sorprende, es una viuda afligida por la muerte de su marido.

Gino tenía pruebas de aquello. Él acababa de estar en su celda, donde ella había dicho que buscaba a Marcello con la esperanza de dar y recibir consuelo. Pero, si aquello era cierto, ¿cómo podía explicar lo del ordenador? Había algo que no cuadraba.

–Ha dicho que ha estado en St. Moritz para ver el lugar del accidente –murmuró Gino.

–No es apropiado el momento que ha elegido para venir a Italia, con la prensa esperando cualquier cosa que le dé más morbo al caso. Es la última persona con la que deberían verte.

Gino asintió. Bastaba solo una foto de los dos juntos para que la infernal situación se agravase de la noche a la mañana.

–Tienes que abandonar el calabozo y dejar que yo me ocupe de esto, Gino. Le diré al sargento que la ponga en libertad. Uno de los guardias la escoltará hasta Roma en tren y la dejará en el próximo

avión a Estados Unidos.

Aunque lo que decía Carlo tenía sentido, Gino no podía olvidar que la señora Parker había hecho un largo viaje con ese ordenador para ver a Marcello por una razón específica. Gino no podía dejarla ir hasta que averiguara qué era eso tan importante por lo que se había arriesgado para encontrar a Marcello.

–Tienes razón, Carlo. Lo dejo todo en tus manos.

–Muy bien. Tienes que mantenerte lejos de ella.

Lo haría en cuanto tuviera ocasión de hablar con ella en privado.

–*Grazie*, Carlo.

Ally había estado sentada en el camastro pensando qué sucedía. De repente, la puerta se abrió. Era el mismo guardia de antes.

–Vamos, *signora*, está libre. Por favor, sígame.

Casi sin poder creerlo, agarró su bolso y comenzó a seguirlo.

–¿Qué pasa con mi maleta?

–Está aquí –dijo una vez que llegaron al área de la recepción.

Convencida de que el secuestrador había confiscado el ordenador, abrió la maleta para comprobarlo. El ordenador no estaba.

Por alguna inexplicable razón, que era absurdo considerar debido a sus circunstancias, deseó que él estuviera todavía allí para poder acusarlo, delante de sus compañeros, de hurto. Cerró la maleta y levantó la cabeza.

–¿Y mi pasaporte?

–Se lo darán cuando embarque rumbo a Estados Unidos.

Casi dijo que no podía abandonar Montefalco todavía, pero se detuvo a tiempo. Solo tenía que cometer ese error para que la volvieran a encerrar.

Respiró hondo varias veces para calmarse. Cuando embarcara, diría que estaba enferma y pediría que la metieran en el vuelo siguiente. Una vez que encontrara hotel en Roma, pensaría cómo localizar al señor Montefalco.

–Muy bien, ya estoy lista.

La puerta del calabozo se abrió. Otro guardia estaba fuera, frente a un coche de policía blanco, y le abrió la puerta trasera. Él,

a diferencia de su secuestrador, no la ayudó con su equipaje. Sin duda la consideraba una reportera que no merecía ningún tipo de cortesía.

Puso su maleta en el asiento y se subió al coche.

Cuando salieron del callejón, vio que una multitud de turistas llenaban las calles. El guardia serpenteó por algunas calles con encanto en el corto trayecto a la estación.

Ally odiaba pensar en otro trayecto caluroso en tren, pero no había otra opción.

–Vamos, *signora*.

El guardia había aparcado en una zona VIP. La escoltó por la multitudinaria estación hasta el andén. Después de una corta conversación con uno de los revisores, se metió en el tren con ella y la metió en un compartimento de segunda clase donde solo quedaba libre un sitio en el medio. Ally tuvo que poner su maleta en la estantería de arriba sin su ayuda.

–Estaré en el pasillo hasta que lleguemos a Roma, *signora* –la advertencia de que no intentara escapar estaba implícita en sus palabras.

Con las mejillas rojas por el enfado, Ally se sentó, intentando evitar las miradas curiosas de los demás pasajeros. Después de que el guardia saliera del compartimento, el tren se puso en marcha.

Ally estaba exhausta después de pasar la noche en aquella celda y apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento. Desesperanzada por todo lo que había pasado, cerró los ojos unos minutos. Necesitaba dormir. Lo primero que haría cuando estuviera a solas en su habitación del hotel sería caer rendida. Pronto perdió la noción del tiempo y, de repente, sintió una mano en su brazo.

–*Signora?* –dijo una profunda voz masculina con un tono vagamente familiar.

Se despertó con un grito por el sobresalto. Cuando vio a su secuestrador, todavía vestido de negro, de pie y sujetando su maleta, sintió que le faltaba el aire.

–¿Qué sucede?

–He relevado al otro guardia. Nos bajamos en la próxima estación, venga conmigo.

Aunque estaba tan atontada que no sabía cómo era capaz de caminar, se dio cuenta de que ese hombre era su única oportunidad

de recuperar el ordenador de Jim y, quizá, también de conseguir ver al señor Montefalco. Agarró el bolso, se levantó y lo siguió fuera del compartimento por el pasillo. El tren ya había disminuido la velocidad. Cuando se detuvo, algunas personas esperaban para subir, pero él salió primero y la ayudó a bajar.

Para su sorpresa, la mantuvo agarrada para guiarla hasta la salida de la pequeña estación y después hasta una furgoneta que estaba aparcada en la calle. No se parecía en nada al coche negro del *palazzo* en el que habían montado la noche anterior.

–¿Adónde me lleva? –preguntó cuando hubo encendido el motor.

–A un lugar donde pueda comer en condiciones y dormir.

–¿Por qué iba a hacer usted eso por mí cuando me ha encerrado por poseer documentación falsa, por allanamiento de morada y por suplantación de personalidad?

–He averiguado que es quien dice ser.

–Quiere decir que ahora se cree que soy la señora Parker...

–Sí.

–Entiendo. Entonces, ahora que sabe mi nombre, ¿Cómo lo llama el señor Montefalco?

–Gino.

–Que puede ser o no ser su verdadero nombre pero, al menos, es una forma de poder llamarlo.

–Además de «bastardo», ¿no? –dijo con ironía.

Aquello pilló desprevenida a Ally, que no pudo evitar reírse.

–En realidad es como quise haber llamado al otro guardia cuando no me ayudó con la maleta en el tren. Usted, a pesar de ser malo, es más caballeroso.

–Le debo una disculpa.

–Si alguna vez conozco a su jefe, podré dar crédito de su lealtad hacia él. No me extraña que lo haya contratado; cualquier hombre en peligro debería tener un guardaespaldas tan fiel.

Habían dejado ya el pueblo de Remo y viajaban entre campos de girasoles, bajo el cálido sol italiano.

–¿Cómo sabe tanto del señor Di Montefalco?

–Sé muy pocas cosas aparte de los hechos.

–¿Cuáles son los hechos?

–Es rico, noble y ha perdido a su mujer. Si la amaba

desesperadamente, mi corazón está con él.

–¿Qué pasa con su corazón? –preguntó Gino.

–Si pregunta si se hizo añicos al morir mi marido, la respuesta es «sí».

«Si está pensando si su posible infidelidad me ha herido, sí», pensó Ally. Pero porque había esperado demasiado para intentar arreglar lo que se había estropeado entre ellos, la muerte de Jim la hacía sentirse culpable.

Gino conducía por las carreteras comarcales con maestría. En cualquier otra ocasión a Ally le habría encantado viajar por el campo, pero en aquel momento estaba entumecida.

Cuando paró, Ally vio una granja amarilla de tres plantas que parecía algo antigua.

–¿Dónde estamos?

–En mi casa –le dijo antes de ayudarla a salir del coche.

Tomó su maleta y le dijo que lo siguiera. Ella no le hizo preguntas. Entraron en el vestíbulo y subieron unas escaleras hasta el piso de arriba.

–Aquí estará cómoda, señora Parker. El baño está detrás de esa puerta. Le pediré a mi ama de llaves, Bianca, que le traiga una bandeja con algo de comer. Duerma bien. Hablaremos después.

–Sí, ya hablaremos. Me gustaría recuperar el ordenador de mi marido.

–Todo a su debido tiempo.

Parecía que aquella era su frase favorita. Gino dejó la maleta en el suelo de madera y se fue cerrando la puerta tras él. Delante de Ally había una cama de matrimonio con un edredón blanco. Estaba tan cansada que se quedó en ropa interior, se metió en la cama y se quedó dormida al instante.

Capítulo 3

Al bajar, Gino se encontró en el comedor con Sofia.

–¿Quién es esa mujer que ha venido contigo, tío Gino?

–Una conocida mía que ha venido a ver la granja –respondió Gino. Había tenido que pensar rápido una respuesta–. Ha venido desde Estados Unidos y ahora está muy cansada, así que le he dicho que durmiera un poco antes de presentártela. ¿Dónde está Bianca?

–En la terraza de atrás con Luigi y con papá.

–Nuestra invitada tiene que comer, ¿me ayudas a prepararle algo?

–Sí. ¿Qué le gusta?

–¿Crees que habrá algo de lo que Bianca cocina que no le guste?

–Pues no.

Su malhumorada sobrina necesitaba a sus amigos. Ahora que estaba en casa podía arreglar eso. Juntos prepararon un plato con jamón, pan, ensalada y fruta y un té caliente.

–¿Puedo ir contigo a llevárselo?

–Claro.

–¿Cómo se llama?

–*Signora* Parker.

–¿Habla italiano?

–No –según lo que había dicho el taxista–. Así que tendrás la oportunidad de practicar tu excelente inglés con ella.

–¿Ella también es granjera?

Gino estaba igualmente intrigado por la vida de la mujer del amante de Donata.

–¿Por qué no se lo preguntas más tarde? Será interesante escuchar su respuesta.

Subieron las escaleras y Gino llamó a la puerta.

–*Signora?*

–Voy a echar un vistazo –Sofia abrió la puerta un poquito y, después de entrar de puntillas, volvió a salir–. Parece que está dormida.

–Le prepararemos otro plato más tarde –dijo Gino sin sorprenderse.

Una vez de vuelta en la cocina, lo recogieron todo juntos y Gino devoró el plato para la intrigante mujer que dormía bajo su techo.

–Tiene un pelo bonito, del color de las alas de las hadas.

Aquella era una buena descripción. Gino miró a su sobrina, a la que adoraba.

–No conocemos a mucha gente que tenga el pelo de ese color, ¿verdad?

–Yo no conozco a nadie –declaró.

Tampoco Gino.

–¿Qué te parece si llamamos a la madre de Anna para ver si tu amiga puede venirse unos días?

–Ella quiere que juguemos en su casa.

–¿Y por qué no en la tuya?

–No lo sé.

–Creo que sí lo sabes. ¿Qué pasa?

–Creo que se asusta de papá –dijo con los ojos bañados en lágrimas.

–¿Te ha dicho ella eso? –preguntó Gino dolorido.

–No, pero la última vez que vino al *palazzo*, papá comenzó a andar, de repente, por las habitaciones. Lo hizo una y otra vez y... –Sofia no pudo terminar.

Gino la abrazó y la dejó llorar. Él también lloraba en su interior, pensando que el hermano al que idolatraba había enfermado demasiado joven, pero también al darse cuenta de que su sobrina no iba a tener una infancia normal.

–¿Quieres que te lleve a casa de Anna?

–No. No quiero ir a ningún sitio, solo quiero estar contigo.

Aquello era lo que Gino había estado temiendo. Sofia se estaba cerrando cada vez más y dependía de él que aquello no pasara pero ¿cómo evitarlo cuando él mismo estaba teniendo problemas para mantenerse entero?

Cuando Ally se despertó, tardó un minuto en recordar dónde estaba. Miró su reloj; eran casi las ocho de la tarde. ¡Había dormido nueve horas! Alguien debía de haber entrado para dejarle una

bandeja con comida. Estaba tan agradecida y tan hambrienta que se lo comió todo y, después, vació la taza de té de un trago.

Su maleta todavía estaba donde Gino la había dejado. La llevó hasta la cama y sacó ropa limpia antes de pasar al baño para ducharse. Cuando entró de nuevo en la habitación diez minutos después, con el pelo limpio y vestida con unos vaqueros y una camiseta azul, se sentía mejor.

Encantada con su alegre habitación amarilla, abrió las contraventanas verdes para ver el exterior. En el crepúsculo pudo ver campos de cultivo con flores. Era increíblemente hermoso.

Después de cepillarse el pelo húmedo hasta que se le formaron sus rizos naturales, se pintó los labios y salió de la habitación. Bajó las escaleras para buscar a su anfitrión.

Una alta y esbelta niña de unos once o doce años con el pelo largo y castaño y unos tristes ojos marrones la esperaba al final de las escaleras. ¿Sería la hija de Gino?

Por supuesto que tendría una familia. ¿Por qué lo había cuestionado?

–Hola.

–Hola, señora Parker –dijo la niña.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Ally encandilada por sus modales.

–Sofia.

–Me encanta.

–¿Sí?

–Sí. Una vez hubo una reina, adelantada para su tiempo, que se llamaba así.

–¿Cómo te llamas tú?

–Ally, pero me gusta más tu nombre.

–¿Qué significa tu nombre?

–No creo que signifique nada, pero se burlan a menudo de mí por él.

–Y eso, ¿por qué?

–¿Sabes lo que es un gato?

–Sí. Tío Gino me regaló uno hace un par de meses. Es negro con las patas blancas.

Tío Gino. Eso explicaba el poco parecido que tenían.

–¡Qué suerte! ¿Cómo se llama?

–Rudolfo.

–Parece el nombre de alguien importante.

–Es el verdadero nombre del tío Gino.

Qué apropiado. Él satisfacía con creces la expectación que provocaba el nombre.

–Entiendo. Bueno, en cuanto a mí, los niños me llaman *alley cat*.

–¿Qué significa eso?

–Un gato que vive en la calle porque no tiene casa.

–Pero tú tienes casa –parecía preocupada.

–Sí, cariño –se le escapó el apelativo cariñoso. La niña tenía una agudeza que conmovió a Ally.

–¿En qué parte de América vives?

–En Portland, Oregón. ¿Has oído hablar de ese sitio?

–Creo que sí. El tío Gino me ha dicho que has venido a ver su granja. ¿Eres granjera?

Aquella era una buena explicación para justificar su presencia en la casa del guardaespaldas de Montefalco.

–No exactamente, Sofia, pero mis abuelos tenían una pequeña granja a los pies del monte Hood en Oregón. Es un viejo volcán.

–Aquí también hay volcanes.

–Lo sé, y muy famosos. Me gustaría verlos algún día.

–El que está cerca de casa de tus abuelos, ¿está activo?

–Supongo que todos pueden activarse, pero el monte Hood ha estado inactivo muchos años. En su ladera crece mucha la lavanda.

–Esa es una de las flores que cultiva el tío Gino.

–Ya me he dado cuenta, por eso he venido. Los campos de flores me recordaron que mi abuela tenía un jardín y que regalaba lavanda. Uno de mis recuerdos preferidos es que yo la ayudaba a hacer los ramos.

–Me gustaría hacer eso.

–¿No ayudas a tus tíos en la granja?

–El tío Gino no está casado. Dice que es mejor tener novias.

Por lo menos Gino era honesto. Y claro.

Pero no podía decir que su filosofía le sorprendiese. Le recordaba a lo que pensaba su madre sobre que los hombres guapos no eran buenos maridos. Quizá, después de todo, su madre y Gino tuvieran razón.

–Por ser de la familia, creo que Gino te dará una tarea especial en la granja si se lo pides.

–Quizá se lo pida –Sofia miró a Ally con interés–. ¿Quieres conocer a mi padre? Todavía no se ha ido a la cama.

–Me encantaría. ¿Cómo se llama?

–Marcello.

–Ese es otro bonito nombre. ¿Cómo se llama tu madre?

–Donata.

¿Donata?

Pero eso significaba... eso significaba...

Sintió un nuevo dolor. Entonces Gino salió de entre las sombras del pasillo. Ally se preguntó cuánto tiempo llevaba allí. ¿Qué habría oído de su conversación con Sofia?

Sus ojos se encontraron un instante. Mientras abrazaba a su sobrina, Ally se dio cuenta de que estaba angustiado. Se inclinó y agarró las manos de la niña.

–Gino me ha dicho lo de tu madre. Lo siento mucho, Sofia.

«Te desprecio, Jim Parker, por haber privado a esta niña de estar con su madre».

¿Cómo era posible que Donata se hubiera ido de vacaciones a Suiza dejando a su hija y a su marido? Ally sintió un tipo diferente de dolor en el corazón. Tuvo que aclararse la voz antes de hablar de nuevo.

–Mi padre murió hace algunos años y no importa lo pequeña o lo mayor que seas, sé lo mucho que duele.

Lo que le había dolido a Ally era saber que su padre había muerto y que ella nunca había llegado a conocerlo.

–Tío Gino dice que tengo que esperar a ir al Cielo para verla otra vez –dijo la niña con lágrimas en la cara.

–Tu padre y tú vais a necesitaros el uno al otro más que nunca. ¿Dónde está él?

–En la cocina tomando el té con Luigi.

–¿Luigi es tu hermano?

–No, no tengo hermanos. Luigi es uno de los enfermeros que cuida a papá.

¿Cuidarlo? Ally le lanzó a Gino otra mirada y descubrió algo de pena y de desolación.

–A mi hermano le diagnosticaron Alzheimer hace dos años. Es un caso extraño porque le dio de repente y avanza con rapidez.

Ally sofocó un grito. Eran demasiadas revelaciones dolorosas de

una vez.

–Me encantaría que me presentaras a tu padre. ¿Puede hablar?

–No, pero a veces me aprieta la mano. Ven conmigo.

Tomó a Ally de la mano y la guio a través del gran comedor y del vestíbulo hasta la cocina. Ally sentía el musculoso cuerpo de Gino siguiéndolas.

Bastó una fugaz mirada al hombre de pelo negro y unos cincuenta años que estaba sentado a la mesa de roble para ver el fuerte parecido que había entre los dos hermanos. Al acercarse, Ally notó que Sofia había heredado los ojos marrones de su padre.

Dos hombres inmensamente atractivos en una familia. Era una tragedia que uno de ellos estuviera convaleciente en la flor de la vida. Su atento enfermero, un hombre de pelo caoba que parecía tener unos treinta y cinco años, como Gino, tenía a su paciente perfectamente cuidado.

El duque de Montefalco vestía una elegante bata y zapatillas y bebía té de una taza despacito. El gato de Sofia se estiró encima de su silla, como si quisiera decirle a Ally que tuviera cuidado, que estaba protegiendo al padre de su dueña.

–¿Papá? Esta es la señora Parker, de América.

Su padre no se dio cuenta, continuó bebiéndose el té a sorbos.

Ally se sintió fatal al pensar que esa adorable niña no recibiría el amor de su padre. Aquel momento fue muy emotivo para ella. Se soltó de la mano de Sofia para agarrar el brazo de Marcello durante un instante.

–¿Cómo está, señor Montefalco? Es un honor conocerlo –dijo con voz temblorosa.

–Él también está muy contento de conocerla, *signora* –intervino Luigi–. ¿A que sí, Sofia?

–Sí. Le gusta tener compañía.

–¿Quieres ayudarme a acostarlo? –preguntó el enfermero a la niña–. Creo que está cansado después del día que pasamos ayer.

–Sí, ya lo sé. Se le caen los párpados –Sofia parecía muy adulta para la edad que tenía.

Ally vio cómo Gino besaba a su sobrina en la mejilla.

–Mientras le das las buenas noches, yo iré fuera con la señora Parker. Cuando acabes, ven.

–Vale.

Ally abandonó la cocina con el hombre del que ya no pensaba que era su secuestrador. Agradecida por la sugerencia de ir fuera, atravesó el umbral para salir a la cálida y fragante noche donde podía tomar aire. Gino la miró disimuladamente y sus miradas se encontraron.

–¿Por qué el día de ayer fue especialmente agotador para tu hermano? –le preguntó, comenzando a tutearlo.

–El cura dio una misa de funeral por Donata en la iglesia. No sé si Marcello comprendía lo que estaba pasando, pero Sofia insiste en que sí.

–Está sufriendo mucho.

–Dímelo a mí. Sofia necesita a su padre.

Ally sintió la agonía en su voz y supo que estaba sufriendo por la pérdida de su hermano. Cualquier hombre en la situación de Gino se sentiría abrumado por las circunstancias. Pero, como empezaba a intuir, aquel no era un hombre común. Tenía virtudes que ella admiraba. Los ojos se le llenaron de lágrimas mojando sus sedosas pestañas.

–A lo largo de mi vida he sido capaz de perdonar a quienes me han hecho daño, pero en cuanto a Donata y mi marido, por haber herido a una niña inocente... no sé si puedo.

–Donata estaba demasiado preocupada por ella misma para tener en cuenta los sentimientos de otras personas, y menos los de su hija.

Ally se mordió el labio al darse cuenta de que aquel hombre estaba soportando una pesada carga más desde que Sofia no tenía madre.

–Yo he sido hija única. Me habría encantado tener hermanos.

–Marcello y yo éramos buenos amigos –susurró–. Para protegerlo a él y a Sofia los he traído a la granja, que tiene un gran sistema de seguridad. Aquí estamos seguros. Nadie entra o sale sin que lo sepamos. La prensa convertirá la muerte de Donata en el escándalo del siglo.

Ally pensó en la noche que había pasado en el calabozo porque Gino pensaba que era una periodista.

–¿Siempre habéis tenido las cosas tan difíciles?

–Sí. Desde que mi hermano y yo fuimos lo suficientemente mayores para aparecer en público con mis padres, los paparazzi nos

han perseguido. El único momento que estoy tranquilo y soy anónimo es cuando me escapo al campo. Cuando estaba en Inglaterra, en la universidad en la que Marcello también estudió, no podía mirar a ninguna mujer sin que un salaz titular apareciera en el periódico al día siguiente. Todos mis movimientos quedaban registrados. La prensa europea me convirtió en un playboy. Quizá algunas de las cosas que publicaron eran ciertas… pero no todas.

»Después de graduarme sabía que tenía que acabar con aquella pesadilla o me volvería loco. Por aquel entonces mis padres murieron en un accidente de ultraligero. Marcello heredó el título y yo quedé liberado para cultivar flores, algo que siempre quise hacer y que a mi madre le parecía bien. Así que compré tierras y esta granja y, en lugar de Rudolfo Di Montefalco, pasé a llamarme Gino Fioretto, un antiguo apellido por línea materna. Hasta que mi hermano enfermó, fui capaz de vivir con cierto anonimato, pero al desaparecer y morir Donata todo se ha venido abajo. Saqué a Marcello y a Sofia del *palazzo* tan rápido como pude. Habrás notado que aquí no tengo radio, televisión ni periódicos.

–No te culpo. Si Sofia supiera algo…

–Entonces, ¿nos entendemos? –preguntó Gino al analizar su expresión.

–Por supuesto.

–¿Me perdonas por cómo te traté en el calabozo?

–Debido a las circunstancias, no sé cómo te controlaste.

–¿Tío Gino? –llamó Sofia.

–Estamos junto a la fuente.

Sofia fue corriendo hacia su tío y él la levantó en sus poderosos brazos. Ally pudo oír que la niña negaba estar cansada. Se podía entender que no quisiera irse a la cama, sentía un gran dolor y necesitaba a su tío. Necesitaban tiempo para ellos.

–¿Gino? –dijo Ally–. Antes de que sea más tarde, necesito hacer una llamada, si me perdonáis.

–Por supuesto –su actitud soberbia no había cambiado.

Ally sonrió para romper la tensión que Sofía debía de estar percibiendo.

–Buenas noches, Sofia. Estoy encantada de haberte conocido.

–Yo también. No te vas, ¿verdad?

La pregunta fue tan inesperada que tomó a Ally por sorpresa.

–Claro que no –respondió Gino antes de que ella pudiera hacerlo–. Está aquí para ver la granja y eso puede llevar algún tiempo.

Ally tembló con la advertencia indirecta de que no debería planear irse pronto.

–¿Puedo ir con vosotros mañana? –Gino pudo ver un ruego en los preciosos ojos marrones de su sobrina.

–Iremos los tres juntos.

–¿Podemos llevar también a papá?

–Estoy seguro de que a tu padre le encantará venir –afirmó Ally antes de que Gino pudiera decir otra cosa–. Aunque no pueda hablar, en el fondo disfrutará de salir al sol con su preciosa hija.

–Yo no soy preciosa.

–Debe de ser que últimamente no te has mirado en un espejo –dijo Ally, y le dio un rápido beso a Sofia–. Buenas noches –susurró antes de precipitarse por el patio para entrar en la granja a ponerse a salvo de la enigmática mirada de Gino.

Una vez que llegó a su habitación, llamó, a cargo de su tarjeta de crédito, a su madre.

–¿Mamá?

–Ally, cariño. El operador ha dicho que es una llamada del extranjero. Esperaba que fueras tú.

–Perdona que llame tan temprano. ¿Os he despertado a ti o a la tía Edna?

La madre de Ally había estado ayudando a su hermana viuda, que había salido del hospital con una prótesis en la cadera.

–No, Edna y yo ya hemos desayunado.

–Muy bien.

–¿Cómo va tu dolor de cabeza?

–Ya no lo tengo –y además, su situación emocional había cambiado por completo.

–¿Dónde estáis durmiendo tus amigos y tú?

Era el momento de decir la verdad.

–Por eso te estoy llamando. Decidí seguir el consejo del médico e irme sola por un tiempo.

–No me gusta la idea de que estés sola. ¿Has hablado con el director de la orquesta?

–No necesitaba hacerlo, tenemos el mes de junio de vacaciones,

¿recuerdas?

–Claro. Y ¿dónde estás?

–Estoy en un hotelito que es una granja de lavanda.

–Siempre te encantó la casa de los abuelos. Me gustaría que todavía vivieran para estar todos juntos.

–A mí también, mamá.

–Estoy segura de que el cambio te sentará bien. ¿Dónde estás exactamente?

–En Italia, no muy lejos de Roma. Mamá –Ally continuó hablando antes que su madre pudiera decir algo–, déjame explicarte. El detective Davis me dijo que la mujer que murió con Jim había sido identificada. Era italiana, así que fui a Suiza y ahora estoy en Italia para hablar con las autoridades.

–Cariño, debes de estar sufriendo mucho.

Ally había sufrido durante meses, pero en aquel momento otro sentimiento la invadía: la compasión que sentía por Gino y por Sofia.

–Necesito estar aislada y esta parece la mejor forma de conseguirlo.

Para evitar que su madre hiciera la pregunta de si Jim y Donata eran amantes, Ally dijo:

–Esto no llevará mucho tiempo.

–Espero que no. Cuando vuelvas, buscaremos otra casa que no te recuerde a Jim.

Daba igual dónde viviera, a Ally siempre la perseguiría la traición de dos personas a una inocente niña italiana que solo pedía que la quisieran.

–Mamá, ¿me haces el favor de llamar a Carol? Tiene mi violín desde el día que me dolía la cabeza. Dile que se lo quede hasta que yo vuelva.

–Haré algo mejor. Edna y yo nos pasaremos por su casa a recogerlo.

–Gracias. Dale un beso de mi parte a la tía Edna. Prometo escribirte y te volveré a llamar pronto.

Colgó antes de que su madre pudiera preguntar por un número de teléfono donde poder localizarla si surgía alguna emergencia.

Estaba demasiado descansada como para sentarse, pensó mirando por la ventana abierta. Si Gino y su sobrina todavía

estaban caminando, no los vio.

–¿Ally?

Al oír la voz baja y masculina de Gino se giró y lo vio en la puerta. Ya debería haberse acostumbrado a que apareciera silenciosamente, como un gato.

–Yo... no sabía que estabas ahí.

–He llamado a la puerta, pero no me has oído.

–¿Sofia está en la cama?

–No. Está en la habitación de su padre. Si es su único consuelo ahora, yo no voy a prohibírselo. Como espera que me reúna con ellos, vengo a darte las buenas noches.

La ternura que Gino mostraba por su hermano y su sobrina revelaban una parte excepcional de él.

–Gracias por tu hospitalidad, Gino. Cuando llegué a Italia no tenía ni idea de que fuera a acabar aquí. Que sepas que puedes confiar en mí con lo que me has contado.

–Si no lo supiera estarías de vuelta en Portland. Que duermas bien.

Una parte de ella quiso llamarlo y pedirle que le devolviera el ordenador. Si tuviera un adaptador, podría ver las fotos y leer los e-mails que Jim le ocultaba. Pero otra parte se resistía porque sabía que Gino tenía demasiadas cosas en la cabeza como para tratar con algo más esa noche. Habían enterrado a Donata el día anterior. Aquella familia necesitaba descansar. Volvió a asomarse a la ventana. Después de dormir el día entero, estaba muy despierta.

Finalmente se fue a la cama con la cabeza llena de imágenes nuevas. No importaba el escenario o la situación, en todas estaba Gino.

–¿Dónde está la *signora* Parker? –le preguntó Sofia a Gino sin ni siquiera darle los buenos días–. La estábamos esperando.

El que Sofia se interesara por una extraña a la que solo había visto unos minutos la noche anterior significaba que esta le había causado una gran impresión. A Gino, que no se podía quitar a la americana de la cabeza, aquello no lo sorprendió.

–Supongo que todavía está dormida –le dijo después de besarla en la frente.

–Pero durmió ayer todo el día.

Gino tuvo el presentimiento de que la viuda de Jim Parker había permanecido despierta hasta el amanecer al igual que él. Sabía que ya había tenido unos cuantos meses para afligirse profundamente, pero temía que pudiera estar de luto un largo tiempo. Todavía no podía contestar por qué le molestaba saber eso. Solo sabía que le molestaba.

–Iré a ver si está despierta.

Antes de que Gino pudiera pestañear, Sofia salió corriendo de la cocina. Su primer impulso fue detener a su sobrina para que no molestara a su huésped, pero como él también estaba deseando pasar el día con ella, se alegró de que Sofia hubiera tomado la iniciativa. Unos segundos después su sobrina llegó corriendo, asustándolo con su expresión de angustia.

–No está en su habitación. Creía que había venido a ver la granja, íbamos a verla juntos. ¿Adónde ha ido, tío Gino?

Sintió la preocupación en su voz. Se giró hacia Bianca, que estaba sirviendo la leche en la taza de café de Marcello.

–¿Has visto a la señora Parker esta mañana?

–No. Quizá esté fuera dando un paseo.

–Iré a buscarla –dijo Gino saltando de su silla.

–Iré contigo –propuso Sofia.

En cuanto salieron por la puerta de la cocina, divisaron a Ally en la distancia. Estaba inclinada sobre una de las plantas del huerto que Gino había plantado para Bianca.

Sofia corrió hacia ella y Ally levantó la cabeza sonriendo y extendió un brazo para abrazarla. Fue un acto espontáneo. Ally era cálida y aquello atraía a Sofia.

–Buenos días, *signora*.

–Buenos días. Este huerto es fabuloso.

–Mi tío lo hizo para Bianca; a ella le gusta que todo sea fresco.

–Tiene suerte de que el dueño de la granja la aprecie tanto.

–Yo soy el que tiene suerte y verás por qué cuando pruebes uno de sus platos.

–Lo estoy deseando.

–Vamos, Ally, nos ha preparado el desayuno.

–Voy.

Gino la vio incorporarse. Llevaba una falda y una camiseta de

color melocotón que resaltaba sus curvas. Estaba sorprendido de que Sofia tratara a Ally como si fuese una vieja amiga. Un minuto después estaban todos reunidos a la mesa, con Bianca revoloteando alrededor.

–Sofia –dijo Gino–, de camino pararemos en casa de los Rossini. No conoces al capataz de mi granja, Dizo. Su mujer y él tienen dos hijas; una de ellas, Leonora, tiene tu misma edad. Es una niña muy agradable que quiere conocerte. Te gustará.

–¿Tenemos que hacer eso hoy? Yo quiero estar contigo y con Ally.

Su sobrina era transparente. Durante meses había sido muy infeliz y, de repente, Ally había entrado en sus vidas. ¿Cuándo había sido la última vez que uno de ellos había estado alegre? Gino tuvo que retroceder doce años y pensar en cuando los dos hermanos habían vivido sus buenos tiempos, sus padres todavía vivían y todo iba bien. Hasta que llegó Donata...

Peló una naranja y le dio un par de gajos a Marcello, quien se los comió automáticamente. Gino todavía no podía creer que su hermano no volviera a estar normal otra vez, que no volviera a hacer reír a su hija o a hacerla sentirse segura.

En el pasado, Marcello siempre podía hacer que las cosas fueran bien para Sofia sin que importara lo descuidada que la tenía su madre. Todo el mundo amaba a Marcello, especialmente Gino. En algunas ocasiones, como entonces, el dolor por su pérdida era insoportable. Solo podía imaginarse cuánto había sufrido su sobrina. Pero aquella mañana, ella no mostraba ningún signo de dolor.

–Vale, Sofia. Yo iré a casa de los Rossini a comprobar unas cosas de trabajo y cuando vuelva iremos todos a nadar al río. ¿Qué te parece?

–¡Muy bien! No tardes mucho, tío Gino.

Quizá Leonora volviera con él para que las niñas pudieran conocerse. Salió de la cocina para poner la furgoneta en marcha.

Unos minutos más tarde estacionó el vehículo en un aparcamiento que había junto a los puestos cubiertos. El habitual montón de clientes tenían entretenidos a los empleados. Miró alrededor para ver si Leonora estaba ayudando a su madre. Maria estaba encargada de los empleados que trabajaban en el mercado de

flores de Gino, que se llamaba Fioretto's. Lo que no se mandaba por barco, por tren o en camiones desde su granja a distintos lugares del país era vendido como excedente a los negocios locales, que mandaban compradores a la granja.

Algunos trabajadores lo reconocieron y lo saludaron con la mano. Él les devolvió el saludo mientras caminaba entre cestos de flores que estarían vendidos a las tres de la tarde.

–¡Gino, aquí! –lo llamó Maria. Estaba rodeada de clientes y, una vez que terminó con ellos, Gino y ella hablaron sobre el negocio unos minutos.

–¿Puedo hacer algo por ti antes de que te vayas?

–Necesito dos ramos de lavanda.

–Marchando –los envolvió en un papel y se los dio.

–¿Está Leonora por aquí?

–No, está en casa con el bebé. Es que está acatarrada.

–Esperaba que pudiera venir a casa y conocer a mi sobrina.

–Le encantaría. Quizá mañana. Le diré a Dizo que la lleve hasta allí.

–Muy bien, Maria. Lo arreglaré todo para que luego la lleven de vuelta por la tarde. *Ciao*.

–*Ciao*, Gino.

Corrió hacia la furgoneta ansioso por volver a la granja, por ver a Ally, aunque ella no debería estar en Italia, donde los paparazzi pudieran encontrarla. A Carlo le daría un infarto si se enterase. Pero estaba bajo su techo y allí era donde quería que se quedara. Admiraba cómo había luchado cuando la había encerrado en el calabozo. En ningún momento había actuado como una víctima. La señora Parker tenía un coraje y un valor que no se solía encontrar en un hombre o en una mujer.

Jim Parker no había merecido una mujer como ella, de igual manera que Marcello no merecía a Donata... Gino apretó los dientes al pensar en el dolor que Donata había causado, pero cuando regresó a la granja y vio a Ally y a Sofia, sus pensamientos más oscuros se evaporaron.

Apenas había apagado el motor cuando se dirigieron hacia él. Gino bajó de la furgoneta de un salto y les dio sus regalos.

–¿Qué es esto? –preguntó Ally mirándolo fijamente.

–Ábrelo y lo sabrás.

Sofia ya se reía encantada y Gino le puso una mano en el brazo.

–¿Por qué no entras y abres el tuyo con tu padre?

–Vale. Gracias, tío Gino –lo besó en la mejilla y corrió hacia la casa.

La mujer que tenía a su lado estaba ocupada abriendo su regalo.

–¡Oh, Gino! Lavanda fresca. Es maravillosa.

–Igual que tú.

Ally bajó rápidamente la vista mientras sus mejillas se sonrojaron sutilmente.

–Tu presencia ha hecho que Sofia esté feliz. Necesita a gente a su alrededor que se preocupe por ella. Una excursión contigo es lo que el médico ha ordenado.

–Ningún niño debería vivir una pesadilla como esta.

–Estoy de acuerdo. Por eso estoy en deuda contigo por quedarte con nosotros.

–Si me perdonas, voy a dejar las flores en mi habitación y ahora vuelvo –dio unos cuantos pasos, pero se detuvo y se volvió–. Me temo que no he traído bañador.

–No te preocupes, os llevaré a Remo de compras, porque con lo que ha crecido este año, Sofia también necesita uno.

–Muy bien, salgo en un minuto.

–*Bene* –dijo mientras la veía andar con el ramo de lavanda en el brazo, como si fuera una novia que se aproximase al altar.

Una vez más se quedó sorprendido por lo atractiva que era Ally. Si él fuese su marido...

Capítulo 4

Con el corazón acelerado, Ally encontró a Bianca y le pidió un jarrón para poder poner las flores en su habitación. El inesperado regalo le había producido una excitación desproporcionada con la situación. La razón era que Gino era un hombre increíble.

Su amiga Carol habría dicho que era imponente. Y lo era, pero era mucho más que eso. Su carácter y nobleza acompañaban a su físico. De alguna manera, Ally tenía que olvidarse de cómo esa combinación le estaba afectando, de cómo se sentía cuando estaban juntos. Algo le pasaba para tener esos sentimientos hacia un hombre que apenas conocía y cuando solo había llegado hasta allí para hablar con el marido de Donata. Tenía que ordenar su cabeza.

Cuando volvió a salir con Sofia y sintió cómo los ojos de Gino la escrutaban, se dio cuenta de que tenía un problema serio.

–A papá le ha encantado la lavanda. No deja de olerla y a Bianca también le gusta. Dice que hacía mucho tiempo que no había flores frescas en la casa –dijo Sofia.

–¿Y tú cultivas flores, Gino? ¡Que vergüenza! –comentó Ally jocosa.

Gino sonrió, convirtiéndose así en el hombre más atractivo que Ally había visto nunca. La prensa europea debía de haber hecho una fortuna siguiéndolo y haciéndole fotos.

–*Mea culpa*. Una mujer es lo que hace más civilizado el domicilio de un hombre.

–¿Qué es un domicilio, tío Gino?

–Una casa. Vamos, sube –abrió la puerta de la furgoneta para ayudarla a entrar.

Ally esperó a propósito para no tener que sentarse junto a él, pero al tomar esa decisión se expuso a ser observada mientras Gino la ayudaba a subir. Con cuidado para que la falda no dejara su muslo al descubierto, subió. Finalmente Gino se puso al volante.

–Bianca nos ha preparado comida y unas toallas. Paolo lo traerá todo cuando venga con Luigi y Marcello al río.

–¿Te gusta nadar, Sofia?

–Me gustaba cuando papá nadaba conmigo en el *palazzo*.

Gino le dijo a Ally con la mirada que su sobrina era feliz antes de que Marcello enfermara. Ally se había quedado sin palabras, lo único que podía hacer era abrazar a Sofia.

Una hora más tarde, mientras Gino y Luigi ayudaban a nadar a Marcello, Ally y Sofia estaban sentadas en inmensas toallas de playa a la sombra de un árbol, mirando. El río era más bien un arroyo que se ensanchaba en algunas zonas. Cerca del árbol era lo suficientemente profundo para cubrir a Ally hasta el cuello. Un día tan caluroso como aquel, apetecía darse un baño.

Gino había estado demasiado ocupado ayudando a su hermano como para prestar atención a Ally. Ella y Sofia habían jugado en el agua un rato. Cuando Ally pensaba que estaba totalmente a salvo de la mirada de Gino, había salido del agua, pero este pudo ver cómo se cubría el cuerpo en biquini con la toalla. Ally se sonrojó al recordarlo. Sofia estaba sentada junto a ella comiendo pan con queso.

–Creo que tu padre lo está pasando bien, ¿verdad?

–Sí, me gustaría que tío Gino pudiera estar con nosotras todo el tiempo, pero sé que no puede. Tiene que ocuparse de los negocios de papá y de la granja.

–Eso es demasiado para cualquier hombre. Este lugar es maravilloso, podría quedarme aquí toda la vida.

–A mí también me encanta, pero mamá no me dejaba venir nunca.

–¿Por qué no?

–Decía que creía que a tío Gino no le gustaba mucho ella, así que prefería que me quedara en el *palazzo*. Yo le decía que a tío Gino le gustaba todo el mundo y que era mi persona preferida junto a ella y mi padre.

–Quizá tu mamá fuera una chica de ciudad.

–¿Tú eres una chica de ciudad? –le preguntó Sofia.

–A mí me gusta la ciudad pero, para ser sincera, siempre he preferido la granja de mis abuelos. Desafortunadamente, cuando murieron, mi madre y su hermana la vendieron para poder vivir.

–¿Por qué no fuisteis todas a vivir allí?

–Porque la tía Edna se casó y mi madre estaba divorciada. Tuvo

que criarme ella sola y no le gustaba lo de ser granjera.
–¿Qué le gustaba?
–Tenía talento para la música. Tocaba muy bien el piano y daba clases. Habría sido difícil encontrar alumnos suficientes en el campo, por eso vivíamos en Portland.
–¿Te enseñó a tocar?
–Sí. ¿Tú tocas algún instrumento?
–Empecé con el piano, pero no era muy buena y lo dejé.
–A mí tampoco me gustaba, pero mi madre decía que tenía que aprender a tocar algún instrumento, así que empecé con el violín.
–¿Te gusta?
–Me encanta. Toco en la Orquesta Sinfónica de Portland y de eso vivo, pero ahora estamos de vacaciones y decidí venir aquí.
No era del todo mentira.
–Yo he ido muchas veces a conciertos con papá y con Gino. ¿Tienes que ir de negro?
–A conciertos nocturnos, sí.
–Me gustaría que se me diera bien algo –dijo la niña suspirando.
–Estoy segura de que eres buena en muchas cosas, pero todavía no las has descubierto. Mi marido odiaba las clases de piano, pero se hizo un experto esquiador.
–¿Por qué no ha venido contigo?
Era la pregunta que Ally había estado esperando...
–Murió hace algún tiempo.
–¿Tienes hijos? –preguntó Sofia, quien parecía herida.
–No llevábamos casados suficiente tiempo, aunque siempre quise tener un hijo o una hija como tú. Pero tengo a mi madre y a mi tía y tú tienes a tu padre y a tu tío.
–Me alegro de que los dos estén vivos.
–Eres muy afortunada al tenerlos a los dos.
–Después de que veamos la granja, ¿quieres ver dónde está enterrada mi madre?
–Si tú quieres...
–Todavía no tenemos lápida. Tío Gino me ha dicho que yo debería elegir qué inscribir porque ahora soy la duquesa Di Montefalco, pero no sé qué poner.
Una duquesa de once años. Demasiada responsabilidad para una niña. ¿Qué le habría dado Donata a Jim?

En la luna de miel con Ally, Jim había admitido querer más en la vida que un trabajo estable y un sueldo fijo. Ally había notado su resentimiento cuando hablaba de la gente que había nacido entre riqueza, a diferencia de él. Ally había pensado que era como la mayoría de la gente, que soñaba con ganar la lotería o algo así, y no le había prestado demasiada atención. Pero después de un tiempo, Jim cambió y se hizo incansable y ambicioso. Luego quiso pasar más tiempo apartado de ella para ganar más dinero, según él. Aquello la alarmó porque lo que ella quería era formar una familia.

El matrimonio que debería haber durado toda la vida empezó a despedazarse. Aunque entonces había querido un bebé, sabiendo todo lo que sabía en aquel momento, Ally estaba agradecida de que no hubiese ocurrido.

Miró a la sobrina de Gino y sintió un lazo de unión con ella que le hizo querer protegerla tan ardientemente como lo hacía Gino.

–¿Sabes el nombre completo de tu madre?

–Sí. Es Donata Ricci-Cagliostro Di Montefalco.

–Qué nombre tan bonito. Podrías poner: «En recuerdo de nuestra amada esposa y madre», después el nombre completo y luego las fechas.

–Creo que es perfecto. Se lo voy a decir al tío Gino.

Dejó su toalla y corrió hacia la orilla del río, donde los hombres ya estaban saliendo. La brisa transportaba la voz de la niña. Gino se acercó a la manta del picnic y sus ojos negros buscaron a Ally con tal intensidad que ella casi no pudo respirar.

–¿Qué pensáis si volvemos a la granja a cambiarnos y después os llevo a ver los alrededores?

Perpleja por su inesperado buen humor y su atractivo masculino, Ally apartó la mirada. Mirar a Gino era demasiado. Era más hermoso que el dios Apolo.

–Dejad que recoja primero las sobras de este delicioso picnic.

El resto de la tarde resultó ser mágica. Vestidas con unos vaqueros y una camiseta, Ally y Sofia montaron en la parte trasera de la furgoneta de Gino, quien las condujo entre los coloridos campos. Ellas saludaron con la mano a los trabajadores. Ally intentaba distinguir a los guardias de seguridad que Gino había

contratado para vigilar su propiedad.

En diferentes momentos, Gino detuvo la furgoneta y los tres anduvieron y disfrutaron del fragante aire bajo el sol. La última parada fue en el cementerio para poner flores frescas en la tumba de Donata. Después regresaron a la granja para cenar.

–¿Podemos hacer lo mismo mañana? –le pidió Sofia a Gino.

–Mañana vendrá Leonora.

–Pero yo no la conozco. Prefiero estar contigo y con Ally.

–Mañana tengo que trabajar, cariño.

Ally decidió que los dos necesitaban estar solos. Mientras habían estado dando vueltas en la furgoneta, se dio cuenta de que había llegado el momento de separarse de Gino y Sofia.

Sin dudarlo, se levantó de la mesa.

–Si me disculpáis, tengo que subir a hacer la maleta.

Cuatro pares de ojos viraron bruscamente para mirarla. Los de Sofia ya estaban llenos de lágrimas. La expresión de Gino estaba al borde del enfado.

–No sabía que te fueras a ningún sitio –dijo con impaciencia.

–Pospuse mi viaje un día para estar contigo. Ahora que ya he visto tu granja, tengo que regresar a Roma por la mañana. Mi vuelo a Portland sale por la tarde.

Salió de la cocina apresurada y se dirigió a la habitación de invitados. No podía permanecer allí más tiempo. Aquel día había habido momentos en los que había sentido que ellos tres eran una familia. Ya adoraba a Sofia y, en cuanto a Gino... Cada segundo que pasaba en su estremecedora compañía perdía objetividad. Permanecer en Italia por más tiempo era jugar con fuego. Había ido a Italia para hablar con Marcello, pero su enfermedad lo hacía imposible, así que no tenía excusa para quedarse. Lo único que haría sería entrometerse en la vida de Gino.

Un poco antes de llegar a su habitación, oyó que el ama de llaves le decía a Gino que Merlina se había pasado por la granja cuando no estaban.

–Merlina es una de las novias del tío Gino –le estaba explicando Sofia a Bianca–. A veces solía venir al *palazzo* para hablar de él con mamá.

Ally se sintió celosa. Todo se estaba complicando demasiado. Necesitaba irse a casa y dejar de lado la tentación. De vuelta en

Portland encontraría otro sitio para vivir y se mantendría ocupada para evitar pensar demasiado. Estar allí mucho tiempo más sería desastroso.

Cuando llegó a la habitación, oyó que la seguían y se giró encontrándose con Gino, que evitó con su cuerpo que Ally cerrase la puerta y esta no tuvo más remedio que retroceder.

–Hoy Sofia y yo hemos tenido una conversación. Antes de que hagas tus planes, ¿qué te parecería enseñarle a tocar el violín durante el verano?

Ally se sorprendió.

–Sofia me ha dicho que así te ganas la vida. No tenía ni idea de que fueras violinista. Me ha suplicado que te pida que le enseñes lo básico. Has encendido algo en mi sobrina que yo no sabía que era posible. Estoy en deuda contigo, Ally, y haré que económicamente te compense quedarte aquí.

Ally estaba pasmada. Quería decir que sí, pero no se atrevía. Otra noche más bajo su techo y temía que quisiera quedarse para siempre.

–Lo siento, Gino, pero no puedo. Tengo un contrato con la orquesta y en julio comenzamos de nuevo los ensayos.

–¿Quieres que le diga eso a Sofia, que hoy ha tenido su primer día feliz en dos años?

–Eso no es justo.

–Nada en esta situación ha sido justo.

–A pesar de eso, Gino, yo...

–A pesar de nada. Todo contrato tiene una cláusula que exime a la persona en circunstancias extraordinarias. Cuando expliques qué te ha pasado, te darán el tiempo que necesites.

Ally sabía que era verdad, pero aquello no era lo que más le preocupaba.

–No espero que hagas de niñera, si es eso lo que te preocupa. Solo te pido que le des una hora de clase al día, cuando mejor te venga. El resto del tiempo eres libre para hacer lo que quieras. En la granja hay habitaciones que apenas se usan. Puedes escoger la que quieras para practicar en ella. Puedes usar cualquiera de mis camionetas para ir adonde quieras. Cuando no quieras comer fuera, Bianca te preparará la comida.

–Para, Gino. Me estás poniendo difícil decir que no.

–Como el duque Di Montefalco en funciones que soy, te lo voy a poner tan difícil que no podrás negarte.

–No lo entiendes.

–No. No, después de que la señora Parker pasara una brutal noche en la cárcel, insistiendo en que quería conocer al duque Di Montefalco. Aquella mujer nunca se rindió. Tu valentía, al igual que tu belleza, es el tema de conversación del departamento de policía de Montefalco.

–Debes de estar hablando de otra persona.

–No. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Si necesitas que te lo recuerde, aplícate el consejo que le diste a Sofia y mírate al espejo. Eso despejará todas tus dudas.

Quizá Ally se confundiera al pensar que había visto un reflejo de deseo en los ojos de Gino. Cuando ella pensaba en las mujeres que él habría conocido en el pasado, no dudaba que serían hermosas mujeres que habían hecho lo imposible para que él las amara.

No podía evitar pensar cómo sería que la besara. Que la besara por todas partes.

–Mañana, después de que Leonora se vaya, os llevaré a Sofia y a ti al pueblo. Podrás elegir violines y cualquier otra cosa que necesites para empezar. Piénsatelo y haz cuantas llamadas necesites hacer. Después baja y dime lo que has decidido.

Desapareció demasiado deprisa como para impedirlo.

No podía.

Con la sensibilidad a flor de piel, no pudo concebir ningún pensamiento coherente que pudiera decir. Hacía cuatro meses nunca hubiera imaginado que podría sentirse tan atraída por otro hombre que incluso se planteara quedarse con él.

«Tío Gino prefiere tener novias». Esas habían sido las palabras de Sofia.

Justo en ese momento, la niña apareció llamando a la puerta abierta.

–Hola –dijo Ally con voz temblorosa.

–Hola. ¿Puedo pasar?

–Sí, claro –Ally intentó aparentar que todo estaba bien, pero era difícil porque la inesperada visita de Gino la había desconcertado.

–¿Te ha dicho tío Gino que me gustaría tomar clases de violín?

Ally asintió.

–Yo sé que esto es el campo, pero si le das clases a mi amiga Anna y quizá a Leonora y a su hermana, tendrás cuatro alumnas y ganarás más dinero. Yo puedo pagar mis clases con la paga que me da el tío Gino.

–No es cuestión de dinero, Sofia. Yo... no me parece bien quedarme en casa de tu tío.

–Puedes quedarte en el *palazzo*. Allí solo están los empleados y Paolo me puede llevar para recibir la clase.

–Tu tío quiere que tu padre y tú os quedéis con él el verano. No puede preocuparse por ti yendo y viniendo.

No podían arriesgarse a que los periodistas que buscaban una oportunidad descubrieran a la mujer del amante de la difunta duquesa Di Montefalco.

–Pensé que te gustaba esto –comentó Sofia.

–Y me gusta –se apresuró a asegurarle. Más de lo que Sofia podía imaginar, pero...

–Esta granja es grande y el tío Gino tiene que estar fuera mucho tiempo. Él dice que puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

–Eso es muy generoso por su parte.

–Dice que, si estás de acuerdo, tiene planeada una sorpresa para nosotras.

–¿Qué tipo de sorpresa? –preguntó Ally sintiendo cómo bajaba la guardia.

De repente, Gino apareció. Estaba guapísimo.

–Tienes que esperar y verlo –respondió por su sobrina–. Prometo que será algo que a ninguna de las dos le gustaría perderse.

A Ally se le habían acabado las excusas. Con los dos implorándole que dijera que sí, no pudo negarse por más tiempo. Sofia necesitaba amor y, en cuanto a Gino, se dio cuenta de que necesitaba a alguien en quien apoyarse. Podía ayudarlo con su sobrina y parte de ella sentía como si le debiese algo a los dos.

–Está bien. Las próximas semanas te daré clases de violín, pero cuando acaben mis vacaciones a finales de junio, regresaré a casa.

–Aceptamos el trato, ¿verdad cariño? –dijo Gino.

–Sí –respondió Sofia feliz.

–Entonces, demos las buenas noches a nuestra invitada y mañana durante el desayuno planearemos todo.

–Buenas noches, Ally –murmuró Sofia–. ¡Qué ganas tengo de que

llegue mañana!

Ally era una concentración de sentimientos mezclados y evitando la mirada de Gino dijo:

–Yo también.

–Todos tenemos ganas –mientras Gino cerraba la puerta, el sedoso timbre de su voz casi hizo que a Ally se le doblasen las rodillas.

Lo había hecho. Ya no había marcha atrás porque si no, decepcionaría a Sofia. Incluso Ally podía ver que la niña era frágil. Por lo menos, Sofia tenía a Gino.

Cuando el teléfono móvil de Gino sonó a la mañana siguiente, él ya estaba levantado y afeitado. El saber que Ally Parker estaba en su casa y no se iría de Italia pronto tenía que ser la razón por la que se había despertado con esa emoción que no había experimentado en años.

Salió del baño y volvió a su habitación, donde había dejado el móvil. Miró la llamada recibida y llamó.

–*Buon giorno*, Maria.

–*Buon giorno*, Gino.

–¿Dizo va a traer a Leonora o quieres que vaya a buscarla?

–Te llamo porque las niñas están enfermas. Las dos están acatarradas y Leonora tiene fiebre. Lo siento, Gino. Se ha enfadado conmigo porque no la dejo salir de casa.

–Está bien, Maria.

Estaba mejor que bien. Le habían dado la excusa para pasar la mañana con Ally y con Sofia.

–Dile a Leonora que la veremos cuando se ponga buena. *Ciao*.

Unos minutos más tarde se dirigió al piso inferior, donde podía oír voces femeninas. El ánimo con el que Sofia charlaba, cuando nunca charlaba, lo hacía feliz.

Bianca se había esmerado en preparar un desayuno americano y revoloteaba por la cocina con energía. Marcello tenía apetito y su desayuno estaba desapareciendo a gran velocidad.

Mientras Gino y Roberto, el otro enfermero, intercambiaron un silencioso saludo, Sofia protestó:

–Pensábamos que no ibas a bajar nunca, tío Gino –dijo Sofia.

¿Estaba hablando también por su invitada? Su mirada se dirigió a Ally. Sus ojos reflejaban el verde exuberante de la luz matutina que entraba por las ventanas. Con la piel y el pelo brillantes, no parecía mayor de veintidós años.

–Me ha llamado Maria y me ha dicho que sus hijas están acatarradas. Leonora tiene fiebre y no puede venir hoy. Quizá mañana.

–Bueno –Sofia no parecía molesta por el cambio de planes–. ¿Nos llevarás hoy a comprar los violines? Después puedes irte a trabajar.

–No veo por qué no.

–Ally dice que deberíamos alquilarlos y practicar unos días para ver si nos gustan.

Ally y Gino se miraron.

–Tú eres la experta, así que haremos lo que digas.

Cualquier cosa para evitar que cambiara de opinión y se fuera.

El buen humor había provocado el apetito de Gino y repitió de todo.

De camino a la furgoneta, Sofia se agarró a su brazo. Ally aún no se había unido a ellos.

–Creo que deberíamos practicar en el salón porque hay un piano. ¿Te parece bien? –sugirió Sofia.

–No se me ocurre un lugar mejor.

–Bien. ¿Sabes que Ally también sabe tocar el piano? Dice que cuando me aprenda algunas canciones podrá acompañarme al piano.

–Eso no me sorprende, cariño. Ally es una mujer polifacética.

Capítulo 5

Ally subió a la furgoneta con una impaciencia tal que casi no podía disimular. Se debía al hombre de pelo negro que estaba al volante. Estaba muy guapo, vestido con un polo azul marino y unos pantalones de color crema. Lo conocía desde hacía poco tiempo, pero no le había visto ningún defecto. Aquello era lo que más le asustaba, sentía como si estuviera bajo algún tipo de hechizo. No era muy lógico que se sintiera tan feliz cuando recientemente se había quedado viuda.

–Ya estamos. He hecho investigaciones y creo que en Petelli tendrán todo lo que necesitáis.

Aparcaron frente a una arcada construida hacía un siglo y que tenía comercios.

Sofia se bajó de la furgoneta detrás de Ally y salió corriendo para ver los instrumentos que había desplegados en el escaparate de la tienda de música.

Ally echó un vistazo y vio una guitarra, un arpa, un cello, una viola y un violín. Sofia había agarrado su brazo y las dos admiraban los instrumentos fabricados con destreza.

–Entremos.

Gino les abrió la puerta y el brazo de Ally rozó su pecho mientras seguía a Sofia. El contacto la hizo jadear suavemente. Temiendo que Gino la hubiera oído, se apresuró hacia el mostrador, donde un hombre de casi ochenta años les sonreía. Tenía el presentimiento de que era el dueño.

–Buenos días –saludó Ally. El hombre asintió–. ¿Habla usted inglés?

–Un poco, pero su marido puede traducir, ¿verdad?

–Sí –respondió Gino acercándose a ella.

Mientras Ally se sonrojaba, Sofia dijo algo en italiano a aquel hombre.

–Ella es la profesora.

–Sí –afirmó Ally–. Queremos alquilar dos violines.

–¿Para la pequeña y para su padre?

Otra vez Sofia fue al rescate, para deleite de Gino, que soltó una carcajada cuyo sonido retumbó por todo el sistema nervioso de Ally. El propietario de la tienda la miró con curiosidad.

–¿El violín no es para el papá de la pequeña?

–No.

–¿Usted es la profesora y necesita un violín?

–Sí. Me he dejado el mío en América.

–¿Es usted buena?

–Lo intento.

–Un momento –se dio la vuelta y tomó uno de los violines de su funda. Después sacó un arco del cajón.

Después de afinar el instrumento, dejó las dos cosas encima del mostrador, frente a ella.

–Toque algo de Tchaikovsky, entonces sabré qué violín es el suyo.

Ally estaba más nerviosa que cuando el director de la orquesta le había hecho una audición. Pero la causa no era el dueño de la tienda. Quería tocar bien para Gino y su sobrina. Una vez que se hubo colocado el violín bajo la barbilla, tomó el arco y comenzó a tocar el movimiento final del concierto para violín de Tchaikovsky.

Normalmente, cuando Ally tocaba, se trasladaba a otro mundo, pero esa vez no pudo ignorar lo que la rodeaba. Gino no le quitaba los ojos de encima y ella solo podía pensar en él, en lo cariñoso que era con Sofia y en la ternura con la que trataba a su hermano. Lo que no podía decirle con palabras se lo dijo a través de su música. Quería aliviar el dolor y el sufrimiento de aquel hombre maravilloso y desinteresado.

–Pare, pare –le pidió el dueño de la tienda.

Ally se giró hacia él sorprendida y confundida y lo vio secándose las lágrimas.

–Deme el violín.

Ally se lo pasó y el hombre volvió a meterlo en su funda. Después sacó otro.

–Tenga, este es un Stradivarius. Termine, por favor.

Si era un Stradivarius o una copia del maestro luthier de Cremona, dio igual, Ally tembló al colocárselo bajo la barbilla y terminar la pieza de Tchaikovsky que había comenzado a tocar.

El cambio de instrumento hizo que se produjera una diferencia en el sonido cuya belleza podía haberla hecho llorar. Cuando terminó se hizo el silencio y, después, recibió los aplausos de algunas personas que habían entrado en la tienda sin que ella se diera cuenta.

Gino y Sofia la miraban ensimismados y el propietario de la tienda aplaudía.

–Bravo, *signora*. ¡Bravo, bravo!

Ally le devolvió el violín y el arco.

–Gracias por haberme proporcionado el privilegio de tocarlo –le dijo.

Los ojos de Sofia se llenaron de lágrimas.

–Yo nunca seré capaz de tocar como tú.

–No lo sabrás hasta que lo intentes. Hubo un tiempo en que yo estaba igual que tú, cuando nunca había tenido un violín en mis manos.

–Busquemos uno de su tamaño. Yo alquilaré el violín que me dio primero. También necesitaremos un atril y libros para principiantes –le propuso Ally al tendero.

Antes de que Ally pudiese decir que ella pagaría por el alquiler de su violín, Gino le dio al hombre una tarjeta de crédito. Mientras recogían todo lo que habían comprado y regresaban a la camioneta, Gino se mostró extrañamente callado, al igual que Sofia, hasta que llegaron a la granja, donde había un coche que no era familiar aparcado junto a la fuente.

Roberto, el enfermero al que ya conocía, paseaba con Marcello por el jardín.

Ally bajó de la furgoneta para dejar salir a Sofia y esta salió corriendo para enseñarles su violín.

–Trae a papá a casa, Roberto. Le va a encantar escuchar a Ally tocando el violín. Se creerá que está otra vez en un concierto.

Ally, mientras los observaba acercarse a la puerta principal, oyó unos pasos tras de sí. Antes de que se diera cuenta, Gino la había agarrado por los hombros y la había girado. Tenía el rostro serio, le tomó las manos y le besó los dedos. Ally pensó que se le salía el corazón por la boca.

–A veces no tenemos palabras para expresarnos. Hoy ha sido uno de esos días –la miró directamente a los ojos–. ¿Cómo pudo tu

marido hacerte algo así?

Por su comentario, Ally dedujo que algunas, si no todas las fotografías del ordenador, eran de Donata. Aquello era la prueba de que Jim la había traicionado y significaba que Gino tenía conocimiento de su secreto y su humillación. Ya que sabía la verdad, podía ser franca con él.

–Eso es lo que yo me pregunto sobre Donata cada vez que miro la cara de su preciosa hija. Qué suerte tiene de que tú la cuides y la quieras.

–Ally –susurró Gino justo antes de que Bianca se acercara, apresurada, hacia ellos.

Ally retiró las manos en un gesto inconsciente. El ama de llaves se acercó corriendo a él y le dijo algo en italiano. Aunque no entendió nada, Ally oyó el nombre de Merlina.

Cuando Bianca se fue de vuelta a la casa, Gino dijo:

–Parece que tengo visita.

–He reconocido el nombre –la misma mujer había estado allí el día anterior.

No quería que Gino se diera cuenta de lo molesta que estaba y se dirigió a la parte trasera de la furgoneta para tomar su violín. Él la siguió.

–¿Cómo sabes de ella?

–Sofia me dijo que es tu novia.

–Era. Lo dejé con ella antes de que Donata desapareciera.

Su vida privada era asunto suyo, aunque la noticia había hecho que se le acelerara el pulso.

Gino tomó de la parte trasera del camión la funda del violín y las demás cosas.

–Vamos dentro. Mientras yo hablo con ella en el despacho, Sofia y tú podéis empezar en el salón.

–Necesito refrescarme antes –se adelantó, pero él la alcanzó y le abrió la puerta.

Ally salió disparada por el vestíbulo y subió las escaleras. Por el camino vio de refilón a una encantadora mujer pelirroja que había salido a la entrada. Aunque Ally creía que Gino le había dicho la verdad y que su relación estaba terminada, deseó no haberla visto. La presencia de una exnovia en su casa hizo que Ally recordara que él prefería la soltería. Podía tener a cualquier mujer que quisiera,

por lo que no tenía sentido que estuviera interesado en una viuda de veintiocho años que no había podido evitar que su marido la engañara.

Aquella mujer italiana solo podía haberse presentado allí dos días seguidos por una razón. Amaba a Gino y no podía soportar la idea de que su relación hubiera terminado. Aquello hizo que Ally pensara en lo inútil que sería enamorarse de él. Si su madre supiera que había aceptado quedarse allí hasta julio, habría dicho que su hija era más estúpida que antes.

–¡Es la noticia de los dos últimos días! –exclamó Merlina cuando entraron en el despacho. La policía está diciendo que el accidente en el que se mataron Donata y ese americano pudo no ser un accidente. Según ellos, los frenos tal vez fueron manipulados y tú eres el principal sospechoso.

Gracias a que Carlo lo había llamado por teléfono la noche antes, Gino conocía la última de las mentiras de los periódicos.

–Es la típica propaganda maliciosa que sacan para vender periódicos, Merlina. Has hecho un viaje a lo tonto, para contarme algo con lo que yo estoy tratando desde hace años. Los medios de comunicación dirán o harán cualquier cosa para crear una historia de la nada. Es como trabajan. Si no pudieran imprimir falsedades, no habría noticias que la gente quisiera leer.

–Pero Gino… Esta vez es diferente porque Donata ha sido asesinada. No olvides que no era una persona cualquiera, era la duquesa Di Montefalco.

Gino pudo percibir la envidia en la voz de Merlina.

–Sé que tú no habrías podido hacerle daño a ella ni a nadie, pero tienes que tomarte esto en serio.

–Yo no tengo que hacer nada, Merlina.

–Por favor, no te enfades conmigo. Sabes lo que siento por ti, lo que siempre he sentido. Te quiero y tengo miedo por ti.

–No tienes por qué tenerlo. Esto es una novedad que pasará al igual que las demás escandalosas mentiras que se han inventado para arruinar la felicidad de mi familia.

–Es tan injusto… –se colocó el pelo detrás de la oreja–. No tengo que volver a Gubbio hasta mañana, ¿por qué no vamos a algún sitio

y así te ayudo a olvidar cosas?

Gino se cruzó de brazos y apoyó el cuerpo en la puerta cerrada. Solo había una mujer que podía llevar a cabo ese milagro. Y estaba viviendo en su casa.

–Me complace la fe que tienes en mí, Merlina. Pero volver a donde lo habíamos dejado es imposible. Lo que teníamos terminó hace tiempo y sería injusto ignorarlo.

–¿Qué ha pasado con los sentimientos que tenías hacia mí, Gino?

–Ya hemos hablado de eso. Compartimos buenos momentos, pero no fueron más que eso.

–Esperaba que, si me alejaba por un tiempo, te haría ilusión verme de nuevo.

–Siento que hayas hecho el viaje en balde.

–Hay alguien más, ¿verdad?

–Lo que suceda en mi vida es asunto mío, Merlina. Si no te importa, tengo un día muy ocupado, así que te veré fuera.

–¿Quién era esa rubia que ha entrado hace unos minutos.

–Has visto las fundas de los violines. Es una profesora que ha venido para ayudar a Sofia a concentrarse en algo constructivo.

–He visto que iba al piso de arriba y tú nunca has permitido que otra mujer viva en tu casa.

–Estas no son circunstancias normales. Sofia acaba de enterrar a su madre, está de luto.

–¿Y de verdad piensas que voy a creerme que esa mujer no tiene otro lugar donde vivir mientras enseña a tu sobrina? ¿En serio puede tocar el violín?

Al mismo tiempo que Merlina hacía la irónica pregunta, ambos oyeron unas notas de Tchaikovsky. Sofia debía de haberle pedido a Ally que tocara para Marcello.

Ally no necesitaba el Stradivarius para hacer que el violín sonara bien. Tocaba como un ángel.

Merlina parecía impresionada.

–¿Quién es?

Era el momento de deshacerse de ella antes de que supiera la identidad de Ally.

–Alguien que está ayudando a Sofia a encontrar una razón para vivir –abrió la puerta–. Tú primero, Merlina.

–Me marcho.

Gracias a Dios. Gino la acompañó a la puerta principal y vio cómo su coche salía del jardín.

La diferencia que había entre las mujeres que conocía y Ally era tan grande que no se podían hacer comparaciones.

Fue hasta la puerta del salón para escuchar. Roberto y Bianca estaban inexplicablemente atemorizados, pero era Marcello, sentado en el sillón, el que parecía estar bajo los efectos de un hechizo. Normalmente, nada de lo que ocurría a su alrededor lo desconcertaba.

Aquello era diferente. Solo por la manera en que sus manos agarraban los reposabrazos del sillón, Gino sabía lo feliz que estaba. La familia Montefalco había asistido a conciertos durante años. Al haber oído buena música antes, el alma de su hermano la reconocía. En cuanto a Sofia, estaba sentada en el sofá, en trance.

Gino estaba agradecido porque Ally hubiera sido capaz de cautivar a toda su familia y decidió que aquel era el momento de cerrar un pequeño negocio de la granja. Cuanto antes se quitara las obligaciones de encima, antes podría regresar a casa y pasar la tarde con Ally.

Una de las cosas más duras que tenía que hacer era apartarse, cuando lo único que quería era estar con ella para que pudieran concentrarse el uno en el otro. Su instinto le decía que, además del afecto que Ally sentía por Sofia, él no le disgustaba, aunque recientemente hubiera enterrado a su marido. Lo que Gino necesitaba era tiempo para demostrar que había una atracción entre ellos, aunque Ally se estuviera resistiendo a ella.

Ally aprendió que en la mayoría de los hogares italianos no se cenaba hasta las ocho o más tarde. A las seis y veinte Gino todavía no había vuelto a casa. Ally tenía la sensación de que no eran solamente los negocios lo que lo retenían. Aunque hubiera terminado con Merlina hacía meses, aquella mujer se engañaba. Ally lo sabía todo de ese peligroso estado mental y estaba viviendo las consecuencias de su propia debilidad.

Evidentemente, Merlina tenía que aprender la misma lección y había ido a casa de Gino para intentar encender la chispa. Ally

sintió dolor al pensar que quizá seducirlo no fuera tan difícil como pensaba.

Afortunadamente, tenía entretenimiento enseñando a Sofia a tocar el violín. Había mucho que aprender primero sobre sus diferentes partes, cómo encordarlo y cómo afinarlo.

Una vez que estuvo inmersa en enseñarle a la niña la técnica adecuada para usar el arco, fue capaz de dejar a un lado sus pensamientos sobre Gino y concentrarse en su encantadora alumna. Sofia estaba ansiosa por aprender. Como ya había tomado clases de piano, podía leer las notas, lo que era de gran ayuda. Si pudiera mantener ese entusiasmo, vería grandes resultados.

Antes de que Ally se diera cuenta, el día había terminado y Sofia no quería parar. Ally la abrazó.

–Hemos hecho suficiente por un día, pero creo que a tu padre le encantará ver lo que has progresado.

La niña salió corriendo del salón con su violín y Ally dio un paseo para estirar los músculos.

La furgoneta de Gino estaba aparcada fuera, pero no había rastro de él ni del coche de Merlina.

Ally decidió que no iba a esperar a que regresara de donde estuviese. Entonces, volvió a la casa para buscar al ama de llaves. Bianca estaba en la cocina preparando la cena.

–Tengo que ir a Remo, así que no cenaré aquí. Gino dijo que podía usar una de sus camionetas.

–Tome esa, las llaves están puestas.

–No le importará, ¿verdad?

–No. Antes de irse dijo que podía usarla si la necesitaba.

–Gracias, Bianca. Si Sofia pregunta, dígale que tenía que hacer unos recados.

–Es buena estudiante, ¿verdad?

–Muy buena. En una semana podrá tocar piezas para su padre.

Salió de la casa y se apresuró a llegar a la camioneta. Contenta de que todavía no fuera de noche, Ally la puso en marcha y se alejó de la granja. Le produjo un escalofrío poner las manos en el volante donde las manos de Gino se habían posado ese mismo día. Todo sobre él le producía escalofríos. Ese era el problema. No quería ser como Merlina, que no podía estar lejos de él.

Aceleró. No tenía ningún destino en mente. Lo único que sabía

era que no podía estar pendiente de él hasta que decidiera volver a casa. Con la idea de ausentarse unas horas, tomó dirección a Remo. Se quedó con varias señales del camino para no tener problemas al regresar de noche. Cuando había estado con Gino en el pueblo, este le había indicado algunos lugares y puntos de interés, entre ellos, un cine.

Proyectaban una película de Arnold Schwarzenegger. Ya había visto algunas de sus películas y decidió que sería interesante ver una en italiano. Después de aparcar la camioneta en la calle como todo el mundo, entró y compró una entrada. Atraída por la cantidad de chucherías del mostrador, decidió probar el chocolate italiano. Eligió lo que quería y entró. La película no tardaría más de diez minutos en empezar.

Encontró un asiento en el centro de la última fila y se dispuso a mirar la pantalla.

–*Scusi, signora* –un tipo atractivo, bien vestido, que parecía ser de su edad, se sentó a su lado chocando con su brazo.

Lo había hecho a propósito, por supuesto. De hecho, podía haber elegido cualquier otro sitio de la sala semivacía, pero no, se sentó a su lado.

Le dijo algo más en italiano.

–*Scusi, signore*. No hablo italiano.

Si no se movía en un segundo, lo haría ella.

Naturalmente, él no se movió.

–Usted es americana, ¿verdad?

Qué mala idea había tenido al sentarse sola.

–¿Quiere venir a bailar conmigo después? –añadió el hombre.

Ally comenzó a levantarse cuando otro hombre se le sentó al otro lado. Le entró el pánico cuando este le rodeó los hombros con el brazo.

–Siento llegar tarde –le dijo al oído.

Giró la cabeza al reconocer el familiar aroma.

–Gino...

Nunca se había alegrado tanto en su vida al ver a alguien.

–Yo también te he echado de menos, *bellissima* –le susurró en los labios antes de besarla.

Gino la atrajo hacia sí como un amante que hubiera ansiado ese momento y que no podía contenerse. A Ally la había pillado tan

desprevenida que abrió la boca al sentir la presión de sus labios y se encontró besándolo lentamente, de una forma que nunca antes había experimentado.

La risa del público los hizo volver a la realidad. De lo único de lo que Ally era consciente era de los golpes que su corazón pegaba contra el sólido y masculino pecho de Gino. No se podía creer los sonidos de placer que salían de su garganta y, finalmente, se separó y se recostó en su asiento. Estaba sin aliento y avergonzada.

–El otro hombre se ha ido. Gracias por tan convincente actuación. Me has sacado de un aprieto.

–Un consejo: nunca vengas sola a sitio como este. Quiero que me lo prometas.

–Prometido.

–Sentarte aquí atrás tú sola es una invitación.

–Lo sé. Es que no lo había pensado. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

–Cuando llegué a casa, Bianca me dijo que te habías ido en la camioneta, así que le pedí a Paolo que me llevara a dar una vuelta y la vi aparcada delante del cine.

Era excitante estar sentada con él de aquella manera.

–¿Me das un poco de chocolate? Tu boca sabía tan bien que quiero más.

Ally pensaba que Gino quería chocolate, pero se inclinó y comenzó a besarla de nuevo.

–No, Gino –lo empujó en el hombro con la mano que tenía libre–. Nadie me acosa ahora.

–No me había dado cuenta –murmuró, y le dio otro beso antes de dejarla.

Sin pedir permiso, se metió un trozo de chocolate en la boca y después le agarró la mano y se recostó en el asiento para ver la película.

Ally sabía lo que Gino estaba haciendo. Ningún otro hombre se atrevería a acercarse a ella, tenía su propio guardaespaldas para protegerla. No pudo ver el resto de la película. Era demasiado consciente de que un hombre increíblemente atractivo estaba sentado a su lado. Gino continuó acariciándole la palma de la mano con el dedo pulgar y llenando su cuerpo de deseo.

Al final de la película se encendieron las luces. Gino deslizó la

mano por la espalda de Ally hasta alcanzar su nuca y así caminaron hasta la camioneta, donde le pidió las llaves.

–Toma –dijo Ally al sacarlas del bolso.

Después de abrirle la puerta, él rodeó la camioneta para subir y ponerla en marcha.

–¿A menudo trabajas hasta la noche?

–Solo si quiero resolverlo todo para tomarme el día siguiente libre y poder estar con mi familia.

Ally bajó la cabeza, aliviada porque no hubiera estado con Merlina.

–Sofia estará encantada.

–¿Y tú? ¿Qué te parece si hacemos otro picnic en el río? Esta vez podemos llevar a Leonora para que las niñas se conozcan.

–Creo que es una idea excelente. Sofia necesita relacionarse más con niñas de su edad.

–Estoy de acuerdo. Si le das la clase de violín por la mañana, podremos disfrutar del resto del día.

Los dedos de Gino jugaron con los rizos de la nuca de Ally, que todavía temblaba por los besos que se habían dado en el cine. Aterrada porque él pudiera pensar que aquella viuda era demasiado fácil, decidió sacar un tema que había estado posponiendo.

–Gino, me preguntaba si me harías un favor.

–Por supuesto.

–He estado esperando a que me devuelvas el ordenador de mi marido.

–Si esperabas ver las fotos, las he borrado.

–No tenías derecho a hacer eso.

–No querrías verlas, te lo aseguro.

–¿Eran todas de Donata?

–Si eso te consuela, sí.

–No, no me consuela.

–Te juro que no he mirado nada más. Mientras estabas en el calabozo yo pensaba que habías tramado algo y no tuve tiempo para ver los e-mails o ninguna otra cosa que tu marido tuviera ahí guardado.

–Te creo –Ally sabía que Gino era un hombre con una integridad fuera de lo común.

–Si no sabías lo que había en el ordenador, ¿por qué lo trajiste?

–Es una larga historia.

–Me gustaría escucharla. Tenemos toda la noche.

–Justo antes de salir de mi casa para ir al aeropuerto, escuché un mensaje que habían dejado en el contestador. Era un hombre que quería hablar con Jim –después de explicárselo todo a Gino, añadió–: Como tenía que llegar al aeropuerto y Troy acababa de vaciar y limpiar las taquillas, no podía pedirle que me guardara el ordenador hasta que yo volviera, así que lo metí en mi maleta. Quise verlo cuando estaba en St. Moritz, pero no tenía un adaptador.

–Cuando volvamos a casa, puedes usar mi despacho.

–Gracias –contestó Ally temblorosa.

–No me lo agradecerás luego si encuentras algo que te haga daño.

–Creo que ya nada podrá alterarme, Gino.

–Hasta que vi esas fotos, yo también lo creía.

Capítulo 6

Poco tiempo después, aparcaban en el patio de la granja y entraron. Sin ningún preámbulo, Gino la guio hasta su despacho. Era una habitación acogedora.

–Siéntate a mi mesa.

Mientras ella hacía lo que él le había ordenado, Gino abrió el armario y sacó el portátil de una estantería. Después de colocarlo frente a Ally, abrió un cajón, sacó un adaptador y lo enchufó.

–Te dejaré aquí mientras le doy las buenas noches a mi familia.

Abandonó el despacho y cerró la puerta. Sobrecogida por el cambio en su conducta desde que había mencionado el ordenador, Ally casi tuvo miedo de abrirlo.

Un minuto después, lo encendió. Evidentemente, Jim no había puesto una contraseña, porque si no, Gino no habría podido ver esas fotografías. Los ojos de Ally se fijaron en el icono de fotos favoritas. Gino había dicho que las había borrado. Había una manera de saberlo, pero algo hizo que Ally se contuviera y que pinchara en la cuenta del correo. No le sorprendió encontrarla llena de mensajes de la misma persona. Abrió el último, el que Jim había recibido en enero, antes de viajar a Suiza.

Yo me siento igual, amore mio. *Ya está todo hecho. Te estaré esperando en el lugar de siempre con un coche que mi marido no podrá seguir. Una vez que lleguemos al puerto, el yate familiar nos estará esperando e iremos directamente a Sicilia, donde seremos libres. ¡Date prisa!*

Ally sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago. Descendió hasta un mensaje anterior que él le había enviado a Donata.

Así es como me sentí el día que nos conocimos. Afortunadamente, Ally no es una persona que sospeche. Está tan ocupada con su música

que no tiene ni idea de que la voy a dejar. No sé qué haría si se enterara, probablemente se convertiría en una mujer amargada como su madre.

Será mucho mejor si desaparezco. Nunca sabrá que tú y yo estamos juntos. Yo vivo para ti, Donata, lo sabes, ¿verdad? Estás en todas mis fantasías.

Ally se quedó sin habla por la decepción que sentía. Se quedó como ausente porque sabía que era el verdadero Jim el que había dicho aquello. No había duda de que Donata había sido una belleza pero, lo más importante, era que tenía los atributos que su marido requería. Recordó que había estado cuatro meses llorando su pérdida cuando él había estado planeando dejarla para siempre. Obligada a seguir leyendo, abrió un e-mail anterior.

Ya te he dicho que mi marido se está volviendo desconfiado y calculador. Nunca permitiría un divorcio. Si se enterara de lo que estoy planeando, me recluiría en un psiquiátrico, tiene suficiente poder para hacerlo. Por eso te he pedido paciencia hasta que arreglemos el tema económico para que nada vaya mal. Ahora que estás en mi vida, solo te quiero a ti.

Lo que estaba leyendo la puso enferma. Aunque Jim y Donata eran adultos, hablaban como dos niños malcriados incapaces de sentir el dolor de los demás.

Los pobres padres de Jim, que vivían en Eugene, se sentirían tan mal por lo que había hecho su hijo que Ally no sabía si sería capaz de contarles la verdad. O su madre, que no confiaba en los hombres desde que su padre las había abandonado cuando ella tenía dos años.

Le dio vueltas a las revelaciones que Jim nunca pensó que ella fuera a ver. Había encontrado su media naranja en Donata, la madre de Sofia. No le extrañaba que Gino estuviera desesperado por proteger a su sobrina.

Si Troy no hubiera sido tan concienzudo con su trabajo, no habría sabido nada sobre la traición, se dijo Ally. Pero como esos e-mails existían y estaban en su posesión, Gino también tenía derecho a leerlos. La ponía enferma que Sofia y él hubieran tenido que esperar cuatro meses para tener noticias de Donata. Cuando Gino

los leyera y averiguara lo que Jim y Donata habían estado planeando, se enfadaría muchísimo, igual que le había ocurrido a ella.

Si Jim le hubiera dicho que había conocido a otra persona, habría sufrido pero, al final, habría aceptado divorciarse. ¿Podía haber algo peor que intentar retener a un hombre que no sabía lo que significaba amar?

A Jim, el dinero de Donata, su clase social y su aspecto de estrella rubia del tenis lo habían llevado a convencerla para que desapareciera con él. Siempre y cuando llevara su herencia con ella, por supuesto. Todo aquello era absurdo, escandaloso.

Ally se levantó de la silla y corrió hacia la puerta para buscar a Gino. Tenía tanta prisa que no lo vio hasta que casi chocaron en el pasillo. Él extendió las manos para sujetarla y ella trató de que su cercanía no le afectara, pero era imposible. El tacto de sus manos en los brazos hizo que sintiera escalofríos por todo el cuerpo.

–Sabía que no debería haberte dejado sola.

–Es más horrible de lo que pensaba, Gino –se puso de puntillas para poder susurrarle al oído–: Sofia no debe saberlo nunca.

Gino la soltó y salió disparado hacia el despacho delante de ella. Ally cerró la puerta al entrar.

–He cometido el error de leer primero el e-mail de más arriba. Si empiezas por abajo los leerás en orden cronológico –explicó innecesariamente.

Un silencio eléctrico inundó la habitación hasta que Gino explotó soltando un torrente de improperios. Se levantó y Ally tembló al ver la furiosa mirada en sus ojos.

–Sabía que era capaz de muchas cosas, pero de olvidar que había dado a luz...

–Lo sé –susurró–. No menciona para nada a Sofia, no menciona la enfermedad de tu hermano. Incluso hizo creer a Jim que su marido era cruel y calculador.

–Me estaba describiendo a mí, no a Marcello. Era yo quien veía sus defectos desde el principio y ella me odiaba por eso. Desde que empezaron a repugnarme sus actos y me negué a darle dinero, ha estado contando a la prensa historias sobre mí.

–¿Qué clase de historias? –preguntó Ally sorprendida.

–Decía que yo estaba enamorado de ella, pero que prefirió a mi

hermano y que, por celos, yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirla. Es verdad que yo la conocí primero. Un amigo de la familia dio una fiesta, Marcello tenía gripe y no pudo ir, pero yo fui. El anfitrión me la presentó; había venido de Roma y era increíblemente hermosa –admitió Gino–, pero digamos que a mí no me gustó y me fui de la fiesta pensando que no la volvería a ver. Meses después me enteré de que mi hermano la había conocido en otra fiesta y estaba loco por ella. Lo último que esperaba era que terminara siendo mi cuñada. Es la única vez que mi hermano ha elegido mal aunque, por supuesto, yo no le dije nada. Yo lo quería y deseaba que fuera feliz.

–Por si sirve de algo, Gino, si Donata le hubiera dicho a mi marido la verdad sobre la situación de su familia, a él no le habría importado. Jim la quería porque ella era la personificación de todo lo que deseaba. Después de casarme, me di cuenta de que quería vivir una vida para la que no había nacido. Estoy convencida de que por eso trabajaba en Europa, para poder atrapar a mujeres como tu cuñada. Como has dicho, era hermosa –su voz se quebró.

–No se la puede comparar contigo.

–No digas tonterías, Gino.

–Si piensas que no lo digo de verdad, haz caso del consejo que le diste a Sofia y mírate al espejo.

–Esto no va conmigo.

–Antes de que encontraran a tu marido con Donata, ¿sabías que tu matrimonio estaba en crisis?

–Cuando mi marido no bajó del avión en Portland hace cuatro meses, contraté un detective para que lo buscara. Pasaron dos meses antes de que me dijeran que Jim y una mujer habían sido encontrados juntos y muertos. Aquello corroboró mis sospechas de que me había sido infiel.

–¿Cuánto tiempo llevabas casada?

–Dos años y medio, pero fue durante el último medio año cuando pasaba temporadas más largas en Suiza y siempre llamaba con cualquier excusa para retardar su vuelta. Yo sabía que mentía, pero no lo quería admitir.

–Donata hizo lo mismo. Se ausentaba largas temporadas y después llamaba y decía que algo la había retrasado. Cada vez que ocurría, Sofia lo pasaba fatal.

Los ojos de Ally se llenaron de lágrimas.

–Pobrecita. Menos mal que ya ha terminado y que no tiene que seguir esperando a que suene el teléfono o a que su madre entre en casa.

Gino asintió, pero estaba tan demacrado que su aspecto alarmó a Ally.

–Hace seis días, el detective que trabajó en la desaparición de mi marido me llamó para que fuera a su oficina. Me habló de Donata y creí que debía venir a Europa para encontrar algunas respuestas más. Que irónico pensar que estaban ocultas durante todo este tiempo en el ordenador de Jim. Ahora que he leído los e-mails todo está claro. Dejaré que tú decidas si lo destruyes con todo lo que tiene dentro. Ahora, si me disculpas, estoy cansada y quiero acostarme.

Ally abandonó la habitación y subió las escaleras, más herida por Sofia que por cualquier otra cosa. ¡Donata había planeado abandonar a su propia hija! Ally se sentía tan mal por aquella preciosa niña que apenas sentía el rechazo de Jim.

Intentó imaginarse a Gino escapando de alguna mujer para no volver a verla nunca, pero no pudo porque Gino era otro tipo de hombre. Era decente y honrado y estaba dispuesto a darlo todo para que los demás fueran felices sin que nadie lo ayudara. Marcello había sido el mejor amigo de Gino y, por su enfermedad, ejercía de padre y madre de su sobrina. Ally estaba contenta de poder quedarse allí un tiempo para hacerle más fácil la existencia.

Después de lavarse la cara, se miró al espejo. Tenía una pizca de chocolate en la mejilla, pero Gino le había quitado, al besarla, el pintalabios de la boca. A pesar de las revelaciones de los e-mails, el recordar su boca devorando la suya la dejó sin aliento e hizo que no se acordara de nada más, incluso cuando apagó la luz y se metió bajo las sábanas.

Su corazón se sobresaltó un poco cuando recordó que, al día siguiente, Gino los llevaría a todos otra vez al río. Después de unos minutos, se giró y alcanzó el jarrón con la lavanda para oler las flores una vez más. Nunca antes le habían regalado flores sin ningún motivo. Cuando Gino se las había dado, se había sentido como si le hubiera regalado el mundo entero.

A las dos de la mañana, Gino apagó el ordenador y se fue a la cama. Había leído docenas de páginas de e-mails. Había más, pero no tenía más estómago para seguir leyendo.

No podía sacarse de la cabeza a Ally, que no parecía ser consciente de lo maravillosa que era. Era vulnerable por culpa de un hombre que no sabía cómo amar a nadie más que a sí mismo.

Desafortunadamente, aunque ya no hubiera pasión en el matrimonio, él sabía que el amor no siempre era rutinario. Marcello había reconocido que Donata y él no iban a conseguirlo. «Me gustaría ser un grifo, Gino, así podría cerrar ciertos sentimientos».

En el caso de Marcello, la enfermedad lo había hecho por él.

En lo que respectaba a Ally, Gino temía que, psicológicamente, en el fondo, todavía tuviera sentimientos hacia su marido a pesar de lo que le había hecho. No podía comprender cómo aquel hombre no la había querido, no había querido regresar a su cama cada noche. Se detuvo en el primer piso, luchando contra el impulso de llamar a su puerta y preguntarle si podía entrar. Quería decirle lo hermosa que era, demostrárselo.

Antes de que Marcello cayese enfermo, cuando Gino había ido de flor en flor sin intención de sentar la cabeza, Marcello le había advertido que, un día, habría una mujer que lo haría arrodillarse. Gino se había reído de su hermano pero, en aquel momento, ya no se reía.

Mientras subía al segundo piso, su soledad le pesaba.

Cuando el teléfono lo sacó de su estado de inconsciencia a las seis de la mañana, maldijo a la persona que lo llamaba tan temprano. Era Carlo y eso hizo que se despertara rápidamente.

–¿Qué ocurre, Carlo?

–Me temo que puedes estar en apuros, Gino. Lo he preparado todo para que nos reunamos en Roma con Alberto Toscano a las nueve de la mañana. Eso te da tres horas.

Gino se levantó de la cama. Toscano era uno de los mejores abogados defensores de Italia.

–No me digas que el cuento de los frenos manipulados ha cobrado relevancia...

–Acabo de ver el informe del forense sobre el coche. Definitivamente, habían sido manipulados.

Gino cerró los ojos con fuerza mientras su mente trataba de asimilar esa increíble noticia.

–Peor todavía, Gino, el fiscal ha descubierto que la *signora* Parker estuvo en St. Moritz y está intentando atar los cabos que demuestren que ella ha colaborado contigo para llevar a cabo este crimen.

–Te veo luego, *ciao*.

A mitad de la clase de violín, Bianca entró en el salón.

–Perdón por la interrupción, pero el padre de Leonora la acaba de dejar aquí y Gino no está para presentarlas.

–No hay problema, Bianca, tráigala.

Ally se dio cuenta de la decepción de Sofia, pero realmente era mejor para ella empezar a hacer nuevos amigos.

–Hola –dijo Ally cuando el ama de llaves hizo que Leonora entrara en el salón–. Yo soy Ally y esta es Sofia. Nos alegramos mucho de que hayas venido.

–Gracias. Yo quería venir antes, pero mi madre decía que se me tenía que quitar la fiebre primero.

–¿Te encuentras mejor ahora? –preguntó Sofia.

–Sí –la niña era más baja que Sofia y tenía el pelo de color rubio oscuro–. Tienes mucha suerte por estar aprendiendo a tocar el violín.

–Yo también lo creo. ¿Quieres escuchar cómo toca Ally?

–Me encantaría.

La niña era tan cálida y natural que a Ally le encantó.

–Vale, una pieza pequeña. ¿Qué os parece algo de *Pedro y el lobo*?

A Ally siempre le había gustado aquella pieza. Cuando terminó de tocar, Leonora estaba tan encantada como Sofia.

–Ojalá yo pudiera tocar.

Ally miró a Sofia.

–¿Por qué no le dejo mi violín a Leonora y tú le enseñas lo que has aprendido?

Los ojos de Leonora brillaron.

–¿Me dejarías?

–Claro, pasadlo bien las dos.

Ally abandonó el salón contenta, al darse cuenta de que los violines eran perfectos para romper el hielo. Fue a la cocina para tomar una pieza de fruta.

Bianca la encontró en la puerta.

–No he querido decir nada delante de Sofia, pero Gino ha tenido que ir a Roma a tratar un asunto inesperado de su hermano por la mañana y no sabe cuándo estará de vuelta.

Las ilusiones de Ally se desvanecieron, pero no se atrevió a dejar que el ama de llaves supiera cuánto le había afectado la noticia.

–Está bien. Si Paolo quiere, yo llevaré a las niñas al río y haremos otro picnic tal y como estaba planeado.

–Eso le vendrá bien a Sofia –dijo Bianca aliviada–. Lo prepararé todo.

–Déjeme ayudarla. No tengo otra cosa que hacer.

–*Bene*.

Trabajaron juntas mientras el sonido de la clase de violín llegaba a la cocina.

–Sofia está feliz desde que usted ha llegado –dijo Bianca sonriendo.

–Es una niña encantadora.

–Gino también está más contento. Todos estamos muy felices de que se quede.

Diez minutos más tarde, Sofia y Leonora llegaron corriendo a la cocina.

–Ally, ¿has visto a Rudolfo? Leonora quiere ver las cosas que hace mi gato.

–¿Has mirado en la terraza? Le gusta tomar el sol en el columpio a estas horas del día.

–¡Es verdad! Ven, Leonora.

Salieron de nuevo y las dos mujeres intercambiaron una divertida mirada.

–Voy a subir a ponerme el bañador –decidió Ally.

–Mientras yo llamaré a Paolo para que traiga el coche.

–Gracias por hacerme sentir como en mi casa, Bianca.

–Es un placer, *signora*.

Mientras abandonaba la cocina, se giró hacia Bianca.

–Por favor, llámame Ally.

Bianca asintió y le dijo adiós con la mano.

El viaje al río resultó durar todo el día. Por la tarde, Ally le pidió a Paolo que las llevara a Remo, donde cenaron pasta antes de dejar a Leonora en casa.

Cuando llegaron a la granja, Sofia parecía estar apaciblemente cansada. Todas tenían algo de color por el sol.

–Gracias por un día maravilloso. Tengo que ir a ver que hace papá.

–Estoy segura de que te ha echado de menos.

A pesar de que Gino no había podido unirse a ellas, había sido un día maravilloso.

Después de tomar la cesta del picnic, Ally se quedó mirando la puerta de la cocina y, entonces, oyó el ruido de un coche que llegaba al patio. Al mirar, vio un coche deportivo que no le era familiar y que aparcaba. ¡Era Gino!

Estaba increíblemente atractivo vestido con un traje gris claro y una corbata. El corazón le latió con fuerza. Él se acercó hacia ella con los ojos entornados.

–Siento lo de hoy, Ally. No he podido evitarlo.

–No tienes que darme explicaciones. Da igual.

–Acabo de llamar a casa. Bianca me ha dicho que Sofia y Leonora lo han pasado muy bien.

–Todas lo hemos pasado muy bien.

–Incluso antes de que comenzaran las clases de violín, mi sobrina se sentía unida a ti. Después del día de hoy el vínculo es mucho más fuerte.

–Entonces es bueno que me vaya a finales de mes. No puedo permitir que dependa mucho de mí emocionalmente.

–Ya lo hace –su voz sonó como si proviniera de una profunda caverna subterránea.

–Me gustaría que no hubieras dicho eso. Me preocupa lo vulnerable que es ahora.

–Me alegro de que seas consciente, porque el final de junio está a la vuelta de la esquina. Se desmoronará si hablas de irte.

–Pero ese fue nuestro acuerdo, Gino. Si me quedara más tiempo, lo único que haría sería herirla más cuando tuviera que marcharme.

–Ese era el patrón de comportamiento de Donata. Ir y venir sin

preocuparse por el dolor que sentía Sofia.

–¿Cómo te atreves a compararme con Donata? Yo no soy la madre de Sofia, pero si lo fuera –su voz tembló–, adoraría a esa niña y haría todo lo posible para que se sintiera segura y feliz el resto de su vida.

–Creo que de verdad sientes eso –dijo Gino acercándose a ella.

–Claro que lo siento. Yo ya la quiero –admitió Ally antes de darse cuenta de que había hablado demasiado–. ¿Y quién no lo haría? –preguntó para tapar su error.

–Su propia madre primero –respondió Gino con amarga ironía–. Y su propio padre, aunque no sea su culpa. Eso me deja a mí, su tío, que no seré capaz de protegerla por mucho más tiempo.

–Bianca dijo que tuviste que marcharte por un asunto urgente sobre Marcello.

–Mentí.

–Si estás intentando asustarme, lo estás haciendo muy bien.

–Ya somos dos. Dame una hora para ducharme y dar las buenas noches a mi familia. Nos encontraremos en la terraza. Tenemos que hablar.

Capítulo 7

Después de dejar la cesta en la encimera de la cocina, Ally también subió para ducharse. Estaba pegajosa por haber pasado el día al sol. Pero Gino la había preocupado mucho. Se lavó la cabeza y se vistió sin ser consciente de ningún pensamiento.

Él había dicho que necesitaba una hora y ella le dio otros quince minutos antes de bajar al salón.

Las puertas corredizas de la terraza estaban entreabiertas. Con el corazón latiéndole fuertemente, salió. Lo primero que vio tras los muebles del patio fue la alta y esbelta silueta de Gino de pie en la oscuridad. La única luz que se veía era la de la luna, que había aparecido en el horizonte. Una vez más, recordó la forma en que Gino la había mirado la noche que la había llevado al calabozo, como un fiero y orgulloso halcón.

Su presencia, allí de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados, intimidaba. La miró con una solemnidad aterradora y Ally se puso una mano nerviosa en el cuello.

–Es obvio que algo terrible ha ocurrido, dime de qué se trata.

–Hasta el momento, Sofia sabe que su madre ha muerto en un accidente de coche. Eso es todo lo que yo quiero que sepa.

–Lo sé. Esperemos y recemos para que nunca sepa las verdaderas circunstancias del accidente.

–Esa es la idea, pero ha ocurrido algo más que no puedo controlar.

–¿El qué? –preguntó Ally con la sangre helada por el miedo.

–Hace unos días, las primeras historias sobre el accidente salieron en el periódico con las típicas mentiras incluidas. Esta vez dicen que ha sido un crimen.

–¿Un crimen? ¡Fue un accidente! Las autoridades suizas me llevaron al puente y me explicaron lo que había pasado.

–Ally –susurró Gino torturado–. Esto va a ser muy duro de oír. Hace unos días terminaron el informe del forense y han descubierto que los frenos del coche habían sido manipulados.

–¿Qué?

–Me temo que significa que alguien quería a tu marido y a Donata fuera de circulación para siempre.

–¿Quién? –preguntó incrédula.

–Según la policía, un marido o una mujer celosos que sabían que estaban juntos y que cometieron un crimen pasional.

–¡Eso es descabellado! Marcello está incapacitado y yo estaba en Portland cuando ocurrió el accidente.

–Eso es verdad –murmuró.

Ally tardó un minuto en asimilar sus palabras. Entonces giró la cabeza.

–¿No querrán decir que lo hiciste tú?

–Basándose en mentiras antiguas que Donata había inventado, el fiscal está convencido de que soy culpable y ahora está preparando su argumento para presentárselo al juez y, si este cree que el fiscal tiene indicios, convocará un juicio. Si un jurado me declara culpable, tendré que cumplir cadena perpetua.

–¿En qué pruebas se basa?

–Por un lado, en enero, salí varias noches a buscar a Donata y por otro, no puedo probar que no estaba en Suiza cuando ocurrió el accidente.

–Pero eso no es ninguna prueba de nada.

Aquello no podía estar pasando...

–Si eso ocurriera, ¿quién cuidaría de tu familia? ¡Eso mataría a Sofia!

–Si algo me pasa a mí, solo conozco a una persona en quien confío que hará lo mejor para ambos.

–¿Quién? –Ally no pensaba que pudiera haber un pariente lejano que Gino no hubiera mencionado antes.

–Una mujer con la que estoy pensando casarme en unos días.

¿Casarse? Ally no pudo disimular el grito sofocado que salió de su garganta. Si le hubieran disparado, el tiro no le habría dolido tanto como la noticia que Gino le acababa de dar. Todavía no se había recuperado de estar entre sus brazos y de los besos del cine.

¡Qué tonta había sido por pensar que esos besos habían significado algo más que quitarle de encima al hombre que la había estado molestando!

–Entiendo –intentó mantener su voz firme–. ¿Sabe ella que eres

sospechoso de un crimen y que podrías ir a la cárcel?

–Sí.

–¿Sofia la conoce?

–Sí.

–Entonces, ¿por qué no te has casado con ella antes?

–Porque no era el momento adecuado.

–¿Y ahora lo es? ¿Cuando podrían arrestarte?

–Sí, no hay otra manera.

–¿No crees que eso es injusto para esa mujer?

–Totalmente.

–Deja esa verborrea, Gino. Intento mantener una conversación contigo.

–Creía que la estábamos manteniendo.

–Sabes a lo que me refiero, me estás respondiendo con monosílabos.

Gino no respondió.

–¿Sabe Sofia lo que estás planeando?

–Todavía no. Creo que se lo contaremos mañana por la mañana.

–¿Quieres decir que la mujer con la que te vas a casar estará aquí mañana para que los dos podáis hablar con Sofia?

–Sí. Creo que eso te facilitará las cosas. Así no tendrás que preocuparte de que mi sobrina se aferre a ti.

–Me preocupaba por ella, no por mí –se defendió Ally, herida por el comentario.

–Lo sé muy bien, Ally, así que quedemos en que le darás clase hasta la boda.

–Pero si es en solo unos días, yo después me marcharé y...

–No. Tú no irás a ningún sitio. Estoy pensando en llevarnos a Sofia a nuestra luna de miel. Cuando volvamos reanudará sus clases.

La mención de la luna de miel hizo pedazos a Ally.

–Estoy segura de que a Sofia le encantará irse con vosotros, pero cuando volváis, tu esposa no querrá otra mujer en casa. Estoy segura de que si hablas con el dueño de la tienda de música de Remo, te dará los nombres de varios profesores de violín que podrían enseñar a tu sobrina.

–Creo que es demasiado pronto para que cambie de profesor. Tú eres su heroína.

–Si eso es todo, buenas noches –dijo Ally temiendo escuchar más cosas que hubiera dicho Sofia.

–Todavía no –murmuró–. Hay algo importante que todavía no hemos tratado.

–¿Qué? –necesitaba estar sola para poder aliviar esa nueva pena.

–La cuestión de un abogado para ti.

–No te entiendo –respondió conmocionada.

–Mi amigo Carlo me ha informado de que el fiscal no ha descartado implicarte como cómplice.

–¿Qué motivos tiene?

–Que planeaste conmigo vengarte de tu marido y de Donata. Quizá tú no lo llevaste a cabo, pero se te juzgará igualmente. La póliza de seguro que tu marido contrató antes de irse a Suiza en enero puede ser un motivo adicional para que te aliaras conmigo.

–¿Cómo supo del seguro?

–Ayer la oficina del fiscal habló con el detective de Oregón que ha estado trabajando en la desaparición de tu marido. El caso contra ti no es tan claro, pero me temo que vas a necesitar a alguien que te asesore legalmente.

–Cuando llegue a casa contrataré a alguien.

–¿Cómo harás eso con tu sueldo? No podrás pagar el tipo de abogado que necesitas.

–¿Qué más cosas no me has contado sobre este caso?

–Mi abogado, el *signor* Toscano, dice que el que fueras a Suiza podría hacer pensar al fiscal que querías ver la escena del crimen que tú y yo planeamos. No es extraño que los criminales lo hagan. Sugiere que como estás en Italia y todavía no te has puesto en contacto con un criminalista, puede beneficiarnos el que él nos represente a los dos.

–Pero Gino… ¡Eso es imposible! Aparte de que yo nunca podría permitírmelo, sería un conflicto de intereses. Para que él nos represente a ambos, yo tendría que ser tu esposa.

–Exactamente.

–Pero tú vas a casarte pronto.

–Así es, y si me hubieras preguntado te habría dicho el nombre de la futura novia. Es una americana que se llama Allyson Cummings Parker y que es de Portland, Oregón. Sé cómo eres, Ally. Cuando supiste lo que había hecho tu marido, sentiste compasión

por Marcello y no dudaste en venir para hablar con él. A pesar de tu dolor y a pesar de arriesgarte desafiándome antepusiste el bienestar de Marcello al tuyo propio. Nunca he conocido a una persona de tu bondad y valentía. No importó cómo te traté en el calabozo, no te viniste abajo y además has sido discreta.

–No, Gino. Cualquier mujer en mi lugar habría hecho lo mismo.

–No. Tú eres una entre un millón y ahora sé cómo recompensarte. Si nos casamos no estaremos obligados a declarar el uno contra el otro. Con mi dinero podremos pagar el abogado más agresivo y, lo mejor de todo, si algo me pasara a mí, tú estarás ahí para criar a Sofia y cuidar a Marcello. Una vez que tomes mi apellido, heredarás todas mis posesiones y tendrás un poder notarial para manejar los negocios de mi hermano hasta que Sofia cumpla los dieciocho años.

Gino se acercó más a Ally inclinándose y acercándose a escasos centímetros de su cara.

–Antes de que me sueltes una docena de razones por las que no puedes casarte conmigo, dime lo que realmente te espera en casa –prosiguió–. Desde luego, no un marido que te merezca. Si es cuestión de dejar la orquesta, aquí tenemos excelentes orquestas y cualquier director que te oiga tocar te contrataría al momento. Sofia me ha hablado de tu madre. Si quieres que ella y tu tía estén contigo, tenemos un *palazzo* entero a su disposición. Sofia también me dijo que querías tener familia. He visto la forma que tienes de relacionarte con mi sobrina y creo que ella llenará tu corazón al igual que llena el mío. Si tenemos que ir a juicio, yo testificaré que tú no tuviste nada que ver con el accidente, lo que es cierto. Si yo voy a la cárcel, me ayudará pensar que tú cuidas de mi hermano y mi sobrina.

»Serás una mujer rica que podrá hacer lo que quiera con el dinero. Si el verdadero culpable es arrestado y juzgado, entonces nos plantearemos de nuevo nuestra situación. No rechaces de pleno esta propuesta, Ally. Quiero a mi familia más que a mi propia vida –su voz tembló–. Tú eres la única persona en la que confío para cuidarlos. Tu amabilidad con Marcello desde el momento en que te diste cuenta de su situación ha sido una revelación. Tanto Bianca como sus enfermeros lo han comentado. A ellos les gustas. Todo el servicio te será fiel si yo falto. Piénsatelo esta noche, Ally,

hablaremos mañana antes del desayuno.

Gino rozó con sus labios los de Ally y salió de la terraza.

Ally se sentó en el columpio, incapaz de emitir ningún sonido. Nunca nadie le había hablado con tanta franqueza como lo acababa de hacer Gino. Aunque él necesitaba que ella le dijera que sí a su propuesta matrimonial, lo que realmente le estaba planteando era que tomara parte en un pacto sagrado con él. No le estaba ofreciendo su amor. ¿Cómo podría hacerlo? No la conocía lo suficiente para que ocurriera el milagro, si es que podía ocurrir.

Pero si tenía que ir a la cárcel, Ally podía entender su desesperación por arreglar sus asuntos antes. A cambio de ser su mujer, ella obtendría algo completamente diferente: estabilidad financiera, su nombre y protección, una casa, la oportunidad de ser madre de una niña que la necesitaba y la oportunidad de cuidar de un hermano querido.

Si se casaba con él y lo arrestaban, tendría el dinero con el que Jim había soñado. Podría pagar lo necesario para encontrar al verdadero asesino y liberar a Gino.

Cuando más tarde se fue a la cama, estuvo dando vueltas mientras pensaba en Jim y en cómo se habían conocido. Ambos esquiaban en el monte Hood y ella lo había atropellado. Había habido una atracción que los había conducido a verse a menudo y después a casarse. Pero después de los primeros meses tras su luna de miel, la pasión había disminuido. Él comenzó a hacer más exhibiciones de esquí en otras partes del país como Tahoe y Vail. Las exhibiciones coincidían con sus conciertos, de tal forma que pasaban más tiempo separados, pero había sido la exhibición en Las Vegas la que había cambiado drásticamente su matrimonio.

Allí Jim conoció a un promotor suizo que le ofreció un puesto de vendedor de la ropa Slippery Slopes en St. Moritz, lo que significaba que tenía que pasar grandes temporadas fuera del país.

Ally había querido que su marido tuviera éxito en su profesión para que pudiera cumplir su sueño de ser el dueño de la empresa algún día. Pero, como había sabido en su luna de miel, tenía más sueños que ese, sueños en los que ella no era imprescindible.

¡Qué diferente era todo de su experiencia con Gino, que sabía cuál era su lugar y era un hombre estable! Anteponía el bien de los demás al suyo propio y disfrutaba al estar con la familia a la que

amaba. No había nada de superficial o de egoísta en él. ¡Cuánto lo amaba!

Nadie de su familia ni sus amigos entendería que se casara con Gino solo cuatro meses después de enterrar a su marido. Lo que no sabían era que entre Jim y ella no había existido amor durante más tiempo del que habían estado enamorados. Había sido un hombre extraordinario como Gino el que le había hecho ver lo vacía y estéril que había sido su vida con Jim.

Ally sabía que, en otras circunstancias, Gino no la habría elegido a ella ni a ninguna otra mujer. El hecho de que no estuviera casado lo demostraba. Pero la situación en la que se encontraba lo obligaba a recurrir a ella porque sabía que era una persona en la que podía confiar.

Después de su experiencia con Jim, sabía que la confianza era la clave para tener un matrimonio sólido, la confianza y la increíble pasión que ya sentía por Gino.

Solo el tiempo podría decir si alguna vez él llegaría a amarla con la misma intensidad. Aunque Gino no había mencionado la posibilidad de tener un hijo de los dos, era algo que ella deseaba. Si él también quisiera un hijo, sería un indicio de que esperaba acostarse con ella.

El solo hecho de pensar estar entre sus brazos la dejó sin aliento. Quería darle una respuesta en aquel momento, pero eran las cuatro de la madrugada. Gino quería hablar con ella antes del desayuno y, como Bianca lo servía a las siete y media, no quedaba mucho tiempo. Puso el despertador a las siete para dormir unas horas.

Cuando oyó la alarma tres horas después, se levantó para ducharse. En circunstancias normales estaría agotada, pero Gino la esperaba y le había subido la adrenalina.

Una vez que se hubo vestido, se apresuró a bajar. Bianca ya estaba levantada y trabajando.

–Buenos días, Bianca ¿has visto a Gino?

–Sí, está fuera cambiando una rueda de la camioneta.

–Gracias.

Ally salió de la cocina para encontrarse con él. El corazón se le salía del pecho.

Algo rosa atrajo la atención de Gino. Dejó su tarea en cuanto vio a Ally dirigiéndose hacia él con una camiseta y unos vaqueros que se ajustaban perfectamente a su cuerpo. Si no se equivocaba, ella tampoco habría dormido. Ally caminaba con decisión, lo que no auguraba que contestara lo él quería, aunque estaba preparado para escuchar cualquier respuesta.

–*Buon giorno*, Ally.

–Buenos días, no me había dado cuenta de que la otra noche volvimos a casa con la rueda pinchada.

–Estaba baja de aire, así que decidí cambiarla.

Gino volvió a poner el gato en su caja de herramientas y se limpió las manos.

–He dormido muy poco esta noche sabiendo que alguien había causado ese accidente. No me importan las pruebas que el fiscal dice tener, no puedo imaginarme que nos juzguen a ninguno de los dos. Pero si me equivoco, nos casaremos y permaneceremos casados hasta que Sofia cumpla los dieciocho años.

Gino intentó ocultar su euforia. Temía que ella lo rechazara por razones que no había previsto, como el hecho de que no estuviera enamorada de él.

–Si un error judicial te lleva a la cárcel, Sofia va a necesitar a alguien que haga de tutor.

–Estoy de acuerdo –murmuró conteniendo todavía la respiración.

–Sin embargo, si atrapan a la persona que causó ese accidente, sería un crimen por nuestra parte disolver el matrimonio de repente y que yo volviera a Estados Unidos. Sofia volvería a sufrir por otra pérdida.

–Yo no lo podría haber dicho mejor –dijo Gino apenas pudiendo contener su alegría.

–Hasta este momento, tú has evitado casarte.

–No lo habría hecho si hubiera aparecido la mujer adecuada. He estado esperando...

–Sí, bueno, yo pensé que el hombre adecuado había aparecido, pero resultó que no. Después del fiasco de mi primer matrimonio, me pone nerviosa volver a casarme.

–Entonces los dos pasaremos los nervios juntos.

–No bromees sobre esto, Gino, es un asunto muy serio.

Él se acercó un paso hacia Ally. Quería estrecharla en sus brazos, pero sabía que podía asustarla.

–No sabía que lo estaba haciendo, lo que intento decirte es que yo nunca he estado casado y quiero hacerlo bien.

–Igual que yo –murmuró Ally–. Quiero que seas feliz.

–¿Crees que yo no quiero lo mismo para ti? –preguntó él desafiante.

–Lo que me has ofrecido me hace feliz –su voz temblaba–. Siempre he querido una familia. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía dos años y crecí sin él, sin hermanos y sin primos. Fue duro porque mi madre estaba tan inmersa en su propio dolor que no se dio cuenta de lo sola que me sentía. No me malinterpretes, ella es una bellísima persona, pero tenía un mal concepto de los hombres y para mí fue difícil deshacerme de él. Mis abuelos fueron la alegría de mi vida, pero murieron pronto. Mi madre me aconsejó que no me casara con Jim. Decía que era demasiado guapo para ser fiel, como mi padre. No quise escucharla. La verdad es que me casé con un hombre egoísta, por lo que mi sueño de tener un hogar feliz con niños no se cumplió.

»Tengo casi veintinueve años, Gino. Cuando me enteré de que Jim había muerto, sentí que había traspasado esa parte de la vida cuando todo es posible. Mi madre seguía diciendo: «Tienes tu música, cariño, es suficiente». Pero cuando conocí a Sofia, supe que no era suficiente. Me vi reflejada en ella. Por ti puedo tener la familia que siempre he deseado. Sofia es una bendición.

–Lo es. Déjame decirte que cualquier esperanza que tenía de encontrar a la mujer de mi vida y asentarme se truncó cuando Marcello se casó con Donata y yo vi el dolor que trajo a su vida. Su comportamiento amoroso se transformó completamente. Cuando Marcello desarrolló el Alzheimer, deseché la idea de pedirle a alguien que se casara conmigo y que cargara con mi sobrina y mi hermano. No sería justo para una mujer con expectativas de comenzar el matrimonio sin más responsabilidad que su pareja.

»Como tú y yo hemos descubierto, Donata y tu marido intentaron ocultar su relación, aunque tuvieron un sorprendente final que hizo que se supieran sus secretos. Por esa razón no tengo intención de casarme con nadie que no seas tú. Sofia necesita confiar en mí, en nosotros, Ally. Tiene que saber que lo que

tenemos es algo real y que merecerá la pena imitar cuando sea lo suficientemente mayor como para casarse. Sus padres nunca fueron amigos, pero en nosotros verá algo diferente. Por consiguiente, no nos divorciaremos cuando cumpla los dieciocho. Esa es mi condición.

Ally bajó la cabeza sin decir nada.

–¿Ally? –tanteó Gino–. ¿Jim y tú fuisteis amigos?

–No –dijo finalmente ella tras un largo silencio.

–Hasta ahora, mis relaciones con mujeres no han sido lo suficientemente profundas como para durar para siempre.

–¿Qué razón le daremos a Sofia sobre dormir en habitaciones distintas?

–No tendremos que decirle nada. Por el día actuaremos como una pareja felizmente casada y, por la noche, hay una habitación en la parte trasera de mi dormitorio. Lo que hagamos de puertas para adentro es asunto nuestro y de nadie más.

–Gino... –murmuró Ally.

–¿Qué?

–Tengo miedo.

–Ya somos dos. Aunque tras haber visto a la valiente Ally Parker en acción, estoy dispuesto a saltar al fuego contigo.

–Me aterroriza pensar que realmente puedas ir a la cárcel por algo que no has hecho.

–Si todo sale como planeo, ninguno de los dos será declarado culpable y, mientras tanto, podremos hacer feliz a una niña especial.

–Si tú estás seguro...

–Supongo que en esta vida todo es apostar y esta vez me gustan los pronósticos. ¿Entramos y se lo decimos a Sofia?

Ahora parecía que Ally necesitaba ayuda en el tema de la confianza. Gino tomó su mano izquierda, que estaba temblando, y se quedó mirando su dedo sin anillo.

–¿Dónde está tu alianza?

–Enterrada con mi marido.

Su impresionante respuesta lo complació de forma que no tenía tiempo de analizar en aquel momento.

Buscó en su bolsillo un objeto. Si Ally no se oponía a aquello, no habría vuelta atrás.

–Mi madre me dio esto antes de morir. Era su anillo de compromiso. Es sencillo, tal y como era ella. Como eres tú. Ella sabía que me gustaba la naturaleza y me animó a ser granjero. Necesito que estés segura antes de que te lo ponga en el dedo. ¿Hay algo más que quieras preguntarme?

–Se me ocurren miles de cosas, pero cada vez que pienso en tu familia si te arrestan, me pongo tan enferma que no puedo pensar.

–Entonces, ¿aceptas convertirte en la mujer del granjero «en lo malo»? No puedo prometerte aún «en lo bueno».

Gino sonrió levemente mientras le colocaba el anillo en el dedo, pero la sonrisa desapareció enseguida.

–Seguramente algún día tú tuviste sueños –dijo Ally.

–Sí, y tú los has hecho realidad al llenar esta vieja granja con el tipo de música celestial que siempre nos ha gustado a los Montefalco. Todos los maridos deberían tener tanta suerte.

Gino no tenía ni idea de que mientras caminaban hacia la casa el corazón de Ally se estaba rompiendo. Ella esperaba oír que él quería llenar la casa de niños, de sus niños, pero esas palabras no habían salido de sus labios.

Para su disgusto, su entrada en la cocina coincidió con la del resto de la familia, forzándola a poner cara de complacida cuando se estaba muriendo por dentro.

Mientras Luigi ayudaba a Marcello, Sofia corrió a abrazarla y después a Gino. Él la levantó en sus brazos riéndose. Los inteligentes ojos de Sofia lo estudiaron.

–Te veo diferente esta mañana, tío Gino.

–Eso es porque me siento diferente.

–¿Por qué?

–Estoy feliz, cariño.

A Ally se le cayó el alma a los pies al ver la brillante actuación que Gino realizaba frente a su sobrina.

–Tengo que anunciaros algo.

–¿Es esa sorpresa de la que me hablaste hace unos días? –preguntó Sofia.

–Sí. Voy a llevarme a toda la familia de viaje.

–¿Adónde? –preguntó la niña con ojos brillantes.

–A la isla de Ischia.

–Nunca he estado allí.

–Te encantará.

–¿Cuándo nos vamos?

–El lunes.

–¿Por qué no hoy?

–Porque necesito preparar todo los próximos días.

–¿Y qué pasa con mis clases de violín?

–Cuando volvamos las retomarás.

–¿Qué harás tú mientras estamos fuera? –preguntó Sofia mirando a Ally.

–¿Por qué no le preguntas a Ally si quiere venir con nosotros? –sugirió Gino.

–¿Te vienes con nosotros, Ally? Por favor, di que sí.

–Me encantaría.

–¿Has estado alguna vez en Ischia?

–No, pero estoy deseando conocer la isla.

–Yo también.

–Tengo otra cosa muy importante que deciros y esto incluye a Luigi, Roberto, Bianca y Paolo.

Gino le lanzó a Ally una mirada para que no dijera o hiciera nada que pudiera molestar a Sofia.

–Pensándolo mejor –prosiguió Gino con voz suave–, quizá deba dejar que lo explique Ally, ya que ella está igualmente involucrada en esta decisión.

–¿De qué se trata, Ally? –preguntó Sofia.

–Tu tío Gino me ha pedido que me case con él –tartamudeó–. ¿Qué te parece?

Ally no tuvo que esperar mucho para saberlo. La sobrina de Gino saltó de la silla y se dirigió a ella para abrazarla por el cuello.

–Anoche le dije a papá que me gustaría que el tío Gino se casara contigo. Papá siempre decía que el tío Gino estaba esperando a que apareciera la mujer perfecta.

–Mi hermano siempre me entendió mejor que nadie –dijo Gino.

–¿De verdad le habías dicho eso a tu padre? –le preguntó Ally a Sofia evitando mirar a Gino.

–Te lo juro. Le has dicho que sí al tío Gino, ¿verdad?

Ally extendió su mano para que Sofia pudiera ver el anillo en su

dedo.

–¡El anillo de la abuela!

–Sí –susurró Ally, aunque todos pudieron oírla.

Bianca aplaudió y la felicitó. Luigi pronunció un pequeño discurso dándole la bienvenida a la familia. Si los empleados estaba sorprendidos con la noticia lo disimularon muy bien.

–Nos casará el padre Angelini el domingo en Remo. Después de la boda iremos en coche a Ischia y estaremos allí hasta que queramos volver.

A menos que la policía citara a Gino en Roma, pensó Ally.

–¿Tu madre va a venir a la boda? –preguntó Sofia todavía abrazándola.

–Le gustaría –mintió Ally–, pero mi tía no puede viajar tan lejos con su nueva cadera. Seguro que vienen más adelante cuando ella esté mejor.

Ally no podía darle esa noticia a su madre todavía. Tenía que pasar más tiempo. Mucho más...

–Mi madre tampoco podrá venir, pero yo estaré allí –le dijo Sofia.

–Eso es todo lo que necesito, cariño. ¿Te gustaría ser mi dama de honor?

–Esa es una excelente idea –los ojos de Gino brillaban–. Quizá Anna y Leonora también quieran ser damas de honor. Ally os llevará a comprar los vestidos cuando vaya a elegir el suyo.

–Disculpadme un minuto, tengo que llamar a Anna para contarle lo que ha pasado –dijo Sofia emocionada.

Cuando salió de la cocina, Gino cubrió con su mano la de Ally y apretó especialmente fuerte el dedo en el que llevaba el anillo.

–Acabas de ver un milagro con tus propios ojos. Pedirle que fuera una de tus damas de honor ha sido estimulante y eso quiere decir que tienes el instinto adecuado con los niños. He oído a alguien en el patio –dijo Gino antes de retirar la mano–. Debe de ser Dizo, le pedí que trajera a Leonora. Ven, Ally, quiero que conozca a mi futura esposa.

El solo hecho de escuchar a Gino decirlo hizo que sintiera escalofríos de placer por todo el cuerpo. Lo siguió hasta el exterior, donde vieron a Leonora y a su padre bajar de la camioneta. Los dos hombres se saludaron amistosamente. Gino se giró hacia Ally y le

pasó el brazo por los hombros. Fue un gesto tan espontáneo que Ally no podía creérselo.

–¿Ally? Este es mi amigo y capataz Dizo Rossini. A Leonora ya la conoces.

–¿Cómo está, *signore*? –Ally le dio la mano.

–¿Es tu nueva novia, Gino? –preguntó su hija al colgarse del brazo de Gino.

–No. Ally Parker es mi prometida. Nos casamos el domingo.

–Eres una caja de sorpresas, Gino –dijo el hombre, sorprendido–. ¿Dónde has guardado a esta bella mujer todo este tiempo?

–¿Por qué no se lo dices tú, *bellissima*? –la animó Gino antes de darle un beso en la boca.

Gino no jugaba limpio, así que tendría que acostumbrarse.

–Me secuestró en un tren que iba a Roma y me temo que una cosa llevó a la otra –contestó.

–El amor te ha llegado finalmente, Gino. Puedo verlo en tus ojos cuando la miras –Dizo le guiñó un ojo a Ally–. Ha tenido a muchas mujeres de toda clase detrás de él y finalmente ha encontrado una mujer a la que ha tenido que perseguir. Eso está muy bien.

–En realidad, no me lo ha puesto fácil –se quejó Gino.

Dizo se rio.

–Me alegro de que este loco asunto sobre Donata no te haya impedido vivir tu vida. Es hora de que tengas todos los *bambini* que querías para que te ayuden con la granja. Seguro que saldrán todos músicos –le dio un codazo a Gino.

Ally mantuvo la sonrisa en la cara y se giró hacia Leonora.

–Puedes entrar en casa si quieres, creo que Sofia ya ha terminado de hablar por teléfono.

–Vale.

Mientras la acompañaba hacia la casa, Sofia salió corriendo con una sonrisa de felicidad en la cara. Aquella cara era completamente diferente a la que Ally había visto por primera vez hacía unos días.

Estaba haciendo lo mejor para Sofia, pero nadie podía quitarle el dolor que sentía porque Gino no estaba enamorado de ella.

Sofia estaba emocionada con la futura boda y le preguntó a Leonora si quería ser también dama de honor. Cuando las tres hablaban en el salón, Gino entró. Sus oscuros ojos le dijeron a Ally que quería hablar con ella en privado.

–Disculpadme, chicas. Ahora vuelvo.

–Vale –dijo Sofia, aunque solo pensaba en los trajes que se pondrían.

Gino llevó a Ally hasta el despacho y cerró la puerta.

–Mañana tenemos que vernos en la oficina de mi abogado. Nos llevará parte del día, así que hoy tendremos que hacer muchas cosas.

Antes de que Gino pudiera decir algo más, alguien llamó a la puerta del despacho.

–Debe de ser el padre Angelini –le explicó Gino–. Ayer lo llamé y le pedí que pasara por aquí. Ahora que has aceptado casarte conmigo, tiene que hablar con nosotros sobre la ceremonia. Cuando se marche iremos a Remo a obtener la licencia de matrimonio y después podremos concentrarnos en las compras y los preparativos del viaje a Ischia.

Ally apenas podía seguirlo. Hacía un momento era viuda y un minuto después estaba prometida con aquel hombre tan dinámico. Por la forma en la que él estaba actuando, no había caso por asesinato pendiente que pudiera quebrar su felicidad. Gino no sabía que la mención de la habitación dentro de su dormitorio, donde uno de ellos tendría que dormir después de casarse, la había sumido en la desesperación.

Capítulo 8

Ya casi hemos terminado, *signora* Parker. Este es el último documento. Firme debajo de la firma de Gino, por favor.

–¿Qué dice este documento?

Durante el largo proceso, él había traducido pacientemente todo del italiano al inglés. Ally pensaba que Gino la había llevado a la oficina de su abogado para hablar sobre el caso. Sin embargo, ambos habían firmado papeles para que ella se quedara con todos los poderes notariales, no solo para actuar en nombre de Gino, sino también para ejercer de tutora de Marcello y Sofia si Gino no estaba con ellos. Pero la mayor parte del tiempo había escuchado la detallada explicación sobre los vastos activos y propiedades de la familia Di Montefalco.

–Este documento tendrá efecto desde el momento en que se case con Gino. Dice: «En caso de muerte o incapacidad mental de Gino y Sofia, automáticamente, usted será la duquesa Di Montefalco».

Los dedos de Ally temblaban al sujetar la pluma. Sintió cómo la mano de Gino se deslizaba hasta su muslo por debajo de la mesa y lo apretaba.

–Es solo una formalidad –susurró.

–¿Hay algo que no me hayas contado? –preguntó girando la cabeza–. La enfermedad de Marcello es hereditaria, ¿verdad? –no pudo controlar el temblor en su voz.

La expresión de sorpresa de Gino tendría que haberle servido de respuesta, pero el solo hecho de pensar que algo podía ocurrirle le molestó tanto que le impedía actuar racionalmente.

–Te juro que no nos pasa nada ni a Sofia ni a mí –declaró Gino con solemnidad–. Fírmalo, Ally, así acabaremos con esto y podré estar tranquilo.

Sabiendo lo importante que era para él dejar todos sus asuntos arreglados en tan precaria situación, Ally firmó una vez más.

–Ahora ya podemos disfrutar de nuestro viaje a Ischia.

–¿Ischia? –preguntó el señor Toscano.

–Es donde vamos a ir después de la ceremonia.

–Creo que no va a poder ser, Gino. Podrías ser arrestado en la granja esta misma tarde.

–No puede ser tan rápido –dijo Ally.

–Cualquier cosa es posible, *signora*. Si tienen que seguir a Gino hasta Nápoles o más lejos, sería horrible para Sofia.

–No quiero que mi sobrina sufra –murmuró Gino.

–Ni yo –dijo el abogado–, pero si el fiscal decide que eres una amenaza puede ordenar que te arresten.

–¿Cuánto tiempo lo mantendrías arrestado? –preguntó Ally alarmada.

–De uno a tres días. Dependiendo de los indicios, podrían fijar una fecha para el juicio. Después liberarían a Gino, pero estaría bajo arresto domiciliario y eso significa que los dos permaneceríais en la granja.

–No tenía ni idea de que todo pudiera suceder tan deprisa.

–Quizá no suceda hoy ni mañana. Quizá no suceda en otra semana, pero sé cómo trabaja el fiscal. Es un hombre ambicioso. Es muy importante que no sepa nada de vuestro matrimonio antes de que haga cualquier cosa contra alguno de los dos. Como ayer obtuvisteis la licencia, os aconsejo que os caséis ahora mismo.

–Me estás leyendo la mente –aseguró Gino sacando su teléfono móvil.

–¿Pero cómo vamos a hacer eso? –preguntó Ally con nerviosismo.

–Muy fácil, *signora*. Apellidarse Di Montefalco abre las puertas. El juez Mancini está al otro lado del juzgado. No habrá ningún problema en que se acerque hasta aquí para oficiar. ¿Lo llamo?

Gino asintió con la cabeza porque ya estaba hablando con alguien. Cuando colgó, Ally lo agarró del brazo.

–¿Y qué pasa con Sofia? Se pondrá muy triste si hacemos esto sin ella.

–Quizá no. El padre Angelini ha accedido a estar disponible en cualquier momento y, si no me arrestan esta tarde, nos casará por la noche en la iglesia.

–¿Lo hará?

–Por supuesto. Es la única forma de adelantarnos al fiscal.

–Tienes razón –susurró ella.

Ally intentaba dominar sus sentimientos. Aquella noche sería su noche de bodas…

Después de unos minutos de conversación, Gino colgó el teléfono y la miró.

–Si todo sale bien, todo está arreglado con Bianca y los empleados para las siete en punto. Sofia y las niñas pueden llevar los vestidos que elegiste ayer para ellas. Vendrán las pocas personas a las que hemos invitado.

–¿Qué razón les darás por el cambio de fecha?

–Que tengo que salir de la ciudad por negocios y no quiero esperar más para hacerte mía. Nuestros invitados lo entenderán.

Se inclinó hacia delante y le dio un cálido beso en la boca. Ally deseó que no lo hubiera hecho. La gente no sabría la verdadera causa por la que se iban a casar, pero el señor Toscano sí.

–Si me disculpan, tengo que ir al tocador.

–Está al fondo del pasillo a la derecha –le indicó el abogado.

Sin mirar a Gino dejó el despacho, pero él la alcanzó y le puso una mano en el brazo.

–¿Qué ocurre, Ally?

–Estoy preocupada por la reacción de Sofia cuando le digamos que tenemos que posponer el viaje –no estaba pensando en aquello, pero sus pensamientos eran demasiado personales como para compartirlos con él–. Estaba deseando ir a bucear.

–Ella entiende que hay veces que no se pueden hacer cosas por trabajo. Ya nos iremos en otra ocasión, te lo prometo, Ally.

Ally sabía que Gino cumplía sus promesas si podía, pero alguien había causado, intencionadamente, el accidente de Jim y Donata, así que en aquel caso él no podía controlar la situación. ¿Y qué habría pasado si el accidente no hubiera ocurrido? Ella habría vivido toda su vida sin saber lo que le había ocurrido a Jim. Nunca habría conocido a Gino…

No podía imaginarse no haberlo conocido. El solo hecho de imaginar que podía ir a la cárcel le hacía pensar que la felicidad pasaría otra vez de largo para ella.

Gino la miró preocupado. No estaba convencido de que le hubiese dicho todo, pero ella continuó caminando.

Veinte minutos después, el joven juez amigo del señor Toscano los declaró marido y mujer. Fue una ceremonia breve porque él

tenía prisa.

–Felicidades, *signora* Di Montefalco. Ha sido un honor casarlos a usted y al duque. Que sean muy felices con su nueva vida. Si usted y su bella esposa firman el certificado, mi secretario lo tramitará hoy mismo.

Cuando Ally firmó, Gino le pasó el brazo por los hombros y la abrazó.

–Tengo que dar gracias a Dios por ti –le susurró al oído, entre los rizos–. Juro por la tumba de mis padres que haré todo lo posible para que no te arrepientas nunca de haber tomado esta decisión.

–Te prometo lo mismo, Gino.

–Vámonos a casa.

Gino continuó rodeándola con el brazo mientras abandonaban el edificio y se apresuraban hacia la zona del aparcamiento donde estaba esperando Paolo. Pero no estaba solo.

–¿Qué hacen esos hombres junto a tu coche?

Gino maldijo en italiano.

–Alberto debe de ser vidente. Vienen para llevarme a la oficina del juez e interrogarme. Pobre Bianca, la han debido de obligar a decirles dónde estaba.

Ally estaba conmocionada, pero no podía derrumbarse. Gino necesitaba que ella fuera fuerte.

–Sabíamos que era cuestión de tiempo, Gino. Me alegro de que haya ocurrido aquí en lugar de en la granja.

–Yo también.

–Yo me ocuparé de todo. Celebraremos la ceremonia en la iglesia para Sofia cuando vuelvas.

–Ally –la miró fijamente a los ojos. Ella supo lo que intentaba decirle.

–No te preocupes por nada. Ve con ellos. Cuanto antes vayas, antes volverás.

–¿Signor Di Montefalco? –sacaron sus placas de identificación.

–Entra en el coche ahora –le susurró a Ally.

Ella se apresuró a hacer lo que le decía. En el momento en el que cerró la puerta, Paolo aceleró. Ally se giró para mirar por la luna trasera y, para su disgusto, vio que Gino entraba en un coche sin matrícula flanqueado por aquellos hombres.

–Rápido, Paolo. Necesito hablar con Bianca por teléfono.

–Sí, *signora*.

Paolo llamó a la granja y le pasó el móvil a Ally.

–¿Bianca? –dijo cuando el ama de llaves descolgó–. Soy Ally. Escucha con atención.

Le explicó que se habían casado en el despacho del abogado.

–Gino ha sido arrestado. No le digas nada a Sofia, yo hablaré con ella cuando llegue a casa.

–No diré nada, Ally. Anna y ella están jugando fuera, en la terraza, con Rudolfo.

–Bien, que se queden ahí. Gracias por todo. Paolo y yo llegaremos pronto. Entonces entre las dos podremos hacer las llamadas necesarias al padre Angelini y a los amigos de Gino.

–*Bene*. Enhorabuena, *signora*. Estoy muy feliz por usted y por Gino. Con usted en la casa, no estará tan preocupado el tiempo que esté fuera.

–Eso espero.

Después de colgar, Ally dijo:

–Paolo, tengo un montón de ideas para mantener ocupada a Sofia y voy a necesitar tu ayuda para llevar a cabo unas cuantas.

–Estoy a su servicio.

–¿Hay algún lugar en el garaje donde podamos separar la lavanda en ramos para regalar?

–Les haré un sitio.

–De camino a casa tenemos que parar en una tienda donde vendan papel celofán y cintas.

–Conozco el lugar en Remo donde Gino tiene cuenta.

–Perfecto. También tenemos que parar en una tienda de pintura.

–Lo que quiera.

Quizá fuera demasiado pensar que podría tener entretenida a Sofia mientras Gino no estuviera. Pero contando con el fuerte sistema de seguridad de la granja y con la ayuda de los empleados, estaba dispuesta a que la niña no sintiera más dolor por culpa de Donata.

Cuando llegó a casa, Bianca la informó de que el padre de Anna había ido a recoger a su hija y de que Sofia había ido a pasear con su padre y con Roberto. Aquello le dio tiempo de ayudar a Bianca a hacer llamadas para explicar que la boda se pospondría hasta que Gino llegara de un importante viaje de negocios.

Cuando acabaron, Ally almorzó y Sofia llegó con su padre. Cuando la niña la vio, puso al gato en el suelo y corrió a abrazarla.

–Me alegro de que el tío Gino y tú hayáis vuelto. Anna y yo no podemos esperar a mañana.

–Sé cómo te sientes –tomó aire–. ¿Te puedes creer que ha surgido algo importante en los negocios de tu tío? Gino ha tenido que ocuparse de ello, así que nos casaremos en un par de días, cuando vuelva.

–Pero todo el mundo piensa que es mañana.

–Tu tío llamó a los padres de Anna y a los Rossini y está todo preparado para dentro de dos días. El padre Angelini está esperando.

–¿Cuándo, exactamente, será la boda? –preguntó Sofia intentando no venirse abajo.

–Como máximo dentro de tres días. Mientras tanto, he pensado que tú y yo nos mantendremos ocupadas con algunos proyectos que tengo para sorprender a Gino.

–¿Qué proyectos? –preguntó.

–Necesito que me enseñes italiano. Quiero ser capaz de decirle unas cosas en su idioma el día de nuestra boda. Me gustaría hablar sin acento para sorprenderlo.

–¿Quieres decir algo como «te quiero»?

–Exactamente, como «no puedo vivir sin ti, eres el hombre más maravilloso que he conocido, eres mi corazón» o «quiero a tu sobrina como si fuera mi propia hija».

–Yo también te quiero, Ally. ¡Más que a nada!

–Entonces somos las personas más afortunadas del mundo.

–¿Gino?

En el momento en que Gino oyó la voz de Alberto saltó de la cama de la habitación del hotel en la que había pasado la noche volviéndose loco sin teléfono. El poder de su familia no había evitado que lo investigaran, aunque sí le daba ciertos privilegios. Dos guardias de seguridad se turnaban para llevarle las comidas, pero estaba incomunicado.

Habían pasado ya dos días y Gino suponía que pronto oiría los cargos que había contra él. El juez decidiría si había indicios

suficientes para juzgarlo. La situación parecía mucho peor de lo que Gino había supuesto al principio. Afortunadamente, Alberto había ido a verlo. Él era la única persona autorizada para hablar con él.

–He hablado con tu mujer. De momento les va todo bien a ella y a Sofia.

–Ese es el tipo de noticia que necesitaba oír –afirmó Gino.

–Solo tengo unos minutos. Gracias a los e-mails que Donata y su amante guardaron donde pensaban que a nadie se le ocurriría mirar, esos hombres que contrataste para investigar en Palermo han descubierto algo interesante. Parece que Donata tenía una tía abuela de la rama de los Castiglione que todavía vive y que maneja la fortuna de su familia.

–No creo que ni siquiera Marcello supiese eso, si no, me lo habría contado.

–Probablemente ella lo mantuvo en secreto al igual que otras cosas. Esta tía es con la que se quedó Donata y la que le dejó usar el yate de la familia. Aparentemente James Parker estuvo allí y en el yate como invitado en varias ocasiones. Uno de los tripulantes dijo que los recogieron en Portofino, pero algunos miembros de la familia no estaban contentos con aquello, especialmente el hijo mayor de la tía abuela, Vassily. Él es el siguiente en la cadena para heredar el dinero y seguramente no estaba dispuesto a compartirlo con un lejano pariente de Roma como Donata, quien había aparecido, repentinamente, con su amante.

–El tal Vassily pudo hacerse pasar por amigo de Donata al ayudarla a obtener el coche. Solo tenía que pagar a un par de matones para que manipularan los frenos.

–Dales a tus hombres un poco más de tiempo para que investiguen las actividades de Vassily. Quizá tengamos un culpable.

–Consigue toda la ayuda que necesites, Alberto. No me importa lo que cueste.

–Le diré a tu esposa que estás bien y que volverás a casa en uno o dos días.

Ally permaneció en la entrada de la habitación de Gino con las manos en las caderas. Después de cenar, Sofia y ella habían llevado jarrones de flores para dar el último toque. Habían pasado casi todo

el día pintando las paredes de ambos cuartos de un bonito color ocre con un ribete blanco.

–¿Qué te parece, Sofia?

–Al tío Gino le va a encantar.

–Eso espero. Esa mesa del trastero le va muy bien.

–Está mucho mejor que como un rincón vacío. Apuesto a que el tío Gino no sabía qué hacer con él.

–Si os dejó a tu padre y a ti su antigua habitación, no habrá tenido tiempo para preocuparse por estas otras habitaciones. Para eso estamos las esposas.

Sofia le sonrió misteriosamente.

–¿A qué viene esa mirada?

–Si el tío Gino y tú tenéis un bebé, esta sería una habitación bonita.

–Tienes razón –dijo Ally intentando ser natural.

–Hay sitio para una cuna –observó Sofia–. La *signora* Rossini tiene un bebé y Leonora se ocupa de él. Dice que es muy divertido.

–¿Qué es muy divertido?

Las dos se giraron al mismo tiempo.

–¡Tío Gino! –Sofia se lanzó a sus brazos.

Ally sentía ganas de hacer lo mismo y le costó reprimirse. Había estado ausente tres interminables días y ella había perdido la esperanza de que volviera aquella noche.

–Le estaba diciendo a Ally que espero que tengáis un bebé pronto.

–¿Cómo lo quieres? Veré lo que puedo hacer –bromeó.

–No me importa que sea niño o niña, ¿y a vosotros?

–Lo que importa es que esté sano.

–Es verdad –Sofia abrazó a Gino otra vez–. ¿Quieres que te demos una sorpresa? Ally y yo hemos pintado todo nosotras solas. Es nuestro regalo de bienvenida.

–Me siento como si estuviera en una de las tiendas de muebles más modernas de Roma.

–Fue idea de Ally –explicó Sofia riendo–. ¿Te gustan las nuevas colchas?

–Me encantan, son alegres y modernas. ¿Las has elegido tú?

–Las dos pensamos que estas tenían el estampado más bonito –contestó Sofia.

–Ally siempre se preocupa por las necesidades de los demás, por eso me voy a casar con ella mañana –Ally lo miró sorprendida–. Preparé todo en el camino a casa desde Roma; la ceremonia será a las diez de la mañana.

–En tal caso me voy a la cama, Gino. Ya es tarde y necesito estar descansada para mañana –dijo Ally.

Sentía que Gino tenía mucho más que contarle, pero no era el momento. No quería que nada alarmara a Sofia tan cerca de la boda. Sofia corrió hacia ella y la abrazó.

–Buenas noches, Ally. Tengo muchas ganas de que llegue mañana.

–Yo también –le dio un beso a Sofia en la mejilla y salió de la habitación.

Ally bajó a su dormitorio, situado en el primer piso, donde también dormían Sofia y su padre, al otro lado del pasillo. Antes de que Gino tuviera que llevarse allí a su familia, había tenido la granja para él solo. Al casarse, había sido invadido. Ally esperaba que no le importara que se hubiera despedido tan rápidamente. Cuando pudiera hablar con él a solas, le explicaría que había pensado que aquella era una buena forma de mantener a Sofia animada sin que nadie cuestionara sus verdaderos motivos. Pero una vez que se hubo metido en la cama, su cabeza no podía dejar de pensar.

¡Qué diferente era saber que Gino estaba en casa! Su mera presencia la hacía feliz. Al crecer en una casa con solo mujeres, Ally no había conocido ese lujo. Gino tenía algo que la hacía sentirse segura. Sabía que él se enfrentaría a cualquier cosa por ellos.

No podía creer que fuera su marido. Se juró a sí misma que estaría a su altura. Después de la ceremonia del día siguiente, llamaría a su madre y le contaría que se había casado.

–¿Ally? –susurró Gino en la oscuridad sacándola de sus pensamientos.

–No te he oído llamar –dijo sorprendida de oír su voz.

–Espero que no te importe –comentó Gino al sentarse a su lado en la cama.

–No. Claro que no.

Ella comenzó a moverse para hacerle sitio, pero él la detuvo al poner las manos una a cada lado de su almohada. Llevaba puesto

un albornoz y poco más.

–Te fuiste tan rápido de mi dormitorio que no hemos tenido ocasión de hablar.

–Sofia necesitaba estar contigo.

–¿Y mi mujer no? –preguntó mientras le pasaba el dedo por la curva de la mandíbula.

–No he querido decir eso –susurró.

–Entonces, ¿qué querías decir? –sus dedos subieron hacia el lóbulo de la oreja.

–He estado muy preocupada por ti y quería que me lo contaras todo, pero no delante de Sofia.

–Has hecho un trabajo fantástico manteniéndola ocupada. Nunca la había visto tan feliz. Ahora me toca a mí.

–No te entiendo.

–He estado dos infernales noches lejos de mi esposa y esta noche no estoy preparado para pasarla solo. Deja que me acueste aquí, es todo lo que quiero. Necesito a mi mejor amiga.

–Algo va mal –dijo Ally alarmada–. ¿Qué pasa? No me digas que no es nada porque no te voy a creer. ¿La investigación no ha descubierto algo que pueda ayudarnos?

–Tienen varias pistas prometedoras. Ha habido un nuevo giro en el caso –la informó.

Antes de que Ally se diera cuenta, Gino se había tumbado junto a ella. Sintió cómo él se cubría la frente con el brazo y se quedaba inmóvil.

Hacer el amor con ella era algo en lo que no pensaba, y Ally se sintió estúpida por haberse imaginado que era eso lo que quería cuando había entrado en su dormitorio. Eran dos personas unidas por un asesinato y luchando por sobrevivir. Gino no tenía a nadie más que pudiera tranquilizarlo y ella era la única que sabía lo que estaba pasando. Hacía tres días, había jurado estar con él en lo bueno y en lo malo.

–Cuéntame qué ha pasado –le dijo girándose hacia él.

–Va a haber un juicio en un mes. Me acabo de enterar de que Merlina es uno de los testigos de la acusación.

–¿La conociste a través de Donata?

–No. El padre de Merlina es un mayorista de Gubbio. La conocí hace aproximadamente un año mientras ayudaba a su padre.

Salimos unas cuantas veces, pero perdí interés y le dije que habíamos acabado. Por aquel entonces, las largas vacaciones de Donata comenzaban a afectar a Sofia y hacerla sentir bien era lo único que yo tenía en la cabeza.

–Pero Merlina no quería dejar de verte.

–Así es. Comenzó a venir a Remo una vez al mes. Aparecía por el puesto de flores para esperarme. Le dije que mi vida era complicada y que solo podíamos ser amigos. Esperaba que ella se cansara, pero sin yo saberlo, parece que conoció a Donata.

–Sofia me dijo que iba a ver a su madre.

–Durante aquellas conversaciones, Donata le mentía sobre mí. Entre otras cosas, decía que yo era un hombre peligroso.

–¿Cómo de peligroso? –preguntó Ally horrorizada.

–Según el fiscal, le dijo a Merlina que yo solía entrar en su dormitorio del *palazzo* y la forzaba porque Marcello no podía protegerla.

–Eso es horrible.

–Donata le enseñó a Merlina cardenales que lo demostraban.

–Gino –dijo Ally sentándose–, si Merlina creyó las mentiras de Donata, no habría venido aquí en los últimos días. ¿Qué excusa puso para venir a la granja después de tanto tiempo?

–Quería saber por qué había dejado de verla. Le dije lo que le había dicho antes, que habíamos terminado y que no sería justo que continuara viéndola. Pero no quiso aceptarlo y encima te vio a ti.

–Así que por rabia decidió vengarse contando mentiras al fiscal.

–Según Alberto, no creerán su historia. Perderá su credibilidad cuando se sepa que vino a verme después de que Donata le advirtiese. Pero tengo que reconocer que esto no me lo esperaba.

–Claro que no. Es horrible. No me extrañaría que no confiaras en nadie.

–Confío en ti.

–Pareces agotado. Duérmete.

Ally notó como después de unos minutos Gino se quedó dormido. Ella se durmió de madrugada y se despertó cuando Sofia llamó a la puerta. Lo primero en lo que pensó fue en Gino, pero al abrir los ojos, descubrió que ya se había marchado.

–Pasa, Sofia.

–El tío Gino dice que te levantes y te des prisa. Ya son las ocho y

media. ¡Es casi la hora de ir a la iglesia!

–¿He dormido tanto?

–Después de todo lo que has estado trabajando, ha dicho que merecías descansar. Dice que tiene muchas ganas de casarse y no puede comer.

–¿Tú ya has comido?

–Sí, con papá. Me voy a vestir.

–Vale. Yo me daré prisa. Te veo abajo en veinte minutos.

Ally se levantó y se duchó rápidamente. Después de ponerse ropa interior nueva, fue al armario. Para la boda había elegido un traje de dos piezas de color rosa claro con un encaje en la chaqueta, que era de manga corta. La falda era de gasa y le llegaba hasta las rodillas. Se apresuró a abrochar los diminutos botones de la chaqueta antes de calzarse unos zapatos de tacón del mismo color. Gino esperaba al final de la escalera, vestido con un esmoquin negro.

Cuando Ally terminó de bajar la escalera, Gino se acercó y murmuró algo en italiano. Habría dado cualquier cosa por saber qué decía.

–Una joven que quiere ser violinista me dijo que esto iría bien con tu traje –sacó unas rosas, que prendió a su chaqueta–. Si no hubieras estado conmigo anoche, no sé qué habría hecho.

–Yo no hice nada, Gino –susurró Ally temblorosa.

–Tú has creído en mí desde el principio y, sabiéndolo, puedo enfrentarme a todo esto.

Gino confiaba plenamente en ella. No necesitaba nada. Desgraciadamente, Ally quería y necesitaba mucho más de él.

Después de aquella noche estaba más convencida que nunca de que había hecho bien al grabar cierta inscripción en la alianza que había comprado para él. Gino quería una mejor amiga como esposa y eso era lo que iba a tener. Ella tendría que encontrar la forma de vivir con su dolor.

Capítulo 9

El padre Angelini sonrió.

–Y ahora, yo os declaro, Rudolfo Giannino Fioretto Di Montefalco y Allyson Cummings Parker, marido y mujer. Que tengáis una larga y próspera vida. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Gino no dudó en volver a besarla frente a los pocos amigos invitados. Ya estaban oficialmente casados a ojos de la Iglesia. Ally vio el resplandeciente rostro de Sofia. Las demás niñas y ella estaban adorables vestidas de encaje y con rosas en el pelo. Aunque Marcello iba en silla de ruedas, estaba muy guapo vestido de etiqueta.

Al principio de la ceremonia, antes de que comenzara a recorrer el pasillo de la iglesia agarrada al brazo de Dizo Rossini, su esposa Maria le había dado un ramo de rosas.

–¿Sabes cuántas mujeres de mi país te arrancarían los ojos por casarte con Gino? –había bromeado.

Los asistentes a la boda se congregaron en las escaleras de la iglesia y uno de los amigos de Gino tomó fotos. Todo parecía normal y alegre, pero Ally sabía que no iba a ser así. Sus vidas explotarían como una bomba de relojería si Gino no ganaba el juicio.

–Deja de preocuparte –le susurró él al oído cuando subieron al asiento trasero del coche.

–No estoy preocupada.

–Sí que lo estás. Puedo verlo en tus ojos. Tenemos el día de hoy para disfrutarlo.

–Quiero disfrutarlo, pero no dejo de acordarme de aquellos hombres que te esperaban a la salida del despacho del señor Toscano. Si eso sucediera delante de Sofia y todos tus amigos...

–Nadie me va a hacer eso otra vez. Esa parte ya ha acabado. ¿Dónde está mi Juana de Arco, que estuvo tranquila frente a sus enemigos en el calabozo?

Aquella pregunta la conmovió. Era mejor que comenzase a interpretar el papel con el que se había comprometido de por vida.

–Estoy aquí mismo.

–Todavía no te he dicho hoy lo guapa que estás –dijo él.

–Gracias.

–Soy la envidia de todos mis amigos.

–Tengo unas cuantas amigas que me envidiarían a mí.

Cuando Gino le besó los dedos, Ally quiso apartar la mano. ¿Cómo podían seguir siendo amigos si él continuaba haciendo cosas que le recordaban lo irresistible que era?

–Siento que tu familia y tus amigos no hayan podido estar aquí. Pero nuestra casa está abierta para todos ellos y algún día podrán venir desde Oregón –le dijo él.

–Sofia no para de preguntar cuándo nos llevarás a ver el monte Hood, Gino. Le fascinan los volcanes.

–Como a todos –le pasó el brazo por los hombros–. Estoy ansioso por conocer a tu madre y decirle que tiene una hija excepcional.

–Vas a ser una sorpresa para ella.

–¿Eso es bueno o malo? –preguntó bromeando.

–No me voy a molestar en responder a esa pregunta. Solo diré que, al irse mi padre, mi madre perdió la confianza en los hombres. Pero cuando te conozca, su opinión cambiará.

–La confianza lo es todo –afirmó Gino emocionado.

Aunque Ally quería apoyar la cabeza en el hombro de Gino, no se atrevió.

–Antes de abandonar la iglesia Sofia me dijo que mirara mi anillo con atención. Es lo que voy a hacer. «Mi reino por un amigo» –leyó en voz alta.

Ya habían llegado al patio de la granja y la mayoría de los invitados estaban allí. Les hicieron más fotos. Gino salió del coche y se acercó a la otra puerta para ayudarla.

–Por si no lo sabes, me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Antes de que ella pudiera respirar de nuevo, su boca descendió hasta la de Ally. Gino simulaba ser un amoroso amante con tanta perfección que nadie podría adivinar la verdadera razón de su boda. Todos aplaudieron y Gino acompañó a la novia al interior de la granja, donde Bianca y algunos ayudantes habían preparado la

comida y el champán en el comedor.

Los invitados llenaron sus platos y fueron hacia la terraza, donde había un grupo tocando música. Sin dudarlo, Gino agarró a Ally y comenzó a bailar con ella. Después otros se les unieron, y hubo intercambios de pareja.

–Yo me ocuparé de Marcello mientras coméis –dijo Ally a Luigi y a Roberto.

Cuando se levantaron, Ally tomó la mano de Marcello por si decidía comenzar a andar por la terraza. Quizá fuera la música o la presencia de tanta gente, pero su pulgar le presionaba la mano. Ella esperó que aquello significara que, de alguna manera, lo estaba pasando bien. La crueldad de su enfermedad hacía que todo fuera duro para los que lo querían. Gino y él habían estado muy unidos. Aquel día debía ser un momento para que los dos hermanos disfrutaran.

–Ally, ¿por qué estás pálida? –le preguntó Gino, más tarde.

–Quizá sea porque pensaba que me gustaría haber conocido a Marcello antes de su enfermedad.

–Lo hubieras vuelto loco incluso antes de que te escuchara tocar a Tchaikovsky.

–¿Sabes que ha estado apretando mi mano con su pulgar?

–Percibe tu bondad. ¿Serías tan amable de tocar algo para nuestros invitados? Quiero presumir de ti y no puedo pensar en otro regalo que me guste más.

–Gino...

–¿Eso es un «sí», un «no» o un «a lo mejor»?

Ally no pudo resistirse a su encanto. Cuando pensó en todo lo que él le había dado, vio que aquello era una nimiedad.

–Bueno, quizá una pieza.

–Le pediré a mi sobrina que traiga tu violín.

Sofia apareció poco después con el violín y Gino pidió la atención de todo el mundo.

–Ally y yo queremos agradeceros que compartáis con nosotros el día más importante de nuestras vidas. Pocos sabéis que es una músico excelente y le he pedido que toque algo para vosotros.

Ally sintió ganas de llorar. Para evitarlo, abrió la funda y sacó el violín.

–Tocaré algo de la *Primera sinfonía* de Brahms.

Por un momento, se sumergió en la belleza de la pieza queriendo complacer a Gino. Cuando terminó de tocar, se hizo el silencio. Después, Gino comenzó a aplaudir y los demás lo imitaron. Sofia se colgó de la mano de Ally y anunció que estaba tomando clases, lo que hizo que algunos padres le solicitaran que enseñara a sus hijos. Todos le pidieron que tocara otra pieza, pero Gino acudió a rescatarla.

–No quiero desgastar a mi esposa antes de que acabe el día de la boda.

Cuando estaba guardando el violín, Ally sintió que unas fuertes manos la agarraban por la cintura.

–Deja el violín en la silla y baila conmigo otra vez.

Evitando mirarlo, lo siguió. Parecía decidido a mostrar a sus amigos lo enamorado que estaba de su esposa. La agarró y Ally pudo sentir cada músculo de su cuerpo. El deseo la invadió. Sintió que no podía hacer aquello por más tiempo. Lo empujó en el pecho hacia atrás suavemente, para que nadie se diera cuenta.

–Lo siento Gino, necesito que me disculpes un minuto.

–Claro, no tardes –le dio un beso en los labios antes de dejarla marchar.

Aturdida, logró salir al pasillo. Cuando comenzaba a subir las escaleras, vio que Bianca le daba la bienvenida a otro invitado. Ally no reconoció al hombre de mediana edad. No había estado en la iglesia. Si el ama de llaves no lo hubiera saludado como a un viejo amigo, Ally se habría asustado pensando que era alguien de la oficina del fiscal.

Llegó a su cuarto de baño y se refrescó un poco. En realidad, necesitaba escapar de Gino. El error había sido bailar con él. Cuando bajara se ocuparía de que no volviera a ocurrir. Tenía que pasar el día de su boda sin que nadie se diera cuenta de que estaba enamorada de Gino. Un rato después se sintió mejor para volver con los invitados. Para su sorpresa, casi chocó con Sofia que, pálida, corría alejándose de su dormitorio.

–¿Qué te pasa? ¿Le ha ocurrido algo a tu padre?

–No.

–¿Alguien ha sido desagradable contigo?

–No.

–Entonces, ¿qué pasa, cariño? ¿No sabes que a tu tío y a mí nos

lo puedes contar todo?

–Ya no me gusta el tío Gino –la niña comenzó a llorar sobre la chaqueta de Ally.

Ally la metió en su habitación, cerró la puerta y la ayudó a sentarse sobre la cama, a su lado.

–¿Por qué sientes eso hacia tu tío Gino? Él te quiere mucho.

–Lo sé.

–¿Qué te ha molestado? Dímelo. Puedes confiar en mí.

–No sé si contártelo. Te va a doler mucho.

–¿Dolerme? ¿Por qué?

–Porque tú lo quieres mucho, pero él... –no pudo continuar.

–¿Qué?

–Me he enterado de que le habría gustado... le habría gustado... –se interrumpió, incapaz de acabar la frase.

–Por favor, Sofia, no puedes guardarte esto, te va a hacer enfermar.

–Dijo que le habría gustado no haberse casado contigo, pero que era lo único que podía hacer.

Para Ally, una cosa era saber la verdad y otra más dolorosa que la sobrina de Gino se la dijera.

–¿Eso te ha dicho?

–No. Lo oí hablar con el *signor* Santi.

–¿Cuándo?

–Ahora.

–¿Quieres decir que están en la habitación de tu padre? –tenía que ser el hombre que había llegado cuando ella subía a su habitación.

–Sí. Cuando los vi abandonar la fiesta y, como tú no estabas abajo, subí para ver qué ocurría. Entonces escuché al *signor* Santi que le decía al tío Gino que era una pena que se hubiera casado cuando no era necesario.

No era necesario. ¿Significaba aquello que había habido cambios en el caso?

–El tío Gino dijo... Bueno, ya sabes lo que dijo. No me lo podía creer –continuó la niña.

–¿Oíste algo más?

–No, no quería que supiera que estaba escuchando.

–Tu secreto está a salvo conmigo –dijo Ally abrazándola.

–No debería habértelo dicho, ahora te marcharás y no te veré más.

–Eso no es verdad, Sofia. Voy a vivir aquí contigo para siempre. Que Gino no me quiera no va a cambiar el amor que yo siento hacia él o hacia ti.

–¿Cómo puedes decir eso?

–Escúchame, cariño. Cuando tu tío me pidió que me casara con él, yo sabía que no me amaba. Somos amigos, así que no debes dejar de quererlo. No puede controlar lo que siente, pero siempre será bueno conmigo. Quiere que seamos una familia feliz, igual que yo.

–Te quiero, Ally. ¿Crees que algún día podré llamarte mamá?

–Siempre y cuando yo pueda decir que eres mi hija, puedes comenzar a llamármelo cuando quieras. Ahora lávate la cara y bajemos a la fiesta.

Ally pensó, una vez a solas, que Sofia no le había dicho nada nuevo sobre los sentimientos de Gino. La diferencia era que el hecho de que Sofia lo supiera hacía las cosas más sencillas. Cuando Sofia salió del baño, Ally le dio la mano.

–Cuando abandonemos esta habitación nos olvidaremos de la conversación que acabamos de tener, ¿de acuerdo?

–Sí.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Cuando se volvieron a unir a los invitados, Gino todavía no había bajado y aquello hizo pensar a Ally que algo muy importante había ocurrido porque, si no, Gino no se habría ausentado tanto tiempo. Deseó que la llegada del *signor* Santi significara que dejaba de ser sospechoso. ¿Cómo protegerían a Sofia si hubiera un juicio y tuviera que dejar la granja cada día para asistir a él?

Después de mandar a Sofia a jugar con sus amigas y de comprobar que los invitados lo pasaban bien, Ally habló con Maria sobre la posibilidad de que Sofia y ella la ayudaran un rato en el puesto de flores durante lo que quedaba de verano. A Maria le entusiasmó la idea y acordaron hablar del tema los próximos días.

Gino reapareció y le rodeó la cintura.

–He visto que hablabais, ¿qué tramáis a mis espaldas?

–Tu esposa y Sofia van a trabajar conmigo en el puesto este verano –le explicó Maria.

–¿De verdad te gustaría vender flores, Ally?

–Me encantaría y a Sofia también. Ella me ayudará a aprender italiano.

–Leonora se pondrá contentísima –aseguró Maria.

–Mi mujer hace sus planes. La pierdo de vista cinco minutos y ya somos una familia granjera.

–Es lo que siempre quisiste, Gino. Estoy muy contenta por los dos.

–Gracias, Maria. Ahora, si no te importa, me llevaré a mi esposa a un lugar secreto –condujo a Ally hacia el pasillo–. Saldremos por la puerta de la cocina –le susurró al oído.

–¿Y Sofia?

–Se quedará en casa de Anna esta noche.

–¿Lo sabe ella?

–Se lo dije antes de venir a buscarte.

–¿Y estuvo de acuerdo?

–Claro, es mayor para saber que los recién casados necesitan estar a solas.

Salieron al patio, donde Paolo los esperaba con el coche.

–¿Adónde vamos? –preguntó Ally.

–Al *palazzo*.

–Pensé que no podíamos dejar la granja.

–Legalmente no deberíamos, pero Carlo Santi me ha dado noticias que requieren que vayamos allá y, como es nuestra noche de bodas, él responderá por nosotros.

Todo cobraba sentido; aquello era una farsa para que los amigos de Gino creyeran que la feliz recién casada pareja se iba de luna de miel.

–Estaremos en Montefalco poco tiempo. Cuando comencemos a subir la calle, nos agacharemos para que los paparazzi no nos vean. Llamaré para que tengan abierta la puerta y Paolo no tenga que parar.

–¿Cuánto tiempo vas a tenerme intrigada por el caso?

Gino le agarró la mano, la miró y le contó toda la información referente a Palermo que le habían dado sus hombres:

–Uno de los tripulantes del yate dijo que el nieto de la tía abuela, Tomaso, tenía casas en Praga y Portofino. Parece que se hizo amigo de Donata y tu marido. Posiblemente sepa algo sobre el

accidente, o lo causara, pero sin pruebas es la palabra del tripulante contra la de un poderoso miembro de la familia Castiglione. En cuatro meses de investigación, las autoridades no han encontrado pruebas que vinculen a Donata y a tu marido, pero tú y yo sabemos que el ordenador portátil existe. Eso significa que Donata tenía que utilizar algún tipo de ordenador. El hecho de que las autoridades desconozcan la correspondencia que había entre ellos juega a nuestro favor. Carlo y Alberto piensan que Donata debía de tener un ordenador en el *palazzo*, pero tan escondido que la policía no lo vio. Investigaron el ordenador de Marcello, pero allí no había nada.

–Entonces pongamos el *palazzo* patas arriba.

–Esa es la idea. Quizá lo encontremos. Si tenía a alguien como Tomaso ayudándola, esa información tiene que estar en algún lugar. Es el tipo de prueba que debemos llevar al juez para que considere a otros sospechosos.

–Si es necesario, lo buscaremos toda la noche –declaró ella.

Ally miró por la ventanilla. Ya estaban cerca del pueblo. Miró su reloj, que marcaba las cinco; todavía quedaban horas de luz. Unos minutos después, Paolo les aconsejó que se agacharan.

De repente, el coche se paró y Paolo dijo que estaban a salvo. Gino fue a abrir la puerta de Ally.

–Entremos y pongámonos manos a la obra.

El *palazzo* era un palacio del siglo XVIII de gran belleza arquitectónica, por lo que Ally seguía a Gino fascinada. Él le presentó a los empleados, que la felicitaron por su boda.

–Primero iremos a mi apartamento a cambiarnos.

–Pero no he traído ropa... –protestó ella.

–No te preocupes, puedes ponerte algo mío.

Gino la condujo por unas escaleras de mármol a su apartamento en el segundo piso. Era una fabulosa casa dentro de otra casa. Ally pensaba que la granja era impresionante, pero el esplendor del *palazzo* la dejó sin habla. Gino sacó un par de chándales y se los dio.

–Usa el cuarto de baño mientras yo me cambio aquí. Después empezaremos por la habitación donde Donata solía pasar mucho tiempo.

Gino se puso un chándal gris.

–Ha sido un día maravilloso, Gino. Gracias por todo. Ahora

veamos lo que podemos encontrar –dijo Ally al salir del cuarto de baño.

Media hora después ya habían registrado palmo a palmo aquella habitación, sin éxito. Gino estaba decaído y Ally odiaba verlo así.

–He estado pensando que, si yo fuera Donata y quisiera esconder algo, lo pondría en el cuarto de Sofia.

–La policía también lo registró –informó Gino.

–Pero no estaban buscando un ordenador específicamente.

–Tienes razón.

–Por supuesto que cabe la posibilidad de que no tuviera ninguno y que tuviera acceso a Internet gracias a alguna amiga.

–Miremos por última vez –murmuró Gino–. Si Donata hubiera querido enviar mensajes, habría sido fácil para ella atravesar el vestíbulo cuando Sofia estuviera en casa de una amiga o en el colegio.

Ally sintió que entraba en el dominio de una princesa. Miró de arriba abajo la estantería, en la que había todo tipo de libros, puzzles y juegos.

–Un ordenador portátil no es tan fácil de disimular. Creo que si ella tuviera uno, lo ocultaría de alguna manera.

–Tienes unos instintos increíbles, Ally. ¿Dónde lo esconderías tú?

–¿Qué hay en el arcón a los pies de la cama de Sofia? –preguntó tras mirar a su alrededor.

–Está lleno de juguetes. Cuando Donata quiso deshacerse de ellos, Marcello insistió en conservarlos por si tenían otro hijo.

–La policía quizá echara un vistazo, pero las cajas pueden contener tesoros que no esperas encontrar.

Ally abrió la tapa. Gino se agachó a su lado y comenzaron a remover y a estudiar los objetos. Cuando sus manos tocaron algo del tamaño adecuado, Ally dejó escapar un grito de sorpresa. Pero después gruñó al ver que era una máquina de escribir de juguete en un estuche.

Gino continuó buscando y ella se puso a escarbar en el otro lado del arcón. Cuando llegaban al final, los dedos de Ally tocaron algo que parecía una radio en una funda de cuero. Cuando la sacó, por curiosidad, la abrió.

–¡Gino, esto parece un portátil! ¿Crees que es de verdad?

Él se lo quitó de las manos y lo encendió.

–¡Sí! ¡Lo has encontrado!

Gino la ayudó a levantarse y se sentaron sobre la cama de Sofia. Los siguientes cinco minutos, mientras Gino recuperaba mensajes, parecieron horas. De repente, se levantó de la cama.

–Esto lo dice todo, Ally. Tomaso fue el intermediario en la compra del coche de un taller de St. Moritz. Aquí están los nombres del taller y del mecánico que le dio a Donata el coche. Planeaban conducir hasta Portofino y embarcar en el yate el veinticinco de enero. Ally, vamos al despacho de Marcello a llamar a nuestro abogado.

–Si el *signor* Toscano necesita que Troy declare, creo que lo hará. Eso probará la conexión sin ninguna duda –dijo Ally.

–¿Qué habría hecho si no hubieras venido a Italia con el ordenador de tu marido?

Ally estaba eufórica al saber que la pesadilla terminaría. Gino estaba casado porque ella había ido a Italia, estaba atado de por vida a una mujer a la que siempre consideraría su mejor amiga. Era impensable que un hombre tan viril como él permaneciera célibe tanto tiempo. Solo había una cosa que hacer. Hablaría con él cuando regresaran a la granja.

Capítulo 10

Gino salió del coche y se apresuró hacia la granja.

–¿Ally?

–Está haciendo unos recados –respondió Bianca.

–¿Está Sofia con ella?

–No. Llegó a casa hace un rato y está arriba con su padre.

Gino apenas pudo contener su decepción. Le había pedido a Ally que estuviera en casa cuando él llegara. La noche anterior, Alberto le había dicho que fuera a Roma y habían estado toda la noche trabajando en cómo presentar el caso ante el juez. Carlo había estado con ellos.

Habían decidido que Paolo llevaría a Ally a casa y Gino le había asegurado que lo celebrarían. Tenía tantas ganas de hacerlo que no podía imaginar dónde se había metido Ally. Aunque Sofia sí lo sabría. Subió corriendo a la habitación de Marcello.

–¿Sofia?

–Hola, tío Gino –dijo la niña, que lloraba sobre el regazo de su padre.

–¿Qué ocurre, cariño?

–Nada.

–Si algo ha pasado en casa de Anna, tengo que saberlo.

–Anna no tiene nada que ver.

–¿Estás enfadada conmigo porque te pedí que te quedaras en su casa?

–No –se secó los ojos.

–¿Has discutido con Ally?

–No. La quiero mucho. Me dijo que podía llamarla mamá.

–Entonces he hecho algo que te ha herido. Si lo he hecho, sabes que ha sido sin querer.

–Lo sé.

–Entonces, te he hecho daño. Si no me dices lo que he hecho, no podré arreglarlo.

–No puedes arreglarlo.

–¿Por qué dices eso?

–Porque es verdad.

–Entonces, te he fallado, Sofia, y eso me destroza.

Gino abandonó la habitación y subió al piso superior. La alegría de aquel día se había convertido en dolor. El hecho de que Ally no estuviera allí le hizo pensar que quizá se hubiera ido para que Sofia y él pudieran hablar a solas y arreglar las cosas. ¿Acaso su sobrina se había enterado de la verdad sobre su madre y pensaba que él era culpable del accidente?

Podía demostrar que no era culpable, pero no podía hacer nada para aliviar el dolor que su sobrina sentía por culpa de Donata. Si supiera que el marido de Ally había muerto con ella, se sentiría tan traicionada que nunca lo superaría. En su agonía, oyó la puerta y corrió para abrazar a su mujer.

Era su sobrina.

–Sofia.

–¿Puedo entrar?

–Claro que sí. Pasa.

–Ally me dijo que no te culpara porque tú no podías evitarlo.

–¿Culparme por qué, cariño?

–Escuché lo que le decías al *signor* Santi en la habitación de papá.

–¿Qué es lo que escuchaste exactamente?

–Dijo algo sobre que no tenías por qué haberte casado después de todo. Y tú dijiste que ojalá no lo hubieras hecho, pero que era lo único que podías hacer en aquel momento.

–Y de eso tú deduces que no quiero a Ally, ¿verdad?

Sofia asintió lentamente.

–¿Le dijiste a Ally lo que habías oído?

–Tuve que hacerlo. Me pilló en el pasillo y quiso saber lo que me pasaba. ¿Estás enfadado conmigo?

–No, cariño. Pero tienes que saber que me enamoré de Ally en el momento en que la conocí. La quería tanto que cuando dijo que se iría de Italia al día siguiente, tuve que hacer algo para retenerla.

–¿Como pedirle que fuera mi profesora de violín?

–Exactamente. Por miedo a perderla al final del mes, temo que la presioné para casarse sin que estuviera preparada. Como sabes, perdió a su marido hace poco y sería comprensible que todavía

tuviera sentimientos hacia él. Pero no quise esperar para que se convirtiera en mi mujer. Sé que debí darle más tiempo, pero cuando amas a alguien tanto, no piensas con claridad. Eso era lo que le estaba diciendo a Carlo cuando nos oíste. Él no sabía lo que yo sentía por Ally. ¿Sabes dónde está ella?

–No, pero tienes que encontrarla, tío Gino.

–No te preocupes, no volveré sin ella.

Gino salió corriendo escaleras abajo y se encontró con Ally, que las subía. Estaba tranquila. Demasiado tranquila, pensó Gino.

–Esperaba que estuvieras aquí. Dime lo que necesito oír –dijo ella.

Gino sabía lo que preguntaba, aunque le habría gustado que se tratara de algo completamente diferente.

–Se han retirado todos los cargos contra mí. Somos libres, Ally.

–Gracias a Dios.

–Ha sido todo gracias a ti. Ahora podemos irnos a Ischia.

–Sofia se pondrá muy contenta.

–¿Y tú? –preguntó Gino acercándose más a ella.

–Sabes que me apetecía mucho, pero antes de que hagamos nada tengo que hablar contigo.

–Entonces vayamos a tu habitación. Está más cerca.

Ally entró primero y esperó a que él cerrara la puerta.

–Esperaba que te liberaran, aunque no tan rápido. Ahora podemos discutir algo que me ronda la cabeza desde hace algún tiempo.

–Si es sobre nuestro matrimonio, eres mi mujer y las cosas van a seguir así.

–Yo también quiero seguir casada contigo, Gino, pero solo quiero que sepas que eres libre para vivir tal y como lo hacías antes de casarnos.

–No sé si te entiendo. Creo que me lo vas a tener que explicar.

–Si quieres estar con alguna mujer de vez en cuando, lo entenderé.

–¿Estás hablando de tener un matrimonio abierto?

–Sí.

–¿Eso también te atañe a ti?

–Claro que no. Yo pienso ser fiel a mis votos matrimoniales.

–Pero da igual que yo rompa los míos, ¿no?

–Mientras seas discreto todos pensarán que estamos felizmente casados. Quiero que seas feliz, Gino.

–Ya discutimos esto antes de casarnos y acordamos permanecer casados pasara lo que pasara.

–Pero la vida entera es demasiado tiempo para un hombre como tú, que por fin puede dejar de preocuparse por las necesidades de todos los demás y concentrarse en sí mismo. No tengo dudas de que ahí fuera hay una mujer maravillosa esperando conocerte y, cuando lo haga, puedes contarle la verdad sobre nosotros. Eres un hombre honorable, pero no puedes negar tus deseos toda la vida. No puedo dejar que nuestro matrimonio sea un obstáculo para tu felicidad.

–¿Decidiste esto antes de dejar el *palazzo* o después de que Sofia admitiera haber oído mi conversación con Carlo?

–Antes.

Estaba mintiendo, como le había mentido en el calabozo cuando había hecho una ridícula confesión para que la liberaran.

–¿Qué pasa si te digo que te quiero en mi cama?

–No me sorprende. Un hombre puede acostarse con su mujer y con la mujer que ama sin mucho problema.

–Tu marido te hizo mucho daño, pero no juzgues a todos los hombres por su comportamiento.

–No estoy hablando de Jim.

–Creo que sí. Eso es lo que he temido desde que decidí casarme contigo estuvieras o no preparada.

–¿Preparada?

–Sé que clase de mujer eres. Nunca te habrías casado con Jim si no lo hubieras amado. ¿Crees que no sé que te ha marcado? Me gustaría que algún día me amaras así a mí. El problema es que he ido muy deprisa forzando nuestra boda, eso es lo que le decía a Carlo, que tenía que haberte dado más tiempo. Desgraciadamente, Sofia solo escuchó la primera parte. Si hubiera escuchado el resto habría sabido que estoy enamorado de ti desde la noche que nos conocimos. No puedo imaginarme la vida sin ti, así que, a pesar de los riesgos, hice que te casaras conmigo primero y planeé pasar el resto de mi vida buscando la fórmula para que te enamoraras de mí. Te quiero más que a mi propia vida y si no consigo que me ames, prefiero vivir contigo antes que con cualquier otra. ¿Me entiendes?

Ally sintió escalofríos.

–He sido un idiota por esperar un milagro –Gino se dirigió hacia la puerta porque necesitaba salir de allí.

–No te vayas, cariño –le pidió Ally en italiano.

Comenzó a decirle cosas en su lengua, algo que él no esperaba. Cuando Gino se dio la vuelta para mirarla, Ally corrió hacia él.

–Te quiero, Gino –lo abrazó–. Más de lo que pensé que podía amar a un hombre. Cuando conocí a Jim me enamoré, pero pronto supe que no era como yo esperaba y mi amor murió. Quizá él lo notara antes de conocer a Donata. ¿De verdad piensas que habría aceptado casarme contigo si no lo deseara?

Ally esperaba ansiosa a que su marido despertara. Estaba tumbada mirando hacia él. No habían llegado a la habitación de Gino; en su desesperación por amarse, no habían salido del dormitorio de Ally. Ella sabía que Gino necesitaba dormir después de no haber dormido en Roma y de haber pasado toda la noche anterior haciéndole el amor. Pero lo deseaba tanto que no podía evitar tocarlo.

Cuando presionó con los labios la boca de Gino, este abrió los ojos y Ally pudo ver el deseo en sus pupilas.

–*Buon giorno, bellissima.*

–*Buon giorno*, Apollo mio.

–Me gustaría haberte conocido hace muchos años.

–Sé cómo te sientes. Pero ¿por qué nunca te casaste?

–Porque te estaba esperando.

–No, en serio.

–Es en serio. Cuando era más joven disfrutaba de las mujeres y no sentía la necesidad de sentar cabeza. Cuando Marcello se casó con Donata y vi cómo les iba, di gracias a Dios por ser un hombre libre. Hasta que te conocí. Tu belleza me atrajo instantáneamente y, al ver tu actitud desafiante y tu lealtad hacia mi hermano, a quien ni siquiera conocías, supe que eras mi alma gemela. Tenía que encontrar la manera de que sintieras lo mismo por mí.

–No era necesario ningún truco. En el momento que salí de la pensión y te vi, mi alma se conmovió. Parecías un príncipe.

–Me gusta cómo habla, *signora* Di Montefalco. Apolo y un príncipe. ¿Qué te parece Gino el granjero?

–Eres tantas cosas que no hay adjetivos para describirte –Ally cambió de idioma y le dijo que lo quería en italiano.

–¿Quién te ha enseñado tan bien? No tienes acento.

–Mi nueva hija –le dijo besándole las pestañas.

Gino cambió de postura de repente de tal forma que Ally quedó tumbada boca arriba.

–Hablando de nuestra sobrina, creo que es hora de tener un bebé para que la balanza esté equilibrada.

–Si es niña podemos llamarla Gina y seguir intentándolo hasta que tengamos nuestro pequeño Marcello –propuso Ally sonriendo.

Los ojos de Gino se iluminaron antes de besarla. Ally respondió con la pasión de una mujer que amaba a su marido por encima de todo.

Epílogo

–¿Podemos nadar un rato más, mamá?

–Diez minutos, después tengo que volver a casa a dar de comer al bebé.

El pequeño Marcello había nacido hacía dos meses y Ally intentaba recuperar su figura. Gino se había ofrecido para ir a casa a la hora de comer y estar con el niño. Padre e hijo necesitaban tiempo para jugar juntos.

La granja era un lugar feliz y Ally creía estar en el paraíso. Cuando Gino dijo que lo votaran, nadie quiso ir a vivir al *palazzo*. Se lo quedarían hasta que Sofia decidiera qué hacer con él.

El tiempo era cálido a mitad de junio. Era difícil de creer que Ally hubiera llegado allí hacía ya un año.

Con Tomaso Castiglione tras las rejas por su crimen, el horrible trauma del pasado estaba acabado, y lo mejor de todo era que Sofia no sabía los detalles.

Ally se puso un albornoz encima del biquini. Sofia se había convertido en una adolescente que cada vez se parecía más a Donata. Sofia guardaba fotos de su madre. Donata había sido muy bella y su hija seguía sus pasos.

Las dos se montaron en la furgoneta y se fueron a casa. Sofia era una excelente profesora y hablaban en italiano casi todo el tiempo, lo que ayudaba a Ally en su trabajo en el puesto de flores. Le llevaría tiempo hablar como Gino, pero se había propuesto hacerlo.

Amaba la lengua y el país. Amaba a su familia y adoraba a Gino. Esperaba que pudiera quedarse mientras le daba de comer al niño.

–Mira, mamá, un taxi que viene de la granja.

–Tienes razón.

Ally no podía imaginar a quién había llevado hasta allí. Aparcó la furgoneta y entraron por la puerta de la cocina para que la persona que hubiera llegado no la viera con aquella pinta.

Al entrar, Ally se paró en seco al ver a su madre sentada a la mesa al lado de Gino y dándole el biberón al bebé.

–¡Mamá!

Su madre levantó la cabeza. Sonreía.

–Cariño, no debí esperar tanto para venir. Mi nieto es adorable.

Aunque Ally la había invitado muchas veces, nunca se había decidido, pero con un bebé en la casa...

–Sofia y él son lo mejor de nuestras vidas. Mamá, quiero que conozcas a mi hija.

–Ven aquí, cielo. Tengo que conocer a mis dos nietos.

–Un momento, abuela. Tengo algo para ti. Lo hice el verano pasado y lo he estado guardando. Ahora vuelvo.

Ally sabía adónde iba. Se acercó a su madre y la abrazó.

–Te veo muy bien. Obviamente te sienta bien estar casada con este hombre –dijo su madre tras mirarla cuidadosamente.

–Es lo mejor que me ha pasado nunca –contestó Ally, mientras Gino la sentaba en su regazo–. Cuidado, cariño. Estoy mojada, acabo de salir del río.

–Me gustas así –susurró él besándole el cuello.

Sofia volvió a la cocina y se acercó a la madre de Ally. Llevaba un ramillete de flores secas envueltas en celofán y atadas con un lazo.

–Lavanda. Tal y como mi madre solía prepararla para regalar.

Ally tomó al bebé en los brazos para que su madre pudiera abrazar a Sofia.

–Gracias, cariño. Este regalo no tiene precio.

–Mamá me enseñó a hacerlo y le he puesto una pegatina.

–«Los aromas de Sofia». Qué bonito –la besó en las mejillas–. Ally, –se giró hacia ella–, le supliqué a Edna que viniera conmigo, pero dijo que debía venir yo sola la primera vez.

–Habrá otras veces, mamá.

–Esperamos que os mudéis aquí permanentemente. Tu hermana y tú podríais quedaros en el *palazzo* si queréis –intervino Gino.

–Me encantaría que la tía Edna y tú vivierais aquí, mamá. Os he echado mucho de menos y sois las únicas abuelas de los niños. Estarías tan orgullosa de Sofia... –se giró hacia la niña–. Cariño, trae tu instrumento y tócale algo a la abuela.

–Ally ha estado enseñándole a tocar el violín –la informó Gino–. Creo que debo agradecerte a ti el que haya llenado esta casa de música.

–Qué cosa tan bonita acabas de decir.

Sofia regresó y tocó varias piezas que indicaban que ya no era una principiante. Cuando acabó, la madre de Ally se levantó de la silla para abrazarla.

–Si sigues como hasta ahora, podrás tocar como Ally.

–Eso espero.

–¿Hay algún piano en la casa? –preguntó la madre de Ally.

–En el salón –contestó Sofia.

–Entonces toquemos juntas.

–Mientras hacéis eso acostaré al bebé y me cambiaré –dijo Ally.

Gino la acompañó. Cuando había metido al bebé en la cuna, pudieron oír cómo tocaban a Mendelssohn. Gino había preparado la ducha y estaba esperándola. Ella se metió en la ducha y esperaba que Gino cerrara la puerta, pero no lo hizo, la dejó abierta para mirarla.

–Estás más guapa que nunca. Haces que no quiera ir a trabajar.

–Yo nunca quiero que te vayas.

–Me alegro de que, finalmente, tu madre haya venido.

–Yo también.

–Esta parece una casa normal, como cuando vivían mis padres.

–La mía nunca fue muy normal porque mi madre era infeliz –Ally tomó la toalla que Gino le pasó–. Gino, ahora no he visto ninguna sombra en sus ojos.

–Yo tampoco. Las dos están abajo, entretenidas y nuestro hijo duerme...

–Así es –dijo Ally.

Gino la tomó en brazos y la llevó a la cama.

–Esto es el paraíso. Cuando Marcello enfermó pensé que nunca volvería a ser feliz.

–No sabes lo feliz que me sentí yo cuando apareciste en aquel tren y me trajiste a la granja.

–Carlo me había ordenado que te hiciera volver a Estados Unidos, pero no podía permitirlo. No podía estar lejos de ti.

–Espero que esa fuera la razón.

–Dejémonos de charla o tu madre pensará que somos unos desconsiderados.

–Sabe lo que estamos haciendo, cariño. Seguro que quiere recuperar el tiempo perdido con su nieta, así que hagamos que se

cumpla su deseo. Quizá yo pueda hacer que el tuyo se cumpla al mismo tiempo.

–Tengo todo lo que quiero.

–Todo no. Estaba pensando que podríamos tener otro hijo que haga compañía a Marcello y que te ayude en la granja.

–Me gusta esa idea, pero te advierto que estoy dispuesto a trabajar día y noche y a hacer horas extra para conseguirlo.

–Creo que necesito eso por escrito –bromeó ella.

–No lo necesitas. ¿Acaso no sabes que todos los días vengo a casa corriendo?

Sí que lo sabía. Y ella estaría esperándolo el resto de sus vidas.